

PUCK

Y EL MISTERIO
DE LA MANIQUÍ

Lisbeth Werner



PUCK Y EL MISTERIO DE LA MANIQUÍ

Por

LISBETH WERNER

Título original danés: TEEN-AGE KLUBBEN - MANNEQUIN-
MYSTERIET

Traducción: Annelise Larse

Cubierta: González Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

NOVENA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 35.261-1988

ISBN 84-310-2332-5

© Carlo Andersen - Kund Meister

Copenhague - Dinamarca

© Ediciones Toray, S. A., 1988

Duero, 6. 08031 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain





—¡Esto es fabuloso! — repitió Puck por centésima vez—. Ocho días de vacaciones inesperadas no son moco de pavo.

—¿Tienen moco los pavos? — preguntó Karen riendo.

—Pues..., no sé.

—Somos unas frívolas —decidió Karen.

Las dos amigas estaban eufóricas, y no era extraño. Ocho días de vacaciones, con todo pagado en un hotel de lujo, comida excelente, visitas al teatro y conciertos de «jazz» en compañía de gente divertida, era como un cuento de hadas.

— ¿Qué deben estar diciendo de nosotras en el pensionado de Egeborg? — murmuró Karen, que había empezado a mordisquear una pastilla de chocolate mientras contemplaba el paisaje por la ventanilla del tren—. Todos se portaron estupendamente. No creo que estén celosos de nuestro éxito.

— Claro que sí —rió Puck—. Están verdes de envidia, aunque saben disimular muy bien.

Hubo una pequeña pausa, que Karen rompió.

— ¿No te gustaría dejar Egeborg para siempre?

Sorprendida, Puck levantó las cejas.

— Pues... No lo creo... No sé. ¿Y tú?

— En cierto modo, sí...

Puck asintió pensativa.

— Creo saber en qué estás pensando —dijo—; pero no hay por qué preocuparse. El tiempo pasa volando y antes de que nos demos

cuenta acabarán nuestros días de pensionado y todo lo de allí. Creo que lloraré; sin embargo...

— Sin embargo, ¿qué?

— Ya sabes... Ha pasado mucho tiempo y hemos crecido —dijo Puck—. Los primeros meses en el pensionado fueron horribles. Luego me acostumbré y Egeborg fue para mí el mejor lugar del mundo; pero no podemos seguir en el colegio toda la vida.

— ¿Qué piensas hacer cuando salgas?

— Ojalá lo supiera. Bien pensado, es una equivocación que nos cuiden tanto. Hemos pasado la infancia en un estrecho círculo, sin preocupamos de lo que ocurría al otro lado de la verja del jardín. ¿No es verdad?

— Es la norma del colegio, creo.

— Claro, y es una buena idea. Casi todos estamos allí por causas especiales. Yo, porque mi padre se fue a Valparaíso. Tú, por el divorcio de tus padres. Navio porque su padre es capitán de un buque mercante... Había que resolver nuestros problemas y el pensionado fue la solución. Hemos vivido felices en él; sin embargo, creo que necesitamos más contacto con la realidad de la vida.

— Hablas con mucha solemnidad —sonrió Karen—. No obstante creo que tienes razón. Hemos sido demasiado felices. Sigo sin saber qué piensas hacer cuando abandonemos el colegio.

— Aún lo estoy pensando. No he decidido nada. Hablé de ello con mi padre y me aconsejó que no me precipitara en elegir carrera. ¿Tú qué has pensado?

Karen sonrió con timidez.

— No lo sé —dijo—. En realidad, me gustaría dedicarme a la industria hotelera.

— Pues, en tal caso, tendrás oportunidad de conocerla de cerca durante esta semana —dijo Puck—. Dicen que el Hotel Princess, donde estaremos, es uno de los mejores. Es un rascacielos muy moderno. Me hace una ilusión loca vivir allí.

— Y vamos a conocer a Ronnie Rand en persona —dijo Karen—. ¿No te sientes emocionada?

— ¿Qué quieres que te diga?... Ni siquiera sabemos cómo es. Seguramente es un tipo presumido y presuntuoso; aunque canta muy bien...

— Ya lo creo —asintió Karen—. Aún no acabo de creer que

hayamos tenido tanta suerte; que hayamos sido elegidas y que estemos aquí, camino de Copenhague, sólo por tomar parte en un ridículo concurso.

— Es verdad — dijo Puck —, es muy extraño...

Puck y Karen habían contestado juntas las preguntas de un concurso organizado por la revista «Centrum», sin imaginar siquiera la posibilidad de ganar el primer premio. No tenían ningún interés especial en visitar Copenhague, ni tampoco en conocer personalmente al famoso cantante de «jazz», Ronnie Rand, que era el primer premio.

Pero, además, se rifaban transistores, un magnetofón, tocadiscos, libros, equipos deportivos y muchos otros premios que a Puck y Karen les hadan ilusión. Y con la esperanza de ganar estos premios menores se presentaron.

Por ello fue mayúscula su sorpresa cuando recibieron la carta que les comunicaba su suerte: ocho días en la capital y una cena con el señor Rand, como compensación a su ingenio. También serían inscritas como miembros honorarios del «Club de Teenagers», asistirían a un concierto de «jazz», visitarían una fábrica de discos y muchas otras cosas. Era verdaderamente una gran aventura.

— Esto es una locura — había comentado cuando leyó la carta —. Una verdadera locura. Pero es igual, porque no creo que nos dejen ir.

— Pídele permiso al director —había aconsejado Navio.

— ¡Ni lo sueñes! No me atrevo. Nos dirá que no. Si Karen y yo fuéramos por lo menos las alumnas más aplicadas del pensionado, quizás hubiera una mínima posibilidad, pero no es éste el caso. Karen opinaba lo mismo.

El director, sin embargo, o quizá fuera su mujer, leyeron en la revista «Centrum» que el primer premio había sido ganado por las dos amigas, y esperaron a que ellas mismas lo dijeran. Pero, como ellas no decían nada, el director Frank las llamó a su despacho.

Boquiabiertas, oyeron decir al director que como ya estaban en el último curso y su comportamiento era bueno, tanto él como los demás profesores les daban su consentimiento para que fuesen a Copenhague.

— Y aquí nos tienes —dijo Karen—. Pellízcame el brazo. Aún

creo que estoy soñando.

— Hazlo tú —rió Puck—. Tengo suficiente con pellizcarme a mí misma.

— ¡Ay! —gritó Karen—. Por lo que duele, es que estoy despierta.

— Sigue siendo como un cuento de hadas — opinó Puck —. No sé qué me hace más ilusión, si el concierto de «jazz» o el hotel. Creo que el hotel. Me dijeron que apretando botones desde la cama, se enciende la radio o la tele, se abre y cierra la puerta, y se llama a tres clases diferentes de camareras. Por la mañana podemos ordenar desayunos sensacionales. Será una vida lujosísima. Imagínate que, como tendremos nuestro propio baño, podremos quedarnos en la bañera el tiempo que queramos, sin que nadie llame a la puerta gritando que le toca el turno. Creo que he nacido para el lujo.

Karen se puso seria.

— No lo creo — dijo —. Y es una suerte para ti. La gente que sueña con lujos, sin tener el dinero suficiente para pagárselos, lo pasa mal.

— ¡Vamos! Éste no es momento de tomar las cosas en serio — dijo Puck alegre—. Quiero vivir estos ocho días sin pensar en obligaciones, colegio ni estudios.

— Y cenar con Ronnie Rand — afirmó Karen.

— Y cenar con Ronnie Rand también... ¿Crees que será simpático?

— Ya veremos. Al menos no habrá problema de idiomas. Es tan danés como nosotras. Nació en Copenhague, en el barrio de Noerrebro. Ni siquiera se llama Ronnie Rand, ¿lo sabías?

— Pues no. Nunca me interesó gran cosa. He escuchado algunas de sus canciones y le he visto en la televisión.

— También ha actuado en el cine, antes de marchar al extranjero. ¿No te acuerdas? Fuimos a Sundkoebing para ver una película suya. «El chico de la guitarra» se titulaba.

— Es verdad. ¡Vaya birria!

— Pero él cantó bien.

— ¿Cómo se llamaba antes de cambiar su nombre por el de Ronnie Rand? Pareces muy enterada de su historia...

Karen se sonrojó.

— He leído algo sobre él en una revista — dijo —. Le encuentro atractivo. El «Club de Teen-agers», del que seremos miembros

honorarios lo han declarado su ídolo.

— Allá ellas — murmuró Puck.

Ronnie Rand no le interesaba lo más mínimo. Si se hubiera tratado de artista más jovencito...

— Su nombre de pila es Ronald, así que tiene derecho a llamarse Ronnie —defendió Karen con excesivo calor.

— ¡No me digas! ¿Y su apellido?

Karen miró irritada a su amiga.

— Rasmussen — dijo en voz baja, sin apartar la vista de Puck que se retorció de risa. Luego también ella rompió a reír.

— Está bien —dijo—. Es un apellido honrado, aunque media Dinamarca se llame así. Pero admito que Rand suena mejor y hace más interesante en un cartel. Puedes reírte tanto como gustes, pero a mí me hace ilusión conocerle. Canta bien y está a punto de ser famoso en todo el mundo. He leído en los periódicos que va a trabajar en una película americana que se rodará en Roma y, ¿sabes con quién?

— No —contestó Puck distraída mientras miraba por la ventanilla del vagón.

— ¡Con Gina Lollobrígida!

— ¡No me digas! —exclamó Puck admirada—. Entonces tiene que valer mucho.

— Empiezas a comprender — dijo Karen con sonrisa burlona —. No está nada mal que tú y yo hayamos ganado este premio. Fue muy gentil por parte de la revista invitarnos a las dos a la vez. Podían haber exigido que lo echáramos a suertes.

* * *

Harry Smitz contemplaba el cenicero lleno de colillas. Parecía muy preocupado, lo cual no le favorecía. Harry Smitz necesitaba mucho de una expresión que le agradase un tanto, porque no era guapo ni por aproximación. Era pequeño y rechoncho. Su cabeza parecía algo así como una col lombarda, aunque más pálida.

Y aquella cabeza tenía unos rasgos fisonómicos que el destino le había dado más que por diversión, para demostrar que la belleza no les toca a todos.

Sus ojos eran pequeños, de un color azul desteñido; su nariz era demasiado grande y, para colmo, tenía la barbilla muy prominente.

En total, un conjunto deplorable; tanto más cuanto que Harry

Smitz, en el fondo, era bondadoso y servicial, incapaz de hacer mal a nadie. «Un hombre maravilloso», decían los que le conocían. «Un hombre honrado», opinaban quienes habían hecho negocios con él; pero siempre terminaban diciendo: «Es demasiado bueno para su oficio.»

Harry Smitz tenía el apellido inglés, Smith; pero Smitz era más fácil de recordar y Harry necesitaba ser recordado. Era el dueño de una gran agencia artística. Tuteaba a la mayor parte de los directores de teatro, a los artistas, a los magnates de la industria del cine. Podía haber sido un hombre enormemente rico de no haber sido tan bonachón.

Él lo sabía. Sabía que debía llamar al orden a aquellos presumidos e indisciplinados artistas, que debía demandarles judicialmente cuando le engañaban y no cumplían sus contratos, que debía dejarles plantados de vez en cuando para que se dieran cuenta de lo que valía su protección.

Él sabía todo esto, pero también sabía que no era capaz de hacerlo. Harry Smitz sufría de un incurable amor al prójimo, y no lograría nunca disimular su entusiasmo sin reservas por los artistas y los cantantes.

También sabía el porqué de tal actitud: Harry Smitz sufría una frustrada vocación hacia el teatro. De chico soñaba con ser actor; pero, debido al aspecto físico con el cual el destino le había dotado tan caprichosamente, no había carrera para él en los escenarios. Por ello, Harry Smitz se convirtió en agente teatral y cinematográfico, Así tenía derecho a pisar al menos las tan soñadas tablas. Podía entrar en los camerinos, hablar con los directores de teatro y



sentirse en casa en los estudios de cine.

Harry tenía buen olfato para los talentos. Los descubría, los

lanzaba, los hacía famosos, y les daba el éxito que hubiera deseado para sí. Y si niquiera les tenía envidia. Se sentía feliz cada vez que lograba alumbrar una nueva estrella en el firmamento del teatro o el cine. Era como un artista que pintara cuadros maravillosos, para olvidarse de que él mismo era feo.

Sus colegas le reprochaban que siempre estuviera dispuesto a sacrificarse, que hubiera perdido fortunas debido a que algunos artistas le habían traicionado. A veces ocurría que, cuando alcanzaban la fama, rompían el contrato con Harry y le dejaban sin su porcentaje, firmando directamente con los directores de teatro o cine. En tales ocasiones, Harry podía hacer acudido al juzgado; sin embargó, nunca lo hizo. No tenía corazón para hacerlo.

—Así son los artistas... —solía decir.

En aquellos instantes, mientras miraba fijamente el cenicero lleno de colillas, Harry Smitz estaba realmente muy nervioso y preocupado. Su problema era Ronnie, sentado frente a él.

Miró al joven. Había estado mudo y pasivo en su silla durante más de media hora, contemplando por la ventana los árboles y cúpulas del Tívoli, el famoso parque de atracciones de Copenhague.

—Tienes que ayudarme, Ronnie — dijo al fin Harry Smitz, casi suplicando.

Ronnie giró la cabeza hacia su empresario con una mirada distraída y soñolienta.

—Estoy a tus órdenes, Harry.

—Tenemos que lograr ese contrato —prosiguió Harry persuasivo—. ¿Comprendes? Debemos ir a Roma.

Ronnie asintió y Smitz tuvo una pequeña esperanza, pero el joven dijo al fin:

—Pero eso no es posible, ¿verdad?

Smitz saltó de su silla. Estaba casi enfadado.

—¿Cómo que no? Claro que es posible. Podemos marchar en seguida. Sol Kaufman no vendrá corriendo a Copenhague para contratarte, ¿sabes? Debemos hacer algo nosotros. ¿No lo entiendes? Yo te he abierto el camino. Sol está dispuesto a hacer una prueba; incluso puedo decir que está interesado. Todo lo que pide es que vayas a Roma, y tú sales con que eso es imposible.

—Hablando con franqueza, Harry. Sabes, tan bien como yo, que me es imposible — dijo Ronnie.

—¿A causa de esa... esa chica?

El joven asintió. Luego dijo:

—No quisiera dejar a Conny ahora.

—¿Y tu futuro? ¿Y tú carrera?

¡A mí qué me importa mi carrera! — saltó Ronnie y se quedó ensimismado.

Harry Smitz se sentó y encendió un nuevo cigarrillo, luego suspiró. Lo más terrible era que Ronnie parecía indiferente a todo. Nada le importaba; nada, excepto él mismo. En eso se parecía a Warren Beatty y a Brigitte Bardot. Era de esa clase de estrellas que entusiasman al público. Tienen talento, están llenos de encanto y personalidad, y la gente les adora... Pero a ellos les da igual. Les deja fríos, y quizás en ello está su encanto. El público siente algo extraño por ellos, como si llevaran una aureola de misterio inalcanzable.

—¿Qué hago yo pues? — insistió Smitz.

—Si pudiera ayudarte, lo haría. Seguro — contestó Ronnie con una sonrisa distraída.

—Claro que puedes. Todo lo que tienes que hacer es pasar ocho días en Roma conmigo, hacer la prueba para la película y regresar con un contrato de millones en el bolsillo.

—Pero Conny... — empezó Rand.

—¡Conny, Conny, Conny! — dijo Smitz enfadado —. ¿Quién es Conny? Una chica normal y corriente que trabaja en una oficina normal y corriente. Es igual a miles de otras chicas. Una chica que sólo se distingue entre diez mil por el hecho de no estar enamorada de ti.

—Eso es — dijo Ronnie —. Es maravillosa...

Harry Smitz señaló con gesto acusador al joven cantante.

—¡Ahora me vas a escuchar, Ronnie! Es muy posible que la señorita Conny Jensen sea maravillosa porque no ha comprendido tu encanto; No obstante, Sol Kaufman es aún más maravilloso porque él sí lo ha captado. Yo también soy maravilloso porque he puesto una fortuna en ti, y Gina es maravillosa porque acepta hacer una película con un cantante poco conocido de un pequeño país del Norte. Todo esto está muy bien; pero, por desgracia, aún hay otra persona maravillosa; Mario Frascati.

En esta ocasión las palabras de Smitz parecieron impresionar a

Ronnie Rand. Frunció las cejas y dijo con dureza:



—No nombres a ese tipo.

Smitz no le quitaba ojo de encima. Se le ocurrió una idea.

—Quizá Conny también encuentra maravilloso a Frascati — dijo lentamente—. ¿Me equivoco?

—Ni siquiera le conoce — dijo Ronnie evasivo.

Smitz se sintió seguro.

—Pero le gustará conocerle, ¿verdad? — insistió.

—¡No tendrá ocasión! — dijo Ronnie obstinado.

—Puede venir a Copenhague — sugirió Smitz —. Louis Amstron­g ha estado aquí, y Harry Belafonte; también Count Basie y Nat «King» Cole... Según tengo entendido, el agente de Mario Frascati tiene planes para prepararle un concierto en Copenhague.

—¿Para cuándo?

Harry Smitz sentía que estaba ganando terreno.

—Depende de muchas cosas — dijo —. No olvides que Sol Kaufman aún no ha decidido a quién le dará el papel.

—Puede ser que a ti y puede ser que a Mario. Jean Duclos está luchando furiosamente para conseguir el contrato.

— ¿Jean Duclos? ¿El empresario?

— Exactamente. El empresario de Mario Frascati. El más duro, menos escrupuloso y, por desgracia, también el mejor empresario en esta parte del mundo.

— Creí que eras tú el mejor — dijo Ronnie, burlón.

— Lo soy, pero tengo demasiados escrúpulos. Por ejemplo, no he contratado a un «gángster» como ese Maurice Bizet para que me ayude. Duclos sí. Sé muy bien lo que está pasando. Maurice y Duclos están luchando como fieras para conseguirle a Mario el contrato en esa película. Están dispuestos a todo para conseguirlo. ¡A todo! No retrocederían ni ante el delito si con eso lograban que Sol Kaufman firmara con su pupilo. Esto significa, amigo mío, que

tu futuro se tambalea. Es muy posible que Maurice o Duclos, o los dos al mismo tiempo, logren que Sol contrate a Mario. Y entonces ¿qué? ¿Qué será de tu fama?

Las últimas palabras dieron que pensar a Ronnie. Se mordía los labios mientras con cara preocupada se mesaba su cabello castaño.

— ¿Cuándo quieres mi contestación? —preguntó.

— Lo antes posible —dijo Harry Smitz levantándose y yendo hacia la puerta—. Piénsatelo. Hablaremos más tarde. Voy a enviar unos telegramas. Luego hablaré con Sol Kaufman por teléfono, a ver si logro un par de días más.

La puerta se cerró a sus espaldas. Ronnie se quedó pensativo.



El Hotel Princess era sensacional, pensaron Puck y Karen.

Su llegada a Copenhague había sido todo un éxito. Un reportero de la revista «Centrum» le esperaba en la estación con un fotógrafo de prensa. Fue un recibimiento digno de una estrella de Me llamo Erik Anker —dijo el periodista—. Voy a ser vuestro anfitrión en Copenhague. El fotógrafo se llama Per Jensen y sólo le importan las fotos. ¿Quién de vosotras es Bente?

—Soy yo, pero todos me llaman Puck.

—Tanto mejor. Puck es un buen nombre para un titular.

Fueron al hotel en el coche de Erik Anker.

—Hemos escogido este hotel por ser el más moderno — explicó Anker —. Por cierto, Ronnie Rand también se hospeda aquí. Vais a conocerle en persona.

—¿Cómo es? —preguntó Karen.

—Un buen chico —dijo Anker—. Las chicas están locas por él.

Supongo que vosotras también.

—Pues no — dijo Puck —, aunque no se puede negar que canta bien.

—¡Vaya! —exclamó Anker—. Eres difícil de impresionar, ¿eh?

—No lo crea — sonrió Puck —. Este hotel, por ejemplo, me deja boquiabierto.

Fueron a la recepción a pedir las llaves y subieron en el ascensor al decimoquinto piso.

—¡Buf! —dijo Karen —. Noto la velocidad en los oídos. Es como ir en avión.

Anker y Per Tensen se quedaron en el vestíbulo mientras las dos amigas iban a tomar posesión de sus habitaciones: dos grandes dormitorios con baño que se comunicaban por medio de una puerta.

Karen se fue corriendo a la ventana.

—¡Qué vista! —exclamó—. Tenemos Copenhague a nuestros pies. ¿Se puede pedir más? Me gustaría quedarme a vivir aquí para siempre.

También Puck estaba entusiasmada. Las muchachas lo curioseaban todo: muebles modernos, cuadros abstractos en las paredes, misteriosos botones y distintas instalaciones. Había un escritorio convertible en tocador, la música salía de ocultos altavoces, lámparas articuladas en todas direcciones y muchas, muchas otras cosas.

—¡Qué elegante! —dijo Karen llena de admiración—. ¿Te has fijado en el ropero? Se enciende una bombilla al abrir la puerta y... Ven a ver el baño. ¡Hay tres clases de agua!

Puck sonrió ante el arrollador entusiasmo de su amiga. ¿Qué quieres decir con tres clases de agua?

—Agua fría, agua caliente y agua helada. ¿Te apetece un vaso? Fíjate en el espejo con luz incorporada. Y mira, la luz ha está escondida en el techo y...

Cuando terminaron de inspeccionarlo todo, deshicieron las maletas. En cada habitación había un ramo de flores como saludo de la dirección del hotel, y también un gran frutero obsequio de la revista «Centrum».

- Esto por ser huéspedes de honor — dijo Puck —. Creo que debemos bajar a reunimos con Anker. Nos va a explicar el programa para estos días.

Salieron al pasillo y cerraron sus puertas llevándose las llaves. Camino del ascensor pasaron ante una habitación cuya puerta estaba entreabierta. Un hombre cantaba dentro. Karen se paró.

—Es Ronnie Rand — cuchicheó a su amiga.

Tenía una bonita voz y la melodía era muy armoniosa. Las muchachas no conocían la canción. La letra era francesa. Era una canción moderna y la interpretaba con mucho sentido del ritmo.

—Vamos —dijo Puck en voz baja—. No está bien quedarnos aquí escuchando.

—Así que ésta es su habitación —dijo Karen emocionada—. Es el número 1508. ¿Qué números tienen las nuestras?

—Mira tu llave — rió Puck—. Tenemos los números 1510 y 1511. Vámonos.

Fueron hacia el ascensor y apretaron el botón de llamada.

Mientras esperaban, salió al pasillo el vecino de la habitación 1508. Karen miró de reojo y su cara expresó desilusión.

— ¡Vaya tipo!... —fue todo su comentario.

No era Ronnie Rand quien salió de aquel cuarto y luego lo cerró cuidadosamente con llave. Era un hombre alto, de anchas espaldas, de cara antipática, cabellos negros, lisos, y ojos negros, fríos. Fue hacia ellas y se puso a esperar el ascensor canturreando la misma melodía que habían escuchado poco antes. El hombre miró con indiferencia a las chicas. Puck clavó la vista en el suelo. Karen se sonrojó. Llegó el ascensor y se abrió la puerta.

El hombre alto se abrió camino con brusquedad y se metió en un rincón. Sacó un cigarrillo, lo encendió y exhaló una gran nube de humo. Puck y Karen, molestas, le dieron la espalda contemplando las luces del tablero que indicaba el piso alcanzado.

— ¡Huh! —dijo Karen—. Baja muy aprisa, ¿eh?

Al fin se paró el ascensor y las muchachas salieron. Anker y Per Jensen estaban sentados en un rincón del vestíbulo. Las chiquillas fueron hacia ellos.

— ¿Qué? —preguntó el periodista—. ¿Os han gustado las habitaciones?

— Son fantásticas — dijo Puck —. Casi demasiado, diría yo.

— Forman parte del premio. Bueno, tenemos que repasar el programa para la semana. Tendréis que ir a muchos sitios; sin embargo, hemos procurado que haya tiempo suficiente para salir de

compras. Aquí tenéis una copia del horario de actos y visitas.

Les tendió a cada una una cuartilla escrita a máquina.

— Esta noche conoceréis a los miembros del «Club de Teen-agers» —continuó—. Son chicas estupendas. Os gustarán, estoy seguro. Nosotros os llevaremos en el coche y luego procuraremos traeros a casa sanas y salvas. Por cierto, aquí tenéis vales para taxis, porque no estamos seguros de poder llevaros a todos los sitios; tenemos que trabajar.

— ¡Que lujo! —exclamó Karen—. ¿De veras nos paga los taxis?

— Yo no; la revista —rió Anker—. Bueno, sigamos con el programa. Comeréis aquí en el hotel. Podéis comer lo que queráis, pero nada de tomar champaña.

— No lo he probado nunca, y no creo que me guste — dijo Karen.

— Era una broma. No pensé en ningún momento que fuerais a pedir la carta de los vinos... Vamos a ver: mañana por la mañana presenciareis una grabación de discos, luego visitaremos la fábrica donde los imprimen. Es muy interesante. Luego, comida con Ronnie y el director de la revista «Centrum». Por la tarde estaréis libres...

Repasó todo el programa y las muchachas quedaron impresionadas.

— Concierto de «jazz»..., velada de teatro..., estreno de película...

— ¡Rayos y truenos, cuántas cosas! Tendremos mucho que contar cuando regresemos al pensionado —dijo Karen.

— ¿Dónde se reúne el «Club de Teen-agers»? —preguntó Puck.

— Suelen hacerlo en casa de una de las muchachas. Se llama Elsebeth Bruhn. Su padre es ingeniero civil. Tienen una gran mansión en Hellerup. Es allí donde vamos esta noche.

Anker se levantó.

— Nos vamos. Volveremos a buscaros a las siete. ¿De acuerdo? Como os dije: si os apetece tomar algo, lo que sea, no tenéis más que pedirlo.

— Excepto champaña — dijo Karen.

— Eso es: excepto champaña.

Más tarde las chicas estaban sentadas en la habitación de Puck, tomando un refresco. Karen parecía pensativa.

— ¿Qué te pasa? — preguntó Puck.

— Nada. Estaba pensando en ese grandullón que cantaba en el número 1508. Un tipo extraño, ¿no te parece?



—¿Qué quieres que te diga?

—¿Quién será?

—Algún francés, supongo. Por lo menos cantaba con palabras francesas. ¿Por qué?

—Por nada... ¿Cuál será la habitación de Ronnie Rand? Yo creí que era él quien cantaba.

—Piensas mucho en Ronnie Rand, ¿verdad? — sonrió Puck.
Karen suspiró.

—Quizá yo sea el prototipo de una auténtica «fan» — sonrió

—Ya lo creo. Debías hacerte miembro de un club de «fans».

—Esta noche seremos miembros de uno.

* * *

En la habitación 1507, Ronnie Rand estaba sentado al borde de su cama, mirando fijamente el teléfono. No podía decidirse. Llevaba más de media hora pensando si llamar a Conny o no. Sabía que lo mejor era dejar en paz el teléfono y no demostrar a la chica lo mucho que significaba para él. Pero lo cierto era que la echaba mucho de menos.

Suspiró hondo y encendió un cigarrillo, en un intento de pensar en otra cosa. ¡El contrato en Roma! Sería maravilloso. Harry tenía razón: era la oportunidad de su vida. Daría lo que fuera por aquel contrato, Pero...

Uno de los defectos de Ronnie era su incapacidad de concentración. Había nacido y crecido en un hogar de trabajadores y nunca creído que, siendo tan joven, llegaría a ser estrella; un ídolo para los «teen-agers», un centro de atracción, un famoso. La verdad era que Ronnie ni siquiera había pensado en su futuro. Había vivido, sin preocuparse de nada más.

—Eres indiferente a todo —le decía su padre—. No serás nunca nada en la vida. Eres un vago y un perezoso.

Ronnie y su padre nunca se habían comprendido. El padre tenía grandes planes para su hijo: quería que fuera ingeniero. Él trabajaba en una fábrica, sin posibilidades de mejorar, y no le deseaba esa suerte a Ronnie. Quería que estudiase la carrera de ingeniería. Faltaban buenos ingenieros; el mundo era de ellos.

Cuando veía las malas notas de su hijo en el colegio, le reñía:

— Pero tú ¿qué piensas hacer?

Y Ronnie no tenía respuesta. No le gustaba hablar de sí mismo... y menos con su padre. Si su madre hubiese vivido, quizá todo hubiera sido muy distinto. Pero su madre murió siendo él un chiquillo y la tía que lo había criado era vieja y con mal genio. Ronnie la odiaba.

En el colegio era uno más, excepto que no le gustaban los deportes. Sus compañeros se burlaban de él al principio, pero luego renunciaron a ello; porque Ronnie ni siquiera reaccionaba frente a los insultos, y no resultaba divertido molestar a un chico que no se enfadaba por nada.

Durante una temporada, trabajó en una lechería, como repartidor. Ahorró hasta que pudo comprarse una guitarra. Una vez la tuvo, dejó el trabajo. Por la noche tocaba hasta que su padre le gritaba que no aguantaba más aquellos ruidos. Entonces se fue a tocar al parque.

Una noche hubo un concurso para aficionados. Ronnie ganó el tercer premio y esto le dio ánimos para seguir tocando.

Tenía entonces dieciséis años. En cuanto hubo otro concurso participó de nuevo, pero no logró ganar ningún premio. A Ronnie no le importó.

— ¿No estás decepcionado? —le había preguntado su padre.

— No — fue la simple y seca respuesta del muchacho.

No le gustaba el tono mordaz de su padre. Dejó que las palabras

desdeñosas lloviesen sobre él sin alterarse. Ronnie ni siquiera contestaba.



Algún tiempo más tarde actuó otra vez, y de pronto se dio cuenta del calor que había en los aplausos de los espectadores. Ganó el primer premio y fue muy aplaudido, tanto que hubo de repetir su número varias veces. Un fotógrafo de prensa le hizo una foto que fue publicada al día siguiente. Su padre estaba furioso.

— ¡No me gusta que te prestes a esto! — había dicho.

Podía haberse ahorrado su disgusto. Era ya imposible evitar el entusiasmo general hacia su hijo. A Ronnie en cambio todo le era indiferente. Sólo pensó que si estaban dispuestos a pagar por oírle cantar, sería un imbécil si no aceptaba su dinero. Y así había empezado todo.

Pronto firmó un contrato con una compañía de discos. Después había actuado en la televisión, en una película y en una revista. Hasta que un buen día Harry Smitz se presentó en su casa y le ofreció un contrato.

Por entonces había conocido a Conny. Una chica normal y corriente que trabajaba en el despacho de un abogado y procedía de una familia acomodada del barrio de Oesterbro. Le gustaba el «jazz» y el cine, y era una muchacha bonita. Ronnie pensaba que Conny era poco menos que un ángel.

La había conocido después, de un concierto. Bailaron juntos y se enamoró perdidamente de ella, pero Conny no compartía sus sentimientos.

Los padres de la muchacha estaban chapados a la antigua y la habían educado en un colegio de categoría. Por eso ella cuidaba mucho las apariencias e incluso le molestaban el sencillo modo de ser de Ronnie, su descuidado lenguaje y su humilde origen.

Le gustaba mucho oírle cantar canciones en inglés; pero él, en persona, la había decepcionado. En pocas palabras, lo consideraba un simple. Ronnie estaba acostumbrado a que las chicas se enamoraran de él, que gritaran cuando actuaba, que se desmelenaran para conseguir un autógrafo suyo, una foto o simplemente el envase de su refresco... Sin embargo, Conny se mostraba indiferente. Ni siquiera quiso su foto cuando él se la ofreció, y no le permitió que la acompañase a su casa. Bailó con él un par de veces y luego le dijo que estaba cansada; pero poco después se puso a bailar con otro.

El ídolo no comprendía aquello. Nadie le había tratado antes con tanta frialdad. Y ya no logró olvidar a aquella muchacha. En cambio, ella se portaba como si ya le hubiera olvidado.

Ronnie había mandado flores a su casa; le había escrito cartas, llenas de faltas de ortografía, invitándola a salir con él.

Al fin, Conny aceptó una de sus invitaciones, y estuvo simpática con él. Hablaron de «jazz», de películas y discos, y sobre su trabajo. Ronnie se limitaba a contemplarla. Al final ella se levantó y le dio las gracias, pero no le permitió que la acompañase en su «MG» rojo descapotable.

— Gracias — le había dicho —. Tomaré un taxi. No me gustan los descapotables.

Al día siguiente, Ronnie se compró un lujoso automóvil americano cerrado. Fue a buscarla a la oficina donde ella trabajaba y la estuvo esperando hasta que salió en compañía de otras chicas. Al ver el coche, Conny había soltado una carcajada, mientras sus compañeras miraban al cantante llenas de sorpresa y envidia. Ella le dejó acompañarle a su casa; pero, tan pronto llegaron, la muchacha se apeó rápidamente con un seco:

— ¡Adiós y gracias!

— ¿Cuándo nos veremos? — dijo él suplicante.

— No lo sé. Tengo mucho que hacer estos días.

Ronnie se quedó en su lujoso coche americano sintiéndose el hombre más desgraciado y ridículo de la tierra. Aquéllos y otros semejantes eran los motivos por los que, en el decimoquinto piso del *Hotel Princess*, el cantante estaba mirando fijamente el teléfono. ¿Qué hacer? ¿Llamar o dejarlo? Alargó la mano para marcar, pero en aquel instante sonó el timbre



del aparato. Ronnie se apresuró a contestar. Era Harry Smitz quien llamaba.

— ¡Vaya, eres tú! — suspiró Ronnie.

— Sí, lo siento — contestó Harry —. No soy Conny. Tengo malas noticias.

— Tú dirás — murmuró Ronnie, de mal humor.

— Acabo de hablar con el director Sol Kaufman. Está impaciente. Duclos se encuentra en Roma acuciándole para que firme el contrato con Mario Frascati. Éste llegará a Roma de un momento a otro, tan pronto termine su gira por Inglaterra. Debemos ir a Roma en seguida.

— ¡Hum!

— Ésa no es contestación. Exijo que vayas.

Ronnie no contestó. Pensaba en Conny. Debió haberla llamado antes, así Harry no hubiera podido comunicarse con él. Además, hubiera conocido la opinión de Conny. Quizás ella pensaba de distinta manera que él. Sin embargo, no podía dejarla. Imposible.

—¿Me estás escuchando, Ronnie? — sonó la voz de Smitz —. Debemos ir a Roma hoy. Ahora mismo voy a reservar billetes para el avión.

— Espera un poco — dijo Ronnie —. No podemos marchar. Piensa en el concierto.

— ¡Al diablo el concierto! Podemos suspenderlo. Diremos que estás indispuerto, que has perdido la voz.

— Pero ¿qué pasará entonces?

— Tengo un plan genial —rió Smitz—. El concierto es el jueves. Ya no hay entradas. Si tú fallas, tendrán que buscar a otro que te reemplace.

— ¿Quién? —dijo Ronnie que empezaba a comprender.

— El jueves por la noche Mario estará libre. Tiene un concierto en Liverpool el martes y otro en Londres el miércoles. Puede tomar el avión el jueves por la mañana y actuar aquí por la noche. El plan es perfecto.

— No —dijo Ronnie con dureza—. No querría a Mario en Copenhague de ningún modo.

— Pero, escucha... —empezó Smitz persuasivo—. Escúchame, Ronnie...

Ronnie estaba sentado al borde de la cama, dando la espalda a la puerta. Estaba tan preocupado por cuanto acababa de oír que no se dio cuenta de que la puerta del pequeño vestíbulo se abría lenta y suavemente algunos centímetros, y unos ojos le contemplaban desde la oscuridad.

— ¿Crees que Mario querrá venir a Copenhague el jueves para dar el concierto en mi lugar? ¿Y qué me dices del público?...

— Estará encantado, pero eso no nos importa. Se trata del contrato. Un concierto no tiene importancia. Cuando regreses podrás dar cuantos quieras en Dinamarca. Sobre todo, si logras convertirte en estrella de Hollywood.

— ¿Quieres que nos vayamos en seguida? ¿Cuándo? ¿Mañana?

—Hoy — dijo Harry Smitz decidido —. Esta noche, si hay billetes para el avión; si no, en el primer vuelo de mañana. Quizá será mejor esperar a mañana. Así tendré tiempo de arreglar el asunto con los directores del concierto. Me comprenderán, estoy seguro. Además, puedo darles plena indemnización. Diré que estás enfermo y les prometeré que darás dos conciertos a mitad de precio, al terminar la película. De esta forma ganarán más dinero.

La puerta seguía semiabierta. Los ojos miraban fijamente la nuca de Ronnie.

—¿Estás seguro de que Mario vendrá a Copenhague?

—Segurísimo. Duclos creará que te encuentras enfermo y estará

encantado de que Mario pueda llevarse el éxito y el dinero. Es un plan genial. Yo lo arreglaré con Duclos. Nos tiene tanto miedo que estará dispuesto a todo.

—Yo no estoy tan seguro... —dijo Ronnie.

La puerta se fue cerrando lentamente, pero produjo un pequeño ruido y Ronnie giró la cabeza.

—¿Estás allí? —sonó la voz de Smitz—. ¿Me escuchas?

—Espera un momento — dijo Ronnie.

Dejó el auricular sobre la cama y saltó hacia la puerta. La abrió pero no había nadie, ni allí ni en el pasillo. Meneando la cabeza volvió a tomar el auricular.

—Dime, Harry... Creí que había alguien tras la puerta, pero debe de haber sido mi imaginación. Ahora escúchame tú, Harry. No puedo ir a Roma ni quiero que Mario venga a Copenhague.

De pronto se había acordado de las palabras de Harry durante su última conversación: «Quizá Conny encuentre maravilloso a Mario... Quizá le gustaría conocerle... Él puede venir a Copenhague...»

— No pienso ir — repitió y colgó violentamente.

Poco después paseaba por la habitación con nerviosismo, volvió al teléfono y marcó el número de Conny. Estaba en la oficina y parecía muy ocupada.

—No tengo tiempo de hablar contigo — fue el frío saludo de la muchacha.

—Pero ¡es muy importante! —insistió Ronnie—. Es necesario que nos veamos...

—Pues hoy no puede ser — contestó la muchacha —. Voy a una reunión.

—¿Dónde?

—En mi club. Sé razonable, Ronnie. Sé bueno y cuelga. Tengo mucho trabajo y la oficina está llena de gente.

Ronnie tenía la sensación de que todo su encanto tras el micrófono se perdía cuando hablaba con Conny.

—¿Qué club? — preguntó tontamente.

—El «Club de Teen-agers», naturalmente — dijo Conny—. Tiene algo que ver con la revista «Centrum». Ya sabes, lo de las muchachas que ganaron un premio. Lo siento, Ronnie, voy a colgar.

Y colgó.



Pudiera haber sido una reunión estupenda la del «Club de Teen-agers» si no hubiera tenido que ser fotografiada para la revista «Centrum».

Puck y Karen fueron llevadas a la elegante mansión en Hellerup, donde les dio la bienvenida Elsebeth Bruhn, una muchacha bonita y sonriente.

—Ojalá no os hayáis hecho ilusiones sobre nuestra fiesta —dijo—. No solemos celebrar reuniones solemnes. En general, sólo tomamos el té juntas y charlamos.

—Esto es también lo que más me gusta a mí —opinó Puck.

Pero ya en aquel instante les interrumpió Erik Anker.

—¿No podíamos organizar algo que dé la impresión de que esto es una ceremonia de admisión de nuevos miembros? —preguntó—. Necesitamos un buen, reportaje con fotos. Además de charlar y tomar el té, ¿qué hacéis?

—Nada —rió Elsebeth e invitó a las recién llegadas—. Venid, chicas, a saludar a las demás.

Las otras muchachas eran muy distintas, pero también muy simpáticas y amables. Una se llamaba Rita. Siempre reía, y a Puck le pareció algo tonta. Otra se llamaba Inger-Marie, era pequeña y gorda, y muy divertida. Había algunas más, pero Puck no se enteró de sus nombres. Además, estaba Conny, que era la más bonita. Parecía aburrida.

Elsebeth les hizo pasar a una sala grande y moderna con

estanterías llenas de libros y muebles bajos, que daba a un jardín.

—Solemos reunirnos en mi habitación — explicó —; pero a causa de la solemnidad de este acto, nos quedaremos aquí. Siéntense todos. Voy por unos refrescos.

Al principio, el ambiente era algo tenso.

—¿Cómo pensáis celebrar la admisión de nuevos miembros? — preguntó Erik Anker.

Conny se encogió de hombros.

—No hemos pensado en nada especial — dijo —. Diremos que estamos conformes, y eso será todo.

—Pero ¿no hacéis nada más? Alguna ceremonia adecuada, quiero decir — insistió Per Jensen.

Las muchachas se miraron.

—¿Qué quiere usted que hagamos?

En aquel momento entró Elsebeth con una bandeja llena de bebidas sin alcohol.

—Os traeré el té más tarde — dijo para tranquilizar a sus amigas.

Anker y Per Jensen se miraron.

—No hay ambiente para una buena foto — dijo el fotógrafo—. Debemos organizar algo. ¿No podríais sentaros en el suelo, por ejemplo?

—¿Para qué?

—Así será más original —explicó Per Jensen—. Quiero una buena fotografía para la revista.

—Pero no nos sentamos nunca en el suelo —aseguró Elsebeth.

—Pues yo tenía la idea de que los «teen-agers» se sentaban en el suelo — dijo Anker.

Las muchachas se rieron.

—Sí; hay mucha leyenda sobre cómo nos comportamos —dijo Elsebeth—. Supongo que también se siente usted decepcionado por no encontrarnos a todas vestidas con pantalón, ¿no? Pero somos personas completamente normales.

—Entonces, ¿cómo pensáis convertir a Puck y a Karen en miembros honorarios?

Elsebeth soltó una carcajada.

—Pues no habíamos pensado en ello — rió —. Ni siquiera las conocíamos. Ha sido idea de su revista. Nosotras ganamos un

concurso, y ellas también; eso es todo.

—¿También vosotras ganasteis un concurso? —preguntó Karen.

—Sí; así nos encontraron. Ganamos un montón de discos y luego surgió esto.

Puck y Karen empezaban a sentirse incómodas.

—Sentimos mucho haberos molestado — se excusó Puck.

—Nada de eso —se apresuró a decir Elsebeth—. Sois bien venidas las dos. ¿Qué queréis tomar?

Erik Anker se rascó el cogote.

—¿No podíamos organizar algo? —insistió—. La foto debe representar una ceremonia en un club. ¿Qué os parece si dos de vosotras rompéis un disco en la cabeza de las nuevas?

—¿Por qué? —preguntó Conny.

—Por nada; como un símbolo. Estaba pensando que cuando se bautiza un barco se rompe una botella de champaña. Aquí podría usarse un disco. Sería más divertido.

—A mí me parece una tontería — dijo Conny —. ¿Verdad, chicas?

—Pues... —vaciló Puck.

Erik Anker y Per Jensen le daban lástima. Su revista les exigía que llevaran buenas fotos.

—Pues, entonces, podríais colgarles algo alrededor del cuello — propuso Erik Anker a la desesperada —. Flores o algo por el estilo. Como en Hawai. Vamos, muchachas, tenéis que ayudarnos. Necesitamos buenas fotos. La revista quiere su reportaje.

—¿Flores? — rió Rita.

—Podíamos darles un regalo — opinó Elsebeth.

Hubo una larga pausa. Inger-Marie se bebió dos refrescos, pero no dijo nada. Puck empezaba a comprender el porqué de su gordura. Erik Anker estrujaba su cerebro y Per Jensen daba vueltas por el salón en busca de ideas para sus fotos. De pronto sonó el timbre de la puerta.

—Ya voy yo — dijo Conny.

—Mis padres no están en casa — explicó Elsebeth —. Prefirieron marcharse antes que salir retratados en la revista. Me gustaría saber quién viene a estas horas.

La puerta del vestíbulo se abrió y entró Ronnie Rand. Las muchachas se levantaron de un salto. Karen se puso colorada como

un tomate. Conny parecía fastidiada al entrar con el cantante.

—¡Qué honor! — dijo Elsebeth.

Fue hacia el recién llegado para darle la bienvenida.

—Pensé que quizá podría seros de alguna utilidad — se excusó éste—; quiero decir... No quería... Sabía que estaba el fotógrafo..., y pensé...

Ronnie estaba confuso como un colegial, lo cual le favorecía mucho. Puck le contempló llena de curiosidad. ¿Aquel chico era el gran astro de la música moderna?, se preguntó a sí misma.

—Para ser más exactos — intervino Elsebeth —. Usted sabía que Conny estaba aquí, ¿verdad?

—¡Vaya! — dijo la aludida con dureza.

Ronnie miró en derredor.

—Pues... No fue por eso... — mintió.

—¡Menos mal que has venido! — dijo Anker —. Nos faltaba un buen tema para la foto. ¡Has salvado la situación!

Pero Ronnie sólo tenía ojos para Conny, la cual echaba chispas.

—¿Cómo te has enterado de que estaba aquí?... —empezó la muchacha.

—Sabía que iba a haber una reunión — contestó Ronnie con expresión ovejuna—. Me lo dijo Anker.

-¿Yo?...

La situación era ridícula. Pero, por fin, Elsebeth rompió el hielo.

—El «Club» le da la bienvenida —dijo—. Es un gran honor para nosotras.

Sonrió a Ronnie y éste recobró algo de su acostumbrada seguridad. Rita le contemplaba curiosa e Inger-Marie se sirvió otro refresco.

Per Jensen empezó a colocar a los presentes para hacer sus fotos. Ronnie fue puesto en el centro, rodeando con sus brazos los hombros de Puck y Karen. Elsebeth esparció discos por el suelo como si hubieran estado escuchando música durante horas. Después Ronnie fue sacado al jardín y fotografiado de pie sobre un banco, cantando a pleno pulmón, mientras todas las chicas le miraban extasiadas.

No era una escena muy original y ninguna de las fotos tuvo originalidad; pero Per Jensen quería terminar de una vez con su trabajo.

Por fin se declaró satisfecho y hubo un poco más de calma. Ronnie no se movía del lado de Conny, y ella no podía disimular su malestar. El muchacho la ponía nerviosa. En cambio, Rita no se movía del lado de Ronnie, y su risa tonta sonaba continuamente. Eso parecía irritar al cantante tanto como la compañía de éste irritaba a Conny.

El ambiente, desde luego, no era muy agradable aquella noche. Nadie parecía preocuparse por Karen y Puck. Anker y Per Jensen eran los únicos satisfechos; tenían ya su historia para «Centrum». Para eso habían ido allí. Algo más tarde, Puck y Karen regresaban al hotel en el coche de Per Jensen. Conny aceptó que Ronnie la acompañara hasta su casa.

—Ha sido una velada estupenda — dijo Anker, alegre.

—Sí — contestó Puck con sequedad.

Karen no dijo nada. Seguía impresionada por la presencia de Ronnie en la reunión.

—Mañana comeréis con Ronnie —continuó Anker—. Iré a buscaros al hotel. Pero por la mañana debéis ir a la grabación del disco, ¿eh? Tengo que consultar mi programa...

—Sí —recordó Puck—. La grabación es mañana.

Estaba cansada y algo preocupada por tanta publicidad. Todo le parecía tan artificial...

—Chicas encantadoras esas «teen-agers» —comentó Anker.

—Sí, muy agradables — contestó Puck —. Sobre todo Elsebeth.

—Y Conny — dijo Per —. Es la más bonita de todas.

—Creo que Ronnie comparte tu opinión — rió Anker —. No sabía que tenía una novia tan guapa.

Puck no dijo nada. Si aquellos dos no se habían dado cuenta de que Conny distaba mucho de ser la novia de Ronnie, sería imposible tratar de explicárselo.

* * *

El paseo de Ronnie en coche no fue ningún éxito. Conny estaba muy enfadada y él se sentía ridículo.

—¿Por qué has venido? —preguntó—> ¿Estás bien de la cabeza?...

—Pues no — contestó el cantante en un intento de dar un tono humorístico a la conversación—. Ésa debe de ser la razón.

Pero Conny no tenía ningún sentido de humor. Además, estaba

enfadada de verdad.

—Las demás chicas se ríen de mí —dijo, mustia—. Y lo que se reirán después de esta noche.

—¿Tanto te importa eso? —preguntó Ronnie.

—¡Claro que sí!

Cuando llegaban a su casa, Conny se despidió sin tenderle la mano.

—Seguramente me iré a Roma —dijo Ronnie en un intento de hacerse el interesante.

Ella vaciló.

—¿A Roma?... ¿Cuándo?

—Quizá mañana o pasado. No lo sé con seguridad.

—No digas bobadas. Tienes un concierto el jueves.

—Lo suspenderemos, seguramente. Se trata de firmar un contrato para una película muy importante.

—¡Qué bien! —dijo la muchacha sin interés.

Si ella hubiera mostrado algún pequeño interés por su marcha, las cosas hubiesen sido más fáciles para Ronnie. Pero a la chica le daba igual que él estuviera en Copenhague o en la luna, y Ronnie decidió quedarse. No se atrevía a dejarla sola. Tenía que quedarse cerca de ella, se dijo a sí mismo de muy mal humor, cuando regresaba al hotel. Estaba en una situación muy difícil. Comprendía que debía obedecer a Harry e ir a Roma, pero, por otro lado...

Recogió su llave en la conserjería y, cuando se disponía a tomar el ascensor, el recepcionista le dijo:



—Tengo un recado para usted, señor Rand.

—Gracias —dijo y recogió una carta que le entregaba el empleado.

—Además —continuó el recepcionista—, el señor Smitz me encargó decirle que espera su llamada esta noche, a la hora que sea. Ocupa la habitación número 1402.

—Gracias, lo haré.

Metió la carta en el bolsillo. No tenía ganas de leerla en aquel momento. Seguramente sería la petición de un autógrafo o de una foto.

Apretó el botón para llamar uno de los seis ascensores que comunicaban el vestíbulo del hotel con los pisos. Ronnie vio que dos estaban bajando. Sacó la carta del bolsillo y la contempló distraído.

Por el sobre, escrito a máquina, cambió de parecer respecto a su contenido. No llevaba ni remitente ni membrete. El sello era danés. Lo abrió y sacó una cuartilla. Se sobresaltó al leer:

No dejar Copenhaguen. Conny correr peligro.

Un amigo.

La puerta del ascensor a su derecha se abrió. Ronnie estaba distraído examinando la misteriosa carta. Cuando levantó la vista, la puerta se cerraba y el ascensor se puso de nuevo en marcha. Antes de que se cerrara la puerta, aún tuvo tiempo de ver que

dentro había un hombre vestido de marrón, que le daba la espalda. En aquel instante llegó el otro ascensor.

Ronnie entró y apretó el botón de su piso. Volvió a leer las misteriosas palabras. Habían sido escritas a máquina en un papel corriente. El joven meneó la cabeza. No lograba comprender nada. ¿Quién podía saber su interés por Conny? ¿Cómo podía Conny estar en peligro? Conny, que era una muchacha tan independiente, tan segura de sí misma.

El ascensor se detuvo y Ronnie salió. Miró en ambas direcciones del largo pasillo. No había nadie. Tampoco esperaba ver a nadie, pero la carta había alterado sus nervios. Sentía que algo desconocido le amenazaba, algo que se ocultaba tras alguna de aquellas puertas grises..., o tras las esquinas..., o dentro de los ascensores que, como robots, se movían arriba y abajo con su desconocido contenido.

Suspiró hondo y fue hacia su habitación. Instintivamente procuraba no hacer ruido, caminaba con pasos ligeros, con todos sus sentidos alerta.

Al oír un pequeño ruido a su espalda se detuvo en seco. Dio media vuelta con la rapidez de un rayo..., pero no había nadie. Alguien debía haber cerrado una puerta.

Una repentina inspiración le hizo volver ante las puertas de los ascensores. Aquel que había bajado primero, y luego había vuelto a subir con un pasajero de traje marrón, se había detenido en el mismo piso que él, y aún estaba allí, vacío. El desconocido había subido hasta allí no cabía duda.

Ronnie movió la cabeza.

—Es absurdo — murmuró para sí —. No seas gallina. Deja ya de ver misterios por todas partes. Entra en tu habitación y llama a Harry. Luego acuéstate y duerme. Estás cansado. Eso es todo, cobarde.

Sonrió. Se fue hasta la puerta marcada con el número 1507, metió la llave en la cerradura y la hizo girar, pero no logró hacerle dar la vuelta entera. Ronnie lo intentó de nuevo con más fuerza, mientras con su mano derecha accionaba la manija. La puerta se abrió.

Ronnie se sintió presa de gran nerviosismo. Notaba las gotas de sudor en su frente y que sus manos temblaban. Sacó la llave de la

cerradura, empujó la puerta y extendió la mano hasta llegar al interruptor.

La fuerte luz del pequeño vestíbulo, donde una puerta daba al baño, otra al dormitorio y una tercera de hojas corredizas cerraba el ropero, casi le cegó. La puerta del dormitorio estaba entreabierta. Vio la luz de la mesilla de noche. Recordó que la camarera siempre la dejaba así cuando marchaba, después de abrir la cama, pero no obstante vaciló antes de entrar. No había nadie en la habitación. Ronnie respiró aliviado y encendió la luz del techo. Todo estaba en orden.

La ventana que daba a la calle estaba entreabierta y se oían los ruidos de los tranvías, y los coches, así como un extraño zumbido que era la suma de todos los ruidos de la gran ciudad. Ronnie miró en derredor. Aún no se sentía tranquilo. «¿Por qué estaba abierta la puerta al llegar?», se preguntó inquieto.

Seguramente la camarera se olvidó de cerrar con llave. Pero esta explicación no le convenció. En circunstancias normales le hubiera bastado... Pero ahora...

Tenía la carta en el bolsillo. La misteriosa carta con aquellas extrañas palabras:



No dejar Copenhaguen. Conny correr peligro.

Un amigo.

Tenía que llamar a Harry Smitz a la habitación 1402. Sabía muy bien lo que le iba a decir Harry, pero entonces menos que nunca deseaba ir a Roma.

Ronnie recordó que la puerta de entrada había quedado abierta. Lo mejor sería cerrarla con llave, pensó. Estaría más tranquilo así. Dio media vuelta, salió al pequeño vestíbulo e hizo girar la llave. Iba a apagar la luz de la entrada cuando se dio cuenta de que una

de las puertas corredizas del ropero estaba abierta. Hubiera jurado que, al entrar, ambas puertas estaban cerradas, y él no había tocado el armario para nada.

De nuevo notó gotas de sudor en su frente. El cuello de su camisa parecía ahogarle y sus manos estaban húmedas a causa de su nerviosismo. Tenía una extraña sensación de ser observado. Se desesperó. Con un movimiento brusco abrió la puerta del baño y encendió la luz.

No había nadie.

Se volvió hacia el armario y corrió las dos puertas. Su ropa colgaba en orden, como siempre, y nadie se ocultaba detrás de sus trajes. Pero, se dijo, en el armario había suficiente sitio para esconder a un hombre. Él no había tocado aquella puerta. Estaba entreabierta cuando él..., cuando él...

Meneó la cabeza. Estaba desconcertado. Recordó el ascensor con el desconocido que daba la espalda a la puerta... ¿Por qué daba la espalda a la puerta? Conny correr peligro... ¿Qué clase de peligro? Copenhague... Se dice Copenhague... ¿Había él abierto la puerta del armario?... ¿Veía fantasmas en un hotel moderno en pleno centro de la capital?

De repente se sintió muy solo, indefenso y confuso. Estrujaba la carta entre sus dedos. No dejar Copenhague... ¿Quién habría escrito aquello? ¿Y por qué se expresaba de aquella

forma? ¿Para dar a entender que la carta había sido escrita por un extranjero? ¿Qué se podía hacer en un caso así?... ¿La policía?... No; se convertiría en el hazmerreír de todos. Veía claramente los titulares de los periódicos: *ídolo de la canción moderna, asustado por una broma pesada*... Sí; eso debía ser: una broma pesada... ¿Y la puerta? ¿O mejor dicho las puertas? ¿No sería mejor bajar y hablar con el conserje?... No; no podía abandonar su habitación, sobre todo después de lo ocurrido.

El teléfono de su mesilla de noche empezó a sonar e interrumpió a sus confusos pensamientos. Contestó. Era Harry Smitz.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? Debías haberme llamado. Estaba esperando. ¿Qué haces?

—Yo...

Durante un instante pensó explicar a Harry sus sospechas, pero renunció a ello.

—Acabo de llegar — mintió.

—Bien. Ahora, escúchame... Nos vamos mañana a Roma. Y esta vez no quiero discusiones. Es nuestra última oportunidad. Tomaremos el avión de las 14'25. Sol Kaufman nos está esperando, aunque Jan Duclos intriga como un loco para asegurarle a Mario el contrato. No podemos retrasarlo por más tiempo. ¿De acuerdo?

La voz de Harry Smitz era más firme y más decidida que nunca.

—¿Me oyes? Nos vamos. ¿Has entendido? No quiero excusas.

—¿Es necesario ir? —fue todo lo que Ronnie pudo balbucear.

—A las 14'25. Iré por ti. He suspendido el concierto. Pero procura no decir nada a nadie. ¿Has entendido?

—Sí, sí. Iremos a Roma en el avión de las 14,25. Pero...

Un ruido a sus espaldas le hizo volver la cabeza. Durante un momento sus ojos observaron la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Muchas habitaciones del Hotel Princess comunicaban entre sí por puertas que normalmente estaban cerradas con llave; pero que eran abiertas cuando un huésped necesitaba varias habitaciones.

En ningún momento Ronnie había prestado atención a aquella puerta; pero en aquellos momentos cada puerta se había convertido para él en un escondite de la misteriosa amenaza que presentía.

Le pareció... Pero no podía ser verdad... Le pareció que la manilla se había movido.

—Oye, ¿estás ahí? ¿Qué haces? —sonó la voz de Harry Smitz—. Debes estar listo para salir mañana, y ni una palabra, ¿comprendes? No sabemos lo que Duclos está tramando.



Seguramente nos está espionando para saber nuestros planes. Nos jugamos millones. Vete a la cama. Te llamaré mañana por la mañana. No te muevas de tu habitación. Saldremos por la puerta

trasera e iremos al aeropuerto sobre las doce. Buenas noches, Ronnie y gracias, porque por fin has entrado en razón.

Ronnie iba a decir algo, pero Smitz ya había colgado. El joven se quedó con el auricular en la mano, mirándolo fijamente. No sabía qué hacer ni qué pensar.

Pero entonces se acordó de las palabras de Harry: «Seguramente nos está espionando...»

Para más seguridad, se fue hacia la puerta y agarró la manija. Intentó abrirla con cautela, pero no había forma de moverla. Estaba cerrada con llave.

Ronnie puso su oreja pegada a la puerta pero no oyó nada. Suspiró hondo y se dijo a sí mismo que todo había sido imaginación suya. Empezó a desvestirse.

Mientras se limpiaba los dientes en el baño intentó tranquilizarse y al regresar al dormitorio para meterse en la cama canturreaba. Esto le hizo sentirse menos solo:

*Ol' man river,
that ol' man river,
he must know something
but don't say nothing...*

Esta gran canción de «Show Boat», de Jerome Kern, nunca había formado parte de su repertorio. Superaba sus facultades. No obstante era su canción favorita. La había cantado aquella misma noche para las muchachas y le habían escuchado con entusiasmo. Pero se trataba de un pequeño concierto en privado.

Era bien distinto cantar para tres o cuatro mil personas en una gran sala. Allí no se atrevía a cantar canciones de Jerome Kern, sólo las modernas, las fáciles... Pero ahora...

*Gee, I'm weary
and sick of tryin'
I'm tired of livin'
and scared of dyin,
but Ol' man river...*

Cantar le hizo bien. Ronnie siempre encontraba consuelo en su canto. Se metió en la cama, echó una última mirada a la misteriosa carta, apagó la luz y se quedó largo rato mirando al techo, débilmente iluminado por el resplandor de la calle.



Puck no se despertó hasta que la luz del sol entró en su habitación. Saltó de la cama y se acercó corriendo a la ventana. Tenía la ciudad a sus pies. Sonrió. ¡Qué vacaciones! ¡Vaya emoción!, se dijo para sus adentros.

Y eso que ni sospechaba las emociones que le esperaban.

Abrió la puerta que comunicaba con la habitación de Karen. Su amiga dormía plácidamente. Era una lástima despertarla, pero no había más remedio. Debían desayunar y bañarse. Media hora más tarde, las muchachas estaban sentadas en la habitación de Puck. La camarera entró con el desayuno: té, panecillos calientes, jugo de naranja, huevos con tocino y además una bandeja de pasteles.

—¿Tenemos que comernos todo esto? — preguntó Puck —. No sé si podré.

—Inténtalo —dijo la camarera con una agradable sonrisa—. Es nuestro famoso «Desayuno Hans Christian Andersen».

—¿Es ése el nombre del cocinero? —preguntó Karen.

La joven soltó una carcajada.

—No, es el escritor de cuentos H. C. Andersen. No me digas que no habías oído su nombre.

—Y ¿qué tiene que ver él con este desayuno? —siguió Karen con su broma.

—Casi todo se llama hoy en día «H. C. Andersen» en honor de los turistas extranjeros. Para ellos, Dinamarca y H. C. Andersen es

todo uno.

—Deberían ustedes tener un «Desayuno Princess» —opinó Puck.

—Tenemos un «Almuerzo Princess» —informó la camarera—. Y muy bueno por cierto. Debierais probarlo; pero hace falta un buen apetito para terminárselo.

Sonrió a las chicas y abandonó la habitación.

—Jugo de naranja, sí; tocino, no — declaró Karen.

—Yo tomaré el té, el tocino y el huevo. Y un trozo de pastel, aunque no solemos comer tanto.

—No te lo pienses demasiado. Vamos a empezar. Todo está delicioso —dijo Karen—. Me siento igual que una estrella de cine. Imagínate que cierta gente vive así cada día.

—Creo que la mayor parte de ellos, en su interior, anhelan vivir una vida normal y corriente, comer las mismas cosas que nosotras y hacer lo mismo que los demás. Fíjate, por ejemplo en tu amigo Ronnie Rand. Él sólo piensa en una persona...

—¿En Conny?

—Exactamente. Y ella, aunque no es nada del otro mundo, no le quiere —dijo Puck—. Por eso se ha enamorado de ella. Está acostumbrado a que las chicas se desmelenen por él y luego se encuentra con Conny que...

Sonó el teléfono y Puck corrió a contestar.

— ¡Diga!... Sí, soy yo... Buenos días, Elsebeth, y gracias por la agradable velada de ayer en tu casa... ¿Cómo dices? ¡Que sí, mujer, nos divertimos mucho! ¿Quiénes irán? ¡Qué bien! ¡Estupendo! Allí estaremos. ¡Hasta la vista!

Puck colgó.

—El «Club de Teen-agers» viene también a la grabación del disco — dijo —. Elsebeth me dijo que ella, Conny e Inger-Marie nos esperan en el estudio. Conny tiene el día libre y las otras dos no tienen nada que hacer. Han quedado con Anker para acompañarnos. Me gusta la idea.

—Qué bien. Suerte que Rita no va, ¿no te parece? — opinó Karen—. Es una tontorrón. No hace otra cosa que reír siempre. No puedo tragarla.

Poco después, las muchachas se enfrentaban a los acontecimientos del día, tanto a los que estaban en el programa como a los que ni siquiera podían sospechar que les aguardaban.

Mientras esperaban al ascensor, Puck tuvo una inspiración:

—¿Sabes que aún no hemos explorado el pasillo? —dijo—. Debíamos dar una vuelta para ver cómo es el resto del piso donde vivimos. Quizás haya otras ventanas con mejores vistas sobre la ciudad.

Se olvidaron del ascensor y siguieron pasillo adelante; doblaron la esquina y llegaron a un gran ventanal desde donde se veían los lagos y, hacia el noreste, los barcos que navegaban entre Dinamarca y Suecia.

—¡Formidable! — dijo Karen.

—Copenhague es una ciudad maravillosa.

—Emocionante y pacífica al mismo tiempo — opinó Karen.

—Sí, creo que sí. Ven; vayamos al ascensor. Esta noche podremos volver y observaremos la vida nocturna..., desde el cielo. Lo que a mí me gusta de la ciudad a vista de pájaro es que no tomamos parte en sus dificultades. No hay ruido, ni gases de coches, ni polvo...

—¡Calla! — ordenó Karen tomando del brazo a Puck.

Estaban ante la habitación 1507. La puerta del pasillo estaba cerrada; sin embargo, las interiores debían de estar abiertas porque se oía cantar a un hombre.

—Es Ronnie — musitó Karen.

—Estarás contenta — sonrió Puck.

Karen puso un dedo sobre su boca pidiéndole silencio. Procedente de la habitación, o quizá del baño, se oía la canción:

*... but Ol' man river
he jus' keeps rolling along.
He don't plant 'tatoes,
he don't plant cotten
and them that's plant'em
is soon forgotten...*

Un pequeño concierto matinal. Las muchachas se quedaron escuchando en el pasillo la famosa voz que proseguía la conocida canción negra.

*... tote dat barge,
lift dat bale...*

—Puedes decir lo que quieras —arguyó Karen—, pero ese tipo canta de maravilla. Tiene muy buena voz.

— De acuerdo — admitió Puck —. Además, le encuentro simpático.

*Gee, I'm weary
and sick of tryin'
I'm...*



La voz enmudeció, y las dos chiquillas se miraron extrañadas.

— Vaya momento que escoge para interrumpir la canción — murmuró Puck.

Pero en aquel instante la voz continuó cantando:

*... tired of livin'
and feared of dyin'
but Ol' man river
he jus' keeps rollin' along.*

Eso fue todo. Una puerta fue cerrada con estrépito.

—Seguramente estaba en la bañera y le ha entrado agua en la boca — rió Puck.

Las dos amigas se fueron hacia el ascensor. Poco después cruzaban el vestíbulo para dejar las llaves en la conserjería. Luego salieron a buscar un taxi que les llevara al estudio.

Fue una mañana extraordinaria.

Vieron y oyeron cómo se hace la grabación de un disco. Estaban en el estudio de resonancia mientras la cantante Lo Peters interpretaba una de las melodías de moda, acompañada por una

pequeña orquesta de «jazz».

Luego saludaron a los artistas y fueron invitadas a tomar café en la cantina, antes de recorrer la fábrica para ver cómo se hacían los negros y brillantes discos.

Per Jensen les acompañaba, e iba tomándoles fotos para su revista. En cambio no vieron a Erik Anker. Su compañero le excusó diciendo que había salido a hacer un reportaje; pero que estaría con ellas a la hora de almorzar con Ronnie Rand.

En cierto momento. Per Jensen fue llamado al teléfono. Regresó con una expresión muy extraña en la cara. Algo andaba mal.

—No sé cómo deciros esto. Traigo malas noticias... El almuerzo con Ronnie Rand ha sido suspendido.

—¡Vaya! — exclamó Karen —. ¡Qué lástima!

Puck se encogió de hombros; a ella le daba igual.

—Ha ocurrido algo. No entendí muy bien que ha sido — continuó el fotógrafo —. Era Anker quien llamaba.

—No se preocupe — dijo Puck —. Supongo que nos darán de comer igualmente, ¿no crees, Conny?

—Temía decepcionaros por la ausencia de Ronnie — rió Per Jensen.

Conny sonrió con ironía.

—Ya estuvimos ayer con él — contestó Puck.

—Parece que no lo encontraste muy simpático — comentó Per Jensen.

—No es eso — dijo Puck amable —. Todo lo contrario. Pero hemos de hacer tantas cosas esta semana, que una pequeña decepción no logrará quitarnos el buen humor.

Las chicas del club empezaron a hacer cábalas.

—¿Estará enfermo? —preguntó Inger-Marie.

—Ayer noche se encontraba bien —le dijo Conny.

—Puede que se haya empachado — opinó Elsebeth —. Los pasteles que hace mi madre tienen ese defecto.

—O puede que tenga alguna reunión de negocios importante — opinó Inger-Marie y tendió la mano, sin miedo a empacharse, para tomar otro trozo de pastel.

Per Jensen tuvo una idea:

—¿Sabéis lo que vamos a hacer? —dijo—. Organizaremos un almuerzo para las chicas del Club en el Hotel Princess. Voy a

telefonar a Anker...

El periodista aprobó el plan y las muchachas se fueron todas al hotel.

—Vais a ver nuestras habitaciones —dijo Puck—. Son fabulosas. Pediremos que nos suban algunos refrescos y podremos charlar y escuchar discos. ¿Qué os apetece?

—Cualquier refresco. ¿Tenéis tocadiscos? —preguntó Elsebeth.

—No; pero por los altavoces de la habitación se oye continuamente una cinta grabada con las últimas novedades de la canción moderna. ¡Vamos!

Fueron por sus llaves y subieron con el ascensor. Pero cuando la puerta de éste se abrió en el decimoquinto piso, todos los planes para la visita de Puck y Karen a Copenhague cambiaron y una ola de acontecimientos y problemas empezaron a complicar la existencia de las muchachas.

Al salir del ascensor, camino de sus habitaciones, presenciaron un extraño espectáculo. Ante la habitación 1507 había un hombre llamando a la puerta. Las muchachas se fijaron en él por su aspecto raro.

Era un hombre pequeño y rechoncho, con una cabeza demasiado grande, cara muy colorada, ojos pequeños, una nariz enorme y una mandíbula muy prominente. Lo que más llamaba la atención en él, sin embargo, era la expresión que dominaba su fea cara. El hombre estaba terriblemente angustiado y confuso, tanto que Puck tuvo el presentimiento de que el desconocido se encontraba al borde de la desesperación.

Golpeaba la puerta con el puño cerrado, y luego aplicaba la oreja a la madera para escuchar. Volvió a llamar y entonces vio a las muchachas. Como si le hubieran sorprendido en falta, dio un salto atrás asustado.

—¿Podemos ayudarle en algo? —preguntó Puck, deteniéndose ante él.

El hombre la miró extrañado. Al fin denegó con un gesto de cabeza y se volvió hacia la puerta como para llamar una vez más.

—No creo que haya nadie. Sé, por casualidad, que no hay nadie —le avisó Puck.

El desconocido dio media vuelta. El color de su cara pareció pasar del rojo al violeta.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó.

La extraña forma de actuar de aquel hombre, entre agresivo y asustado, sorprendió a Puck. Sus compañeros estaban detrás de ella contemplando la escena con curiosidad y asombro.

—Lo sé porque debíamos haber comido con Ronnie Rand — dijo Puck—. Supongo que usted ya sabe que ésta es su habitación, ¿no?



— Claro que lo sé, naturalmente...

Iba a decir algo más, pero cambió de idea. De nuevo se puso a contemplar a Puck con una extraña mirada llena de sospechas.

— ¿Sois vosotras las ganadoras del premio? —preguntó de sopetón.

— Sí —dijo Puck—. Mi amiga y yo teníamos que haber almorzado con Ronnie Rand pero la comida ha sido suspendida. Dijeron que algo le impedía asistir. No creo que esté en su cuarto. Debe de haberse marchado.

— ¿Marchado? — preguntó el hombre con extrañeza.

— Sí — dijo Puck —. Puede preguntárselo al conserje.

— ¿Al conserje?

El hombre parecía muy asustado, como si en vez del conserje le hubiera propuesto hablar con el diablo. Puck encontraba raro todo aquello. ¿Por qué estaba tan exaltado aquel hombrecillo? ¿Quién era él? ¿Y qué quería de Ronnie Rand?

— ¿Por qué no quiere preguntárselo al conserje? —preguntó Puck—. Podemos llamarle por teléfono o puede bajar usted al vestíbulo...

Era evidente que el desconocido no sabía qué contestar y, de repente, dio media vuelta y se alejó por el pasillo con un extraño trotecillo camino del ascensor. Las muchachas le siguieron con la mirada y Puck meneó la cabeza como si fuera a decir: «Está como

una cabra».

Karen continuó hasta la habitación 1510 y puso su llave en la cerradura.

— Venid — dijo —. Tengo sed.

Todas entraron en las habitaciones de Puck y Karen. Elsebeth y Conny fueron a la ventana para disfrutar de la maravillosa panorámica.

— ¡Qué habitación más elegante! —exclamó Conny—. Estaréis encantadas, supongo. Es digna de una estrella de cine o de una millonaria.

— Así nos sentimos —rió Karen—. Voy a poner música. Además, pediré que nos suban los refrescos.

Puck se había quedado pensativa. No podía olvidar el extraño hombrecillo del corredor y su raro comportamiento.

— Qué tipo tan extraño el del pasillo — comentó.

— ¡Y tanto! — dijo Conny —. Había algo muy raro en él.

— Parecía como si tuviese miedo — opinó Elsebeth Bruhn.

— ¿De qué iba a tener miedo? —preguntó Karen.

Puck movió la cabeza.

— Precisamente en eso estaba pensando — dijo —. Se portaba como si tuviera remordimientos... Pero no puede ser...

Karen rió:

— Deja de ver fantasmas a la luz del día, Puck. Tienes la manía de descubrir misterios en los lugares más insospechados. ¿No crees que este hombre iba simplemente a hablar con Ronnie Rand de algo, y le extrañó no encontrarle? ¿Quizás ese tipo sea su sastre que ha venido a cobrarle una factura. Si su cliente se ha marchado, es natural que el hombre se sienta abatido.

—Tienes razón — dijo Puck pensativa —. Pero, por otro lado...

No tuvo tiempo de decir más porque el teléfono empezaba a sonar. Puck descolgó el aparato.

—¡Diga!

—¿Eres tú la chiquilla con la que hablé en el pasillo?

—Sí, soy yo —dijo Puck un tanto sorprendida.

—No sé si te entendí bien, pero me pareció que sabías algo sobre Ronnie Rand.

La voz del hombre sonaba más tranquila, lo cual aumentó aún más el asombro de la muchacha.

—Quisiera hablar contigo —continuó la voz—. ¿Sería posible? Pero tiene que ser a solas. Tengo que estar seguro de... Bueno, ya te explicaré...

—Sí — dijo Puck—, naturalmente. ¿Cuándo?

—Ahora mismo. ¿Dónde podemos vernos?

Puck estaba confusa. La entrevista era un tanto misteriosa. ¿Qué querría preguntarle aquel hombrecillo? ¿Qué podía hacer ella? ¿Qué se ocultaba tras de todo aquello?

—¿Podríamos vernos en el vestíbulo? — insinuó la muchacha.

—No, no — dijo el hombre —. En el vestíbulo no; hay mucha gente. No sería posible...

—Si usted quiere, puede subir a la habitación 1511 —propuso Puck.

Era la habitación de Karen. Podía cerrar la puerta que comunicaba con su propia habitación mientras hablaba con él. De esta manera, sus amigas estarían cerca. Había que tener cuidado.

—Voy en seguida — aceptó su interlocutor, y colgó.

Puck puso el auricular en su sitio con un movimiento lento. Luego se volvió hacia sus compañeras, que la miraban con curiosidad.



—¿Qué ocurre? — preguntó Karen.

—Era el hombre del pasillo. Quiere hablar conmigo. Le dije que

podía subir a tu habitación.

—El misterio acecha — dijo dramáticamente Elsebeth —. ¿Qué querrá? Quizá no está bien de la cabeza.

—¿Crees que haces bien invitándole a subir a tu habitación? — añadió Inger-Marie—. Puede ser peligroso.

—No puede pasar nada — dijo Puck —. Vosotras estaréis aquí. Sólo voy a entornar la puerta. Dijo que quería hablar conmigo a solas.

—Puedes estar segura de que todas estaremos al lado de la puerta, listas para intervenir — sonrió Conny.

Puck no contestó y se fue a la habitación de Karen, aunque dejó la puerta de comunicación muy ajustada, pero sin cerrar. Un momento después llamaron, y Puck apretó el botón que abría la puerta del pasillo.

El hombre que había visto antes en el corredor entró casi corriendo, y se la quedó mirando con ojos que delataban su miedo.

Puck tuvo lástima. Loco o no, aquel hombre estaba en dificultades.

* * *

—Me llamo Smitz — dijo el hombrecillo y se sentó en el borde del asiento de una de las modernas sillas.

La silla se inclinó hacia adelante sobre las patas delanteras y el respaldo golpeó a Smitz en la nuca. Puck casi no pudo ocultar una sonrisa ante la ridícula escena.

El hombre se sentó mejor y cruzó sus cortas piernas. Más confuso aún, reanudó su interrumpido monólogo:

—Me llamo Smitz. Soy el empresario de Ronnie Rand. No sé por qué estoy aquí hablando contigo... No sé siquiera cómo te llamas...

Puck sonrió.

—Me llamo Bente Winther, pero mis amigos me llaman Puck.

—Gracias, Puck. Tengo el presentimiento de que quizá puedas ayudarme. Necesito que alguien lo haga. No sé qué hacer. Para decirlo en pocas palabras: ¡Ronnie Rand ha desaparecido!

Puck le miró sorprendida.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha desaparecido?

Smitz asintió angustiado. Apretaba las palmas de sus manos como clamando protección y ayuda al cielo. Luego continuó:

—¿Puedo fiarme de tu discreción, de que no vas a contar a nadie

lo que yo te diga? Es muy importante.

—Naturalmente. No diré ni una palabra. Pero, no sé cómo puedo ayudarle.

—Yo tampoco —dijo Smitz meneando su cabezota colorada—. Aunque si puedes hacer una pequeña indagación y algunas preguntas que yo no puedo hacer sin que resulte sospechoso. Voy a contártelo todo, confiando en tu discreción.

«Ronnie tiene la oportunidad de firmar un contrato para una película muy importante. Debe ir a Roma a realizar unas pruebas y a firmar. Es una oportunidad única para él; sin embargo, no ha querido abandonar Copenhague por asuntos privados, pero...

—¿Se trata de Conny? — interrumpió Puck.

Smitz tuvo una sorpresa mayúscula.

—¿Cómo te has enterado?

—Estuve con los dos ayer por la noche — le informó Puck—, y sé sumar dos y dos. Perdona la interrupción.

—Eres una muchacha inteligente —opinó el empresario—. Me alegro de haber acudido a ti.

Y en pocas palabras Harry Smitz puso a Puck al corriente de los acontecimientos. Le contó lo que ocurría sobre Mario Frascati, su agente y el concierto suspendido. Terminó diciendo:

—Esta mañana intenté hablar con Ronnie por teléfono, pero no me contestó. Temí que hubiera salido y pregunté al conserje; pero me dijo que debía de estar aún en su habitación, ya que no había dejado su llave en conserjería.

—Puede haberse olvidado de dejar la llave — opinó Puck—. Esto ocurre a veces.

—Eso me dije a mí mismo. Así que esperé y varias veces intenté llamarle. Luego me senté en el vestíbulo a esperar su regreso. Por desgracia, desconozco el número de teléfono y la dirección de la joven que tanto le preocupa a él; esa Conny. Si no, ya le hubiese llamado para preguntar...

—Conny está en la habitación de al lado — dijo Puck—. Venía con nosotras cuando nos encontramos en el pasillo.

—¡No me digas! — exclamó Harry Smitz, levantándose de un salto de la silla—. Entonces ¡debo hablar en seguida con ella!

—No sabe nada — dijo Puck—, y no se interesa mucho por Ronnie.

—Ya lo sé — admitió Smitz, y tras un corto silencio prosiguió—: He estado esperando toda la semana, sin lograr comprender qué le ha ocurrido a Ronnie. Me prometió ir a Roma; pero como es muy inestable puede haber cambiado de opinión. Lo he buscado por todas partes, sin encontrarle. Nadie le ha visto ni oído en toda la mañana.

—Eso no es exacto — dijo Puck —. Yo sí.

Harry Smitz se levantó de su silla con tanta violencia que estuvo a punto de volcarla. Se colocó delante de Puck y le miró suplicante.

—¿Has visto a Ronnie hoy?

—No; pero le he oído. Esta mañana, cuando mi amiga Karen y yo íbamos a salir, oímos a Ronnie cantar en el baño de su habitación. Cantaba *Ol' Man River*.

—Sí, ésa es su canción favorita. Y ¿qué pasó?

—En realidad nada más —dijo Puck—. Estuvimos un momento en el pasillo escuchándole, disfrutando del concierto matinal. Luego nos marchamos. Eso es todo.

—Lo cual quiere decir que Ronnie estaba en su habitación esta mañana. ¿Estás completamente segura de que era él quien cantaba?

—Tiene que haber sido él —dijo Puck—. La voz salía de la habitación 1507, y ésa es la suya, ¿no?

—Sí, tienes razón. Así que Ronnie cantaba mientras se bañaba... ¿Qué habrá hecho luego? Ni siquiera sé si ha desayunado.

—Debió de pedir el desayuno. Eso nos lo puede decir la camarera.

Smitz volvió a sentarse, pero con más cuidado que la vez anterior.

—Es verdad, no se me había ocurrido — dijo —. Sin embargo, yo no puedo preguntarle eso a la camarera. No quiero que se enteren de que Ronnie ha desaparecido. ¿Comprendes? Hay personas aquí que nos espían, estoy convencido. Nos jugamos una fortuna. No conoces a la gente que trabaja en nuestro negocio. Jean Duclos es muy duro, y hará lo que sea para asegurarle el papel a Mario Frascati.

—¿Dónde está Jean Duclos ahora? —preguntó Puck.

—No tengo ni idea — dijo Smitz encogiéndose de hombros —. Según me han dicho, está en París; pero cuenta con colaboradores muy peligrosos. Uno de sus ayudantes, un tal Maurice Bizet, está

aquí en Dinamarca. Sé que nos espía. Es un auténtico «gángster». Se enteraría en seguida de la desaparición de Ronnie, y utilizaría la noticia para armar un escándalo. Por eso no puedo hablar con el conserje, y me asusté antes cuando me propusiste ir a preguntarle sobre el paradero de Ronnie.

—Pero usted se lo preguntó, ¿verdad?

Harry volvió a encogerse de hombros.

— Claro que sí, pero lo hice como quien no le da importancia a la cosa. Debo tener mucho cuidado con lo que hago o digo. Por eso estoy hablando contigo. Ya te he dicho que tú puedes hacer ciertas averiguaciones por mí y hacer las preguntas en mi lugar. Nadie lo encontrará extraño. Sin embargo, siendo el empresario de Ronnie, si hago ciertas preguntas, puedes comprender cuáles serán las consecuencias.

Se reclinó en el respaldo de su silla, juntando de nuevo las palmas de sus manos con expresión pensativa.

—La cuestión es cómo empezar — concluyó.

Puck estaba intrigada.

—¿Dónde cree usted que puede estar Ronnie? —preguntó con lentitud.

Smitz meneó la cabeza.

—Estoy muy nervioso — admitió —. Sospecho que le ha ocurrido un accidente. Incluso puede haber sido víctima de un crimen. Existe la posibilidad.

Puck se levantó.

—Pues entonces no podemos perder más tiempo — dijo —. Tenemos que empezar a movernos en seguida. No comprendo por qué no avisa usted a la policía.

Smitz se levantó de un salto.

—¡Nada de eso! — gritó —. No podemos hacerlo. Se armaría un gran escándalo. ¿No lo comprendes? Debemos encontrar a Ronnie sin movilizar a la policía, sin que nadie se entere. Pareces una muchacha lista y no puedo acudir a nadie más que a ti. ¿Qué opinas de todo este lío?

Puck se quedó pensativa. Se fue hasta la ventana y contempló los tejados de la ciudad.

—Propongo — dijo volviéndose hacia el empresario — que les contemos a mis amigas todo lo que ocurre. Usted no necesita

hacerlo; ya lo haré yo. Puedo prometerle que guardarán el secreto. Quizás entre las cinco logremos aclarar este misterio mejor que usted. Podemos hablar con la gente de este hotel y movernos con cierta libertad, sin que nadie lo encuentre extraño.

Smitz miró perplejo a la muchacha.

—¿Podemos fiarnos de tus amigas? —preguntó, poco convencido.

— Le doy mi palabra — dijo Puck —. Si yo se lo pido, no dirán nada a nadie. No olvide usted, señor Smitz, que tenemos a Conny. Si hay alguien a quien Ronnie quiera buscar, es a ella. Incluso la escuchará y hará lo que ella diga.

—Tienes razón —asintió Smitz—. Tienes toda la razón. Vuelvo a mi cuarto. Estoy en el número 1402. No lo olvides. Podéis llamarme allí o venir a verme. Ahora, ¡daos prisa! Tengo el presentimiento de que Ronnie corre un grave peligro.

Se levantó y fue hacia la puerta. Antes de salir se volvió para decir:

—Confío en ti, Puck.

Harry Smitz intentó sonreír; pero sólo apareció una mueca en su poco agraciado rostro.

Puck sintió una gran simpatía hacia aquel pobre hombre que se encontraba tan solo con sus problemas y que tanto necesitaba de ayuda.

—Descuide usted, señor Smitz — dijo —. No le fallaremos.

La puerta se cerró, y en el mismo instante entraron corriendo las cuatro muchachas de la habitación contigua.

—Algo hemos oído —empezó Karen—; pero no hemos podido entender bien los detalles.

—Así que habéis estado escuchando —dijo Puck fastidiada; pero no pudo menos que sonreír.

—¿Qué esperabas pues? — dijo Elsebeth, burlona.

—Ronnie ha desaparecido, ¿verdad? —preguntó Conny.

Puck pudo ver que sus bonitos ojos estaban preocupados.

—Así parece. Ese hombrecillo es su empresario.

—Sí, ahora lo recuerdo — dijo Conny —. Le vi con Ronnie en una ocasión, pero antes no lo reconocí.

—Sentaos y dejad que os lo cuente todo — dijo Puck.

En pocas palabras puso a sus amigas al corriente de cuanto

sabía. Mientras escuchaban su relato la miraban con los ojos muy abiertos. Cuando acabó, Karen preguntó, asustada:

—¿Qué podemos hacer? ¿Tenemos que encontrarle?

—Sí, pero sin precipitarnos — opinó Puck —. Creo que será mejor hacer un plan. Debemos pensar muy bien qué vamos a hacer y quién nos puede dar información. ¿Qué puede haberle ocurrido a Ronnie? ¿Qué hizo después de que le oímos cantar?

—Así que esta mañana estuvo en su habitación —puntualizó Elsebeth—. ¿Estáis seguras de que era él quien cantaba?

—¡Segurísimas! —se picó Karen—. No puedo equivocarme respecto a su voz.



—La cuestión es saber por dónde debemos empezar —dijo Puck—. No tenemos indicios de lo que puede haberle ocurrido, y tampoco hay razones de peso para creer que Ronnie haya sido víctima de un crimen. Puede que se haya largado para no ir a Roma.

—Lo que yo no logro entender — dijo Conny, mirando a Puck —, es por qué rehúsa ir a Roma.

Puck sonrió.

—Debieras saberlo — se limitó a decir.

Conny se ruborizó, pero no dijo nada.

—Ronnie no se atreve a dejarte; aunque sea absurdo — intervino Elsebeth—; porque a ti no te interesa lo más mínimo,

¿verdad?

—No... —dijo Conny, con una negación poco convincente—. Quiero decir que me gusta, es simpático, y no quisiera que le hubiera ocurrido nada grave.

—Seguro que no — dijo Puck con la impresión de que era mejor cambiar de tema—. Ahora debemos trabajar. He prometido nuestra ayuda al señor Smitz.

—Está bien que hayas hecho esa promesa — opinó Inger-Marie —, aunque no comprendo cómo crees que podemos ayudarle.

—Primero hablaré con la camarera — dijo Puck, y apretó un timbre.

Un momento después, luego de llamar a la puerta, entró la camarera.

—¿Qué puedo hacer por vosotras? — preguntó, sonriente.

—Pues... —dijo Puck—. Quisiéramos comer algo.

—Entonces debes llamar al restaurante.

—Ya lo sé —dijo Puck—; pero hay otra cosa... Nos gustaría charlar un rato con usted.

—¿Conmigo? —exclamó, sorprendida, la camarera—. No tengo tiempo para charlas.

—Es muy importante, pero no sé si podrá usted decírnoslo.

La joven miró a Puck con asombro y ésta continuó:

—Comprenda usted; hoy íbamos a almorzar con Ronnie Rand; pero la comida fue suspendida y nos sentimos muy decepcionadas. Todas nosotras pertenecemos al «Club de Teen-agers» y somos admiradoras de Ronnie Rand. Ahora no sabemos qué hacer. Ni siquiera nos han explicado por qué no puede comer hoy con nosotras... ¿Sabe usted algo?

—Sólo sé que se ha marchado y que se ha llevado su llave.

—¿Cómo lo sabe?

La camarera no parecía sospechar nada y dijo:

—Fue despertado esta mañana como de costumbre; pero, cuando entré con su desayuno, ya no estaba, y aproveché para hacer la limpieza de la habitación. No comprendo cómo pudo irse con tanta rapidez. Seguramente tenía alguna entrevista, digo yo.

Puck asintió, pensativa. Ya sabían algo. La cuestión era si debía sonsacar un poco más a la camarera o no. Optó por dejarlo para más tarde y pidió unos canapés variados. La camarera salió. Al

cerrarse la puerta, las muchachas empezaron a hablar todas a la vez.

—Debías haberle hecho más preguntas — opinó Karen —. Estamos como al principio.

—No del todo — dijo Puck —. Sabemos que algo anda mal. ¿Por qué se marchó Ronnie sin decirle nada a Harry Smitz? Creo que debemos dividirnos en grupos e investigar a fondo este asunto. Karen; tú bajarás a hablar con el conserje. A ver si logras saber los nombres de los huéspedes que viven en este piso; sobre todo los de las habitaciones contiguas a la de Ronnie. Debíamos haber empezado por ahí. Luego hablaré un poco más con la camarera, aunque no estoy segura de que pueda decirnos nada que no sepamos ya. Conny; tú llama a tu casa y a la oficina, a ver si Ronnie ha intentado comunicarse contigo durante la mañana.

Karen salió y Conny tomó el teléfono para hacer las llamadas.

—Elsebeth e Inger-Marie que se queden aquí también, esperando a que la camarera traiga lo que hemos pedido. Yo voy a investigar al pasillo.

Cuando Puck salió, Karen ya había tomado el ascensor. Pensó que quizá sería una buena idea bajar al vestíbulo y ayudar a su amiga. Mientras esperaba el ascensor, la puerta de la habitación 1508 se abrió y salió un hombre, que cerró tras sí con llave. Puck le observaba con el rabillo del ojo, y vio que la bombilla roja de la puerta quedaba encendida, indicando que el huésped de aquella habitación no quería ser molestado.

El hombre aquel era alto y de anchos hombros. Vestía un traje marrón. Puck le reconoció. Era el mismo que se había portado con tan mala educación el día anterior en el ascensor. La muchacha le siguió con la vista.

En aquel instante llegó el ascensor. Puck estaba a punto de tomarlo cuando vio llegar a la camarera con su carrito y decidió regresar a la habitación.

—Os traigo un buen surtido de canapés.

—Estupendo — sonrió Puck, y añadió rápida —. Dígame, ¿quién es ese hombre alto que ha salido de la habitación 1508?

—¿Ése? —señaló la camarera extrañada—. Pues, no me acuerdo de cómo se llama. Tiene un nombre francés. ¿Por qué?

—Creo conocerle, o quizás es que he visto su foto en los

periódicos.

La camarera entró el carrito en la habitación.

—Creo que te equivocas — dijo —. Es un hombre de negocios.

—Sin embargo, su cara me es familiar — insistió Puck, que no deseaba agotar el tema tan pronto—. ¿Hace mucho que vive aquí?

—Un par de semanas — contestó la camarera. Al principio tenía el número 1507 y 1508 al mismo tiempo; pero luego dejó una de las habitaciones. Se pasa gran parte del día trabajando en su cuarto, y no quiere que entremos a arreglárselo.

—Quizá no lo conozco, después de todo —decidió Puck.

—Le habrás visto en el pasillo o en el ascensor — opinó la camarera antes de retirarse.

Puck se volvió hacia sus amigos.

—Ya sólo nos faltan las informaciones que Karen nos traiga del vestíbulo — dijo.

—He llamado a mi casa — intervino Conny —, pero Ronnie no ha intentado comunicarse conmigo ni allí ni en la oficina. Es extraño, porque anoche dijo que hoy me llamaría.

—Pareces lamentar que no te haya llamado — se burló Elsebeth.

—Es cierto — dijo Conny con honradez —. No me gustaría que le hubiese ocurrido un accidente o cualquier otra desgracia. Una se puede preocupar por una persona, sin que eso signifique...

Calló. Se estaba ruborizando. Sus compañeras encontraron más delicado cambiar de tema.

—¿De quién hablabas con la camarera? —preguntó Inger-Marie.

—No; nada — le cortó Puck disimulando —. Intenté saber quién vive en este pasillo. Eso es todo.

Karen no tardó en regresar. Contó que había estado rondando en torno al conserje y su mesa, intentando ver la lista de los huéspedes; pero sin éxito. También había fracasado en su intento de sonsacarle. Al parecer, estaba muy ocupado y no muy dispuesto a charlar.

—La primera virtud del personal de un hotel es la discreción — dijo Elsebeth—. Además, no comprendo la importancia que pueda tener el averiguar quiénes viven en este piso.

—No obstante, sería bueno saberlo — opinó Puck.

—Te estás portando como si ya tuvieses una teoría — dijo Conny —. ¿Qué crees que ha podido ocurrir?

Puck no sabía qué contestar, pues en realidad tenía una teoría,

aunque bastante confusa por el momento. Por ello prefirió callar.

—Pues..., no —contestó al fin evasiva—. Sólo trato de reunir cuantas informaciones pueda. No sé aún lo que vamos a hacer. ¿Alguna de vosotras tiene una buena idea?

Nadie contestó. Las muchachas comían su almuerzo, calladas y pensativas. Ninguna tenía nada concreto que exponer. Sin embargo, Puck se aferraba a una idea fija e intentaba ordenar sus pensamientos, pero no era fácil. Le faltaban demasiadas piezas en su rompecabezas.

—Sabemos —dijo por fin — que Ronnie ha desaparecido. Sabemos también que estaba en su habitación esta mañana, porque le oímos cantar. Nos han dicho que pidió el desayuno, pero que se había marchado ya cuando la camarera se lo trajo. Y ¿qué más?

Sonó el teléfono y Puck contestó. Era Harry Smitz.

—¿Sabes algo nuevo? —preguntó éste.

—No; lo siento. He tenido poco tiempo para pensar — dijo Puck.

—Tienes que darte prisa. ¿No podías enterarte de quién vive en ese piso? Estoy preocupado, muy preocupado...

Colgó sin despedirse. Parecía ser una costumbre suya cuando estaba excitado. Puck sacó una cuartilla del escritorio. Con un lápiz empezó a dibujar cuadrados uno al lado del otro. Karen miraba por encima de su hombro.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Es un plano del pasillo. Mira, aquí vive Ronnie Rand; es el número 1507. En la habitación 1508 vive aquel tipo alto y mal educado de cabello oscuro que vimos en el ascensor.

—¡No me digas! —exclamó Karen—. No lo sabía.

—Tú misma le viste salir de su habitación cuando estábamos esperando el ascensor — dijo Puck.

—Es verdad, qué tonta soy. Era antipático y mal educado; sin embargo, canta muy bien.

Puck se sobresaltó. Había olvidado por completo aquel detalle, Karen tenía razón: el hombre cantaba bien.

—¿No te acuerdas? —dijo Karen—. Creímos que era Ronnie cuando le oímos cantar aquella canción en francés desde el pasillo. Es cierto; salió del 1508. ¿Sabes quién vive al otro lado de la habitación de Ronnie?

—Ni idea. Quizá nos pueda ayudar la camarera.

—Voy a hablar con ella —dijo Karen—. Debe de estar al final del pasillo, en la habitación de servicio.

Y salió disparada. Encontró a la camarera fumando un cigarrillo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo, sonriendo, al ver a la chiquilla.

—No — dijo Karen —. He venido a curiosear. Encontramos tan fascinante todo esto... Es un hotel fabuloso, elegante y moderno. Estamos muy contentas. Y usted ¿está contenta de trabajar aquí?

—Sí, así es.

—¿Hace mucho que está usted aquí?

—Un año y medio; pero no pienso quedarme como camarera. Estoy estudiando para recepcionista.

—¿Quiere convertirse algún día en directora de hotel?

—Me gustaría, sí. Ésa es mi intención. Empecé haciendo la limpieza de los cuartos de baño. Ahora trato más con la gente.

—Así aprenderá usted a conocerla — opinó Karen.

—Ya lo creo. En general, nuestros huéspedes son muy amables. No tengo ninguna queja. Estos días no hay mucha gente aquí; pero en verano, con los turistas, el timbre suena durante las veinticuatro horas del día.

—¿Cómo es Ronnie Rand? — preguntó Karen.

—Muy simpático. No se queja nunca. Es un chico sencillo y modesto. Me gusta mucho. Canta maravillosamente bien.

—Yo opino igual —dijo Karen—. El señor del pelo oscuro, el francés que vive al lado de Ronnie, también sabe cantar.

—Ahora que lo dices, recuerdo que sí canta muy bien.

—¿Cómo se llama?

—También me lo preguntó tu amiga — rió la camarera —, pero no recuerdo su nombre en este momento. Se llama igual que un famoso compositor francés.

—Y al otro lado de la habitación de Ronnie, ¿quién vive? —dijo Karen intentando que su pregunta sonara normal.

—Dime una cosa... ¿Me estás interrogando?

Karen se dio cuenta que la única salida para saber lo que quería era obrar con honradez. La simpática camarera se lo merecía; así que asintió y dijo en voz baja:

—Eso es precisamente.

La camarera la miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos investigando algo — dijo Karen —. Sé que no debiera decirle nada en absoluto; pero, por otro lado, me gustaría hacerlo si usted me promete no decirle nada a nadie.

—Si tiene algo que ver con el hotel, no puedo prometerle nada — dijo la camarera —. Tenemos órdenes severas de no dar información a nadie, y comunicar a la dirección todo lo que ocurra.

—Pero esto puede ser la excepción que confirme la regla — dijo Karen—. Todo es muy complicado y..., horrible..., si resulta que nuestras teorías son ciertas. Ronnie Rand ha desaparecido.

La camarera se levantó.

—Pero ¿qué dices? —exclamó.

—Nadie sabe dónde está — asintió Karen —. Y es sumamente importante encontrarle. Tiene que ir a Roma a firmar un contrato y nos gustaría saber qué ha sido de él.

—Quizás haya salido a dar un paseo...

—¿Y qué me dice de su desayuno? —cortó Karen—. Es muy extraño que salga a dar un paseo sin desayunar. ¿Por qué se marchó tan de repente?

—Yo también me lo pregunté — dijo la camarera —; pero, ya sabes; los artistas suelen ser gente rara. Mi deber sería comunicar esto a mi superiora.

—¡Ay, no! — suplicó Karen —. No lo haga, por favor. Eso podría causar grandes daños.

—Pero yo no puedo darte información...

—Sí que puede, por ello no pasará nada; pero si usted dice a alguien lo que yo acabo de contarle, habrá un tremendo lío y no nos salvaremos ninguna. Sea buena y escúcheme. Yo no quiero que usted diga nada que no deba decir, pero nos gustaría mucho saber quién vive en la habitación número 1506.

La camarera se quedó pensativa y luego sonrió.

—Puedo contestarte con toda tranquilidad —dijo—. No vive nadie allí desde hace ocho días. El número 1509 también está vacío.

—¿Y aquel francés alto? —insistió Karen—. ¿Cómo se llama?

—Podría mirar la lista, pero no sé si debo...

—Hágalo, por favor — suplicó la chiquilla.

En aquel instante sonó un timbre y la camarera salió.

—Espérame aquí — dijo antes de marcharse —. Me llama un

huésped. Sin embargo, aún no sé si debo...

Karen se quedó pensativa. La lista. ¿Dónde estaría la lista? Por si acaso la camarera decidiera no contarle nada, sería mejor que ella se enterase por sí misma, así la joven no tendría que reprocharse nada. En realidad, no sabía por qué aquel nombre era tan importante para Puck, pero su misión era averiguarlo y había que resolver el problema.

Echó un vistazo al pequeño cuarto. En una de las paredes había un tablero con ganchos de donde colgaban diversas llaves. Las contempló detenidamente. Debían de ser las de las puertas de comunicación entre las habitaciones. Tenía que haber también una llave maestra para las puertas que daban al pasillo; pero sin duda la camarera la llevaba siempre consigo.

Karen tuvo una inspiración; pero no se atrevió a hacer nada sin hablar primero con Puck.

La camarera regresó.

—No sé qué hacer contigo — declaró, un tanto irritada —. Sé que debería ir con esta historia a la dirección. Sería un gran escándalo para el hotel si esto se supiera.

—Es precisamente lo que tratamos de evitar — se empeñó Karen —. No debe saberse; ya se lo dije.

—¿Y tú crees que lograréis ocultarlo? —preguntó la camarera, mirándola con escepticismo—. Tú y tu amiga tratáis estos días con periodistas. Habéis sido invitadas por la revista «Centrum», y yo conozco a esos hombres de la prensa. No nos dejan en paz cuando se hospedan estrellas de cine o gente famosa en este hotel.

—Déjeme que se lo explique todo una vez más —dijo Karen—. Ronnie Rand ha desaparecido y en estos momentos, si no aparece, no sólo se juega su carrera, sino que puede arruinar a su empresario. Tememos que le haya ocurrido un accidente o que haya sido víctima de un crimen. Sé que suena espantoso, y seguramente estoy exagerando, pero desde luego cabe la posibilidad. Tiene usted que ayudarnos —suplicó—. Nos gustaría resolver este enigma sin que nadie se entere y lograr que Ronnie Rand firme su contrato en Roma. Es todo lo que le pedimos...

—Es completamente ridículo —le cortó la camarera—. Si Ronnie ha sido víctima de un crimen, no podréis hacer nada vosotras. Ése es trabajo de la policía.

—Pero le hemos prometido a Harry Smitz no avisar a la policía — insistió Karen —. Él sólo quiere encontrar a Ronnie. ¿No podría usted abrir las puertas de las habitaciones donde él quizá...?

—¿No querrás decir que él se encuentra aquí, en el hotel? — preguntó asustada la camarera.

—No lo sé. Pero cabe la posibilidad. Nadie le ha visto salir. Su llave no está en recepción. ¿Está usted segura de que Ronnie no está en su habitación?

—Segurísima.

—¿Ha mirado usted en el ropero, por ejemplo?

—¡Bah! No digas simplezas — contestó la camarera, pero luego reflexionó —. Si te empeñas, iré a ver.

Karen suspiró aliviada. Por fin había ganado una aliada, y se le ocurrió que podía aprovechar la ocasión, así que se apresuró a decir:

—¿Cómo se llama el vecino de Ronnie, el de la habitación 1508?

—¡Eres imposible! — rió la camarera—. Sigues insistiendo hasta salirte con la tuya.

—¿Significa eso que usted no piensa decir nada a la dirección del hotel?

—Sí; te lo prometo. Pero vosotras debéis ser leales también. Si algo sale mal, yo no sé nada de nada. ¿De acuerdo?

—Palabra de honor.

La camarera fue a su mesa y abrió un cajón, de donde sacó una cuartilla escrita a máquina.

—Vamos a ver —dijo—. La 1506 está desocupada. En la 1507 está Ronnie Rand...



El índice de la camarera se deslizaba sobre el papel.

—Aquí esta. Se llama... Maurice Bizet.

Karen se sobresaltó al oír el nombre. Se había puesto pálida.

—Maurice...

—Bizet. Sí, eso es —afirmó la camarera—. ¿Qué te pasa? Pareces asustada. Ya te dije que tenía el mismo apellido que un famoso compositor francés, sólo que había olvidado cuál. Maurice Bizet. Es un hombre muy correcto, quizás un poco severo. Pero es muy gentil y no se queja nunca. Es un huésped ejemplar, y no me gusta que sospechéis de él.

Karen comprendió que había llegado el momento de actuar con diplomacia. Había hablado demasiado, pero consiguió saber lo que quería. Tenía la información que necesitaba, pero no había imaginado que iba a oír precisamente aquel nombre.

—Yo no sospecho de nadie —dijo—. Si de veras creyera que algo delictivo ha sucedido, puede usted estar bien segura de que avisaría a la policía.

—Sin embargo, Ronnie Rand ha desaparecido — dijo la camarera con sequedad.

—Bueno; no lo sabemos con seguridad — sonrió Karen—. Quizá somos unas histéricas. A lo mejor ha vuelto mientras usted y yo estamos charlando aquí.

Dijo adiós con un gesto a la camarera y, antes de salir al pasillo, se volvió hacia ella:

—Recuerde su promesa —dijo la chiquilla—. Ni una palabra a nadie.

—Y tú acuérdate de que prometiste lo mismo. Y que ésta sea la última vez que me haces quebrantar el reglamento, porque puedo tener problemas.

—No se preocupe —dijo Karen—. Una promesa es una promesa.

Fue corriendo a su habitación y abrió la puerta del 1510. Sus amigas ya habían terminado su almuerzo y la miraban con curiosidad.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Puck rápida—. ¡Vienes con una expresión!...

Karen cerró la puerta con cuidado y dijo, dándose importancia:

—Creo que tengo la clave del misterio.

* * *

—Además, tengo un plan — dijo Karen excitada —. Es descabellado, pero creo que resultará.

—¿Por qué dices pues que es descabellado? —preguntó Elsebeth.

—Porque no sé si todo es imaginación mía; no obstante, tengo el presentimiento de que mi teoría es buena. ¿Tú qué opinas, Puck?

—No lo sé — dijo pensativa —. Lo cierto es que Maurice Bizet es agente de Jean Duclos, y Harry Smitz me dijo que aquél es un criminal que no retrocedería ante nada. ¿Por qué ha tomado una habitación al lado de Ronnie Rand si no es porque está planeando algo en contra de él? Además, ese tipo me es sumamente antipático; me parece dispuesto a todo.

—¡Mujer! — dijo Inger-Marie —. Eso no es suficiente para acusarle de ningún delito.

—Yo no le acuso de nada —se defendió Puck—. Sin embargo, estoy convencida de que ese hombre es un criminal. Además, me lo dijo Harry Smitz. Tengo la misma opinión que Karen: Maurice Bizet ha hecho algo para impedir que Ronnie Rand vaya a Roma.

—¿Crees que lo habrá matado? —preguntó Conny a punto de llorar.

—No — la tranquilizó Puck —. Pero puede tenerlo secuestrado en algún lugar.

—¡Vamos, mujer! — intervino Elsebeth Bruhn —. ¿Cómo crees posible que un hombre tenga a otro encerrado en la habitación de un hotel? Hay teléfono en todas las habitaciones y gente a todas horas. Me parece que sois demasiado aficionadas a leer novelas policíacas.

—Nos gustan —admitió Karen sonriendo—, pero estoy de acuerdo con Puck. Si Harry Smitz dice que Maurice Bizet es un «gángster», será verdad. Pero Harry Smitz ni siquiera sabe que Bizet se hospeda aquí.

—¿Cuánto hace que llegó? —preguntó Puck—. ¿Lo sabes?

—Sí. Hace dos o tres semanas, y al principio tenía dos habitaciones: la número 1507 y la 1508... ¡Cielos! Claro... ¡Eso es!... — exclamó Karen excitada.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Conny.

—Alquiló dos habitaciones para apoderarse de la llave de la puerta de comunicación. Pudo hacer una copia y luego dejar el cuarto número 1507. Se ha quedado en el 1508 para poder entrar con toda libertad en el que ahora ocupa Ronnie.

—Acertaste — opinó Puck —. No puede haber sido de otra

manera.

—Y luego ¿qué? —preguntó Conny—. ¿Crees que le habrá golpeado?

Su voz sonaba tan angustiada que sus amigas ya no tuvieron dudas respecto a sus sentimientos.

—Golpeado o anestesiado — dijo Puck —. Y se me ocurre que debe de haberlo hecho mientras Ronnie tomaba su baño.

—¿Mientras nosotros estábamos en el pasillo? ¿Tú crees? Eso es imposible. Le oímos cantar... ¡Espera!... ¡Es verdad! ¡Maurice Bizet también canta!... ¡Quizá no fuera Ronnie quien cantaba esta mañana!

—Puede haber sido él o puede que fuera el otro quien cantara para despistar. Así, si había gente en el pasillo y escuchaban cantar a alguien, pensarían que Ronnie estaba allí... ¡Y ya no estaba!

Hubo una pequeña pausa. Luego Puck castañeteó los dedos.

—Se me ocurre una cosa — dijo —. ¿Te acuerdas de que estaba cantando *Ol' Man River*, y que de pronto se calló? ¿Te acuerdas, Karen?

—Sí, claro que lo recuerdo. ¿Y qué?

—Debe haber sido entonces cuando Bizet le golpeó, le anestesió o lo que fuera...

—Pero entonces Ronnie no hubiese podido cantar..., y cantó.

—Y ¿quién te ha dicho que fue Ronnie quien reanudó la canción? Había llegado a:

*Gee, I'm weary
and sick of tryn'
I'm...*

»Y se detuvo por un momento. Yo te dije que debía haberle entrado agua en la boca, ¿recuerdas? Un momento después continuó:

*... tired of livin'
and feared of dyin'
but Ol' Man River...*

—Espera — dijo Conny—. ¿Dices que cantó: *... and feared of dyin'...*?

—Pues, sí.

—¿Estás segura de que dijo *feared*?

Puck y Karen se miraron y luego asintieron.

—Sí, *feared*. Así es la letra. Significa que está cansado de vivir y que tiene miedo a la muerte.

—Pues ya no hay ninguna duda — dijo Conny —. Ronnie siempre cantaba *scared* en vez de *feared*. Me lo dijo una vez. Hace tiempo había oído a un negro cantar *scared*, y aunque esta palabra significa lo mismo que *feared*, es más fuerte, y me dijo que la adoptó porque le gusta más.

—¡Esto es horrible! —dijo Elsebeth estremeciéndose.

—Seguramente le taparía la nariz y la boca con un trapo empapado en cloroformo — dijo Puck —, y cuando Ronnie se calló, él siguió cantando para evitar que alguien sospechara.

—¡Quiero saber la verdad! —dijo Karen levantándose con decisión—. También sé cómo lograrlo. No podemos conseguir las llaves de las puertas del pasillo, pero puedo robar las que abren las puertas de comunicación entre las habitaciones. Así podremos pasar del número 1510 al 1509 y luego al 1508.

—Pero el 1508 es la habitación de Bizet — dijo Elsebeth Bruhn—. Es demasiado peligroso.

—¡Peligroso! —exclamó Karen belicosa—. Ya verá ese tipo quiénes somos. Esperadme aquí. Vuelvo en seguida con las llaves.

Les pareció una larga espera, aunque Karen sólo tardó algunos minutos. Entretanto, sonó el teléfono. Harry Smitz quería saber si sabía novedades.

—Aún no — dijo Puckt—. Sin embargo, no creo que tarden en llegar.

—Pero ¿qué estáis haciendo en la habitación? —la voz de Smitz sonaba angustiada e irritada.

—No se preocupe. Hemos salido a investigar. Confíe en nosotras y tenga un poco de paciencia. Le llamaremos dentro de un momento. ¿Está usted en su habitación?

—Claro.

—Procure tener la línea libre — se apresuró a decir Puck—. Si le llama alguien, cuelgue en seguida.

—Está bien —dijo Harry Smitz—, pero es muy posible que Sol Kaufman me llame. ¿Qué hago entonces?

—Dígale que usted le llamará más tarde.

—Es muy difícil —dijo Smitz—. Debíamos estar ya en Roma, y si Sol pierde la paciencia, no habrá contrato. ¿Tienes idea de lo que puede haberle pasado a Ronnie?

—Ideas, muchas — dijo Puck —, pero no puedo contestar más preguntas. Le llamaremos dentro de un momento.

Y entonces fue ella quien colgó el auricular. Karen entró con aire triunfal. Llevaba las llaves en la mano.

— ¡Aquí están! — dijo.



—No podemos hacerlo —dijo Elsebeth—. Acabaremos en la cárcel.

Pero cuando algo era importante de verdad, Karen no se dejaba acobardar. Tenía mucho genio y le era difícil dominarse.

—Vamos a ver si Maurice Bizét está en su cuarto — dijo Puck.

—¿Cómo lo sabremos?

—Podemos salir al pasillo y ver si la llave está en la cerradura. Claro que, si tiene algo que ocultar, no dejaría la llave en la puerta.

—O quizá sí — opinó Elsebeth —. Si no quiere que nadie entre, le bastará dejar encendida la bombilla roja.

Salió al pasillo, y un momento después estaba de regreso.

—La llave no está, pero la bombilla roja está encendida.

—Entonces no está — opinó Inger-Marie —, pero no estoy muy decidida a entrar. Seguramente tendrá una pistola.

—Es posible, pero se la quitaremos — dijo Karen optimista.

—No seáis demasiado atrevidas —advirtió Inger-Marie.

Conny salió en defensa del plan de Karen.

—No podemos dejar que ese criminal le pegue un tiro al pobre Ronnie, ¿verdad? —dijo desolada—. Quizá ya lo haya hecho...

—No seas tonta — dijo Puck —. Lo hubiéramos oído. Sigo pensando que le han anestesiado con cloroformo.

—No podemos perder el tiempo con tonterías — dijo Karen —. Entremos en la habitación 1509 y desde allí podremos oír si hay alguien en la de al lado.

La llave encajaba perfectamente y, un momento después, las muchachas se encontraban en la habitación 1509.

Con pasos furtivos se acercaron a la puerta que comunicaba con la habitación de Bizet. Karen pegó el oído a la madera y escuchó. No se oía ningún ruido. Todo estaba en silencio.

—No creo que esté —dijo—. Voy a abrir.

Con mucho cuidado metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Sus compañeras estaban detrás de ella, emocionadas y algo asustadas. Puck estaba demasiado excitada para sentir miedo.

La puerta se abrió en silencio. El cuarto tenía el carácter de quien lo ocupaba. Sobre el escritorio había un portafolio y varios documentos amontonados. Una bata estaba tirada sobre un sillón, los ceniceros estaban llenos de colillas. Sin embargo, no se dieron cuenta del enorme desorden hasta después.

Al abrir la puerta, lo primero que vieron fue a Ronnie. Yacía en la cama..., aparentemente inconsciente.

Conny lanzó un grito y fue corriendo hasta él. Se sentó en el borde de la cama y tomó entre las suyas una mano del muchacho, mientras repetía su nombre una y otra vez. Pero Ronnie no reaccionaba.

—Está inconsciente — dijo —. Drogado.

—Bizet debe de haberle inyectado algo —opinó Puck—. Démonos prisa. Le llevaremos a la otra habitación. Entre las cinco creo que podremos levantar a este alfeñique.

La palabra «alfañique» hizo que Conny mirase a Puck con hostilidad; pero Puck no tenía tiempo para pedir disculpas. Las muchachas lograron con un gran esfuerzo levantar al joven y llevarlo a la habitación 1509, donde le dejaron sobre la cama.

Luego se miraron indecisas.

—¿Qué hacemos ahora? — preguntó Elsebeth.

—Lo mejor será cerrar la puerta con llave y luego...

Era Karen quien contestaba, pero no logró terminar la frase. En aquel instante alguien metió una llave en la puerta del 1508 y ésta fue abierta estrepitosamente. Grande y poderoso, Maurice Bizet entró en la sala.

No tardó ni un segundo en darse cuenta de lo ocurrido y dio un salto hacia la habitación 1509.

Las muchachas cerraron la puerta y, cuando Karen iba a dar la vuelta a la llave, Maurice Bizet dio un fuerte empujón con todas sus fuerzas y consiguió abrirla, a pesar de los esfuerzos de las muchachas para mantenerla cerrada. El hombrón estaba ante ellas, furioso y asombrado.

Gritó algo en francés, y luego dio un salto hacia Ronnie, que seguía inmóvil en la cama.

Las muchachas le miraban aterrorizadas, pero Karen, con gran valentía, se sobrepuso y gritó a sus compañeras:

—¡A por él! ¡No logrará sus propósitos!

El grito fue electrizante. Hizo que las muchachas recobrasen su valor. Como cinco furias se lanzaron sobre el francés, pegándole puntapiés y arañándole. El repentino ataque hizo su efecto. Bizet intentó defenderse, golpeándolas, pero Conny se le aferró a un brazo, y



Elsebeth lo agarró del otro, mientras Puck trataba de tirarle de una pierna para hacerle caer.

Casi habían logrado derribarle cuando Maurice Bizet se libró de ellas haciendo un violento movimiento, que las hizo volar por los aires.

Antes de que pudieran lanzarse sobre él de nuevo, el hombretón sacó una pistola del bolsillo y les apuntó, moviéndola en semicírculo, amenazándolas a todas. De nuevo dijo algo en francés, y aunque las muchachas no entendían las palabras, por el tono furioso no les quedó ninguna duda sobre su significado. Retrocedieron, y el tipo aquél, sin dejar de apuntarles con la pistola, se fue hacia la cama donde Ronnie dormía plácidamente.

Puck miró en derredor buscando una salida, pero el arma le apuntaba directamente a ella y se sintió paralizada. Conny, que estaba al lado del escritorio, con una expresión de terror en su cara,

pensaba en algo más que en su propio miedo. Cuando Bizet se inclinó sobre Ronnie para levantarlo, la muchacha agarró la lámpara de mesa y la lanzó contra el francés, con tan buena fortuna que le dio en la cabeza y Maurice lanzó un grito de dolor.

En el mismo instante, las muchachas se lanzaron sobre el hombre. Puck le dio un fuerte golpe en la mano y le clavó sus uñas hasta hacerle soltar la pistola. Luego, de un puntapié lanzó el arma bajo la cama.

—¡Karen, 1402! ¡De prisa!

La chiquilla entendió la orden de Puck; saltó hacia el teléfono y marcó el número del señor Smitz. Entretanto, las otras cuatro tuvieron más éxito en su segundo asalto que en el primero.

Bizet comprendió que había perdido.

Con un movimiento brusco logró librarse de ellas de nuevo y emprendió la huida por la puerta de su propia habitación. Puck corrió tras él y cerró la puerta de comunicación con llave.

Conny se acercó a Ronnie, pero el muchacho seguía inconsciente, drogado. Entretanto, Karen había hablado con Harry Smitz, le había explicado la situación, y éste no tardó en llegar.

—Ya dije que Bizet era un criminal — murmuró —. ¿Dónde está?

—No puede andar muy lejos —dijo Puck—. Será mejor llamar a la policía... ¿o le asusta el escándalo?

Harry Smitz asintió; pero poco después su fea cara se iluminó con una sonrisa.

—¿Qué escándalo? —dijo—. Si esto es una historia fabulosa para la prensa. ¡Qué publicidad vamos a tener! Avisaremos en seguida al conserje para que llame a la policía y a un médico. ¡Cielos, esto es maravilloso! Todo el mundo se enterará. Ronnie será famoso. ¡Pensar que llegaron hasta a cometer un secuestro para evitar que el chico firmase el contrato! ¡Cuando Sol Kaufman se entere!...

* * *

Harry Smitz, sentado tras su escritorio en la habitación 1402, hablaba con Sol Kaufman por teléfono. El productor había llamado desde Roma y lo que estaba diciendo iba estupendamente bien con los planes de Harry Smitz.

—Escucha, Harry — decía Kaufman —. Ha surgido algo

imprevisto y no puedo hacer la prueba mañana. Espero que podrás aplazarla un par de días.

—Pues, no sé, Sol — contestó Smitz con cara de pícaro—. Es muy lamentable esta demora. Ronnie tiene varias propuestas muy interesantes, ¿sabes?

—Está bien. Comprendo — dijo Sol Kaufman nervioso —. Sin embargo, espero que sea posible. ¿Podéis venir la semana que viene? Cuando a vosotros os vaya bien, claro. Está en vuestras manos, querido Harry.

—Bueno — aceptó Harry Smitz —. Iremos a firmar el contrato. No creo que necesites hacer la prueba.

—Me gustaría... —empezó el productor de cine.

—Pues entonces no sé si podremos ir — dijo Harry Smitz—. Como te dije, Ronnie tiene grandes oportunidades estos días. Ya lo sabrás por los periódicos. Pero, dime: ¿por qué has renunciado a Mario Frascati? Supongo que has renunciado, ¿verdad, Sol?

—Sí — rió el productor —. No me gusta Jean Duclos. De acuerdo pues. Firmaremos el contrato, pero es necesario que vengáis a Roma. No habrá prueba. Te lo prometo.

—La semana que viene estaremos allí — dijo Harry, y colgó con una amplia y alegre sonrisa.

* * *

El «Club de Teen-agers» se había reunido en las habitaciones de Puck y Karen. El ambiente era muy alegre cuando llamaron a la puerta Erik Anker y Per Jensen. Entraron. Anker parecía fastidiado.

—Ya está bien, muchachas — dijo —. ¿Habéis visto los periódicos? Una historia fabulosa sobre Ronnie Rand y vosotras como protagonistas. Habéis hecho de detectives y qué sé yo. ¡Y no me habéis dicho ni una palabra!

—Estamos dispuestas a contárselo todo — dijo Puck —; pero, debe usted creernos, no hemos tenido tiempo de hacerlo hasta ahora. Todo pasó tan de prisa...

—Ahora es igual —dijo Erik Anker—. Lo importante es que vengo de parte de mi director y está dispuesto a comprar vuestro propio relato de lo ocurrido para publicarlo en «Centrum».

—De acuerdo — sonrió Puck —, pero tendrá usted que ayudarnos a escribirlo.

—Naturalmente. Lo escribiré yo, aunque parecerá que lo hayáis

hecho vosotras —dijo Anker—. Además, puedo informaros de que la policía detuvo ya a Maurice Bizet, cuando intentaba abandonar el país. Fue atrapado en el aeropuerto. Pero, volviendo a vuestra historia, tenemos prisa. He traído un magnetofón, así que podéis empezar a contar.

—¿Por dónde quiere usted que empecemos? —preguntó Karen.

—Por la creación del mundo — dijo Erik Anker — o por el día en que nacisteis. Tengo la impresión de que donde estáis vosotras ocurre algo emocionante. ¡Fue una gran suerte que ganaseis el concurso!



VI

Querida Navio: Sé que estarás pensando que ya era hora de escribirte. También sé que debía haberlo hecho hace mucho tiempo, mejor dicho, ayer o anteayer; pero, si has leído los periódicos, sabrás que he estado demasiado ocupada para hacer otra cosa que no fuera seguir el curso de los acontecimientos. Ahora que estoy aquí, mordisqueando mi bolígrafo, me parece que han pasado años desde que abandoné el pensionado de Egeborg y vine a la capital con Karen para disfrutar de nuestro premio. Estamos como locas de contento.

«Cuando veníamos en el tren a Copenhague, me prometí a mí misma hacer un diario; pero no he tenido tiempo de empezarlo, como tampoco he tenido tiempo de escribiros a vosotras. »Como supongo que has leído ya los periódicos, voy a contarte sólo cuanto ocurrió después de terminar el caso del secuestro del cantante de

jazz en una habitación del hotel. Los periodistas de la revista "Centrum" nos ofrecieron un buen precio por contar nuestra historia sobre Ronnie Rand y su lucha por conseguir el contrato para hacer la película en Italia. Hicieron un montón de fotos y luego nos dejaron hablar, mientras ellos grababan lo que decíamos en cinta magnetofónica. Más tarde, dos periodistas arreglaron nuestro dramático relato y lo convirtieron en una serie de reportajes aún más dramáticos.

«Nuestras habitaciones parecían la redacción de un periódico. Todo era muy emocionante, pero muy cansado, si he de decirte la verdad. Al principio creíamos que sería muy fácil ganar ese dinero con sólo contar nuestra aventura, pero no fue así. Es mucho más complicado escribir para una revista. Todo debía concordar. Por eso seguían preguntando y preguntando una y otra vez lo mismo, hasta que estuvimos más que hartas de todo el asunto. Cuando se daban cuenta, nos ofrecían té o refrescos y poco después continuábamos trabajando.

También tuvimos que declarar ante la policía. Esto no fue tan agradable, aunque nosotras no habíamos hecho nada malo. Nos interrogaron varias veces, insistiendo siempre: "¿Estás segura de eso?" o "¿Cómo sabes que eran las diez menos cuarto?" o "¿Serías capaz de reconocerle al ver su foto?" Pero he de admitir que los policías fueron amables con nosotras y nos ofrecieron bombones. Incluso uno de ellos nos invitó a fumar, pero no aceptamos, naturalmente. Nos sentimos personajes importantes.

Luego han venido más periodistas a hablar con nosotras y nos han hecho más fotos. También he hablado con el director, señor Frank, por teléfono. Me llamó ayer por la mañana. "Hola, Puck — me dijo—. ¿Cómo estáis?" "Gracias —dije—. Estamos muy bien." Karen estaba tomando un baño, pero yo aún no me había levantado de la cama. Tengo mucho sueño por las mañanas porque nos acostamos bastante tarde. "He leído los periódicos —continuó el director, que parecía muy despierto—. ¿Quieres explicarme qué lío es ése?" Yo empecé a contárselo, pero el señor Frank rió y dijo que ya lo sabía todo. Había hablado con el director de la revista "Centrum" y también con la policía. "Creo que será mejor que volváis al colegio" —dijo. Yo me puse nerviosa creyendo que hablaba en serio. Lo estábamos pasando tan bien, disfrutando de

nuestras inesperadas vacaciones... Pero, por suerte, el director se rió y dijo que me tranquilizara; que había llamado para ofrecernos un par de días extra.

Si no hubiera estado acostada en la cama, creo que me hubiera caído de espaldas. ¡Qué oferta!, ¿eh? "He hablado con el director de "Centrum" —continuó el director Frank—. Como comprenderás, estaba un poco preocupado. Vuestra aventura ha sido muy arriesgada y debemos dar gracias al Cielo de que todo haya terminado tan bien. Por otro lado, no me gustaría que vosotras os creyeseis los personajes más importantes de la tierra, porque eso no sería cierto. Ha sido pura casualidad el que os hayáis visto metidas en este asunto, así que más os vale bajaros del pedestal."

El señor Frank me dijo que el director de la revista había insistido en que debíamos quedarnos un par de días más en Copenhague, para poder terminar los artículos y ver la ciudad, porque habíamos perdido el tiempo capturando delincuentes. El señor Frank aceptó, si prometíamos ser muy aplicadas a nuestro regreso.

Por eso tardaremos un poco más en volver al colegio. Ahora viene lo más interesante: vamos a asistir a un desfile de modelos. ¿Qué te parece? Si estuviera aquí Annelise, la cosa no resultaría tan extraña, pero Karen y yo siempre tenemos el aspecto de haber dormido con la ropa puesta. No obstante, nos hace ilusión. Es un desfile muy especial. Se trata de un modisto muy famoso de París, que pasa su nueva colección de modelos en Copenhague. Quizá te has enterado ya por los periódicos.

El modisto se llama Loire. Es muy importante. Yo creo que se hace llamar Loire porque suena parecido a Dior, pero no puedo probarlo, claro. Así que, si tienes ganas de gastarte una fortuna en un vestido corriente, sólo tienes que comprárselo a él. Tiene muchas ideas originales y él es uno de los que dictan la moda. Al menos, eso dicen los expertos. La gente viene de todos los países para ver sus últimas creaciones.

Hay mucha emoción en torno a esos desfiles. Se guardan muy en secreto los nuevos diseños. Nos han dicho que están tan bien custodiados como las joyas de la Corona Británica. Así que ya lo sabes. Siempre creí que todo ese misterio era cosa de publicidad, para crear sensación en torno a los nuevos vestidos, pero es mucho

más serio que eso. Siempre hay gente rondando para saber cómo va a ser la próxima moda. Como estos famosos modistos son los que determinan la forma de vestir de las señoras, es de gran importancia para los fabricantes de ropa femenina conocer las nuevas tendencias, con la mayor anticipación posible, para poder fabricar y vender antes que la competencia. En otras palabras, hay muchísimo dinero en danza.

Todo esto me lo explicó una modelo muy simpática que conocí cuando le estaban haciendo unas fotos para la revista "Centrum". Se llama Dina Dam y estoy segura de que la conoces por haberla visto fotografiada. Es la única maniquí danesa que tomará parte en el desfile de Loire. Es un gran honor para ella. Las otras son todas francesas.

"Monsieur" Loire y sus veinte modelos llegan mañana en avión con todo su equipo. Pasado mañana será el desfile. Viene gente de Inglaterra, Francia, Estados Unidos, España, Italia, Alemania y muchos otros países para asistir a la presentación en el Hotel d'Angleterre. ¡Las entradas cuestan 250 coronas! Y está prohibido llevar cámaras fotográficas, o papel y lápiz. Hay mucho misterio. A mí me parece una tontería, pero Dina me ha explicado sobre los millones que están en juego. Así, en realidad, todo es comprensible, aunque sigue siendo una burrada que la moda femenina pueda llegar a tener tal importancia.

No sé por qué se le ha ocurrido a Loire celebrar el desfile en Copenhague; pero, seguramente ha querido crear en torno a él un poco más de sensación y publicidad.

Bueno, ésta ha sido una carta muy larga, pero quería contártelo todo. Ahora me duele el dedo de tanto apretar el bolígrafo. ¿Qué te parece este elegante papel del Hotel Princess? El conserje nos da todo el que queremos.

Espero tener tiempo para escribirte otra carta después del desfile de modelos. Seguro que tendré mucho que contarte. Karen te manda muchos saludos. No tiene ganas de escribir. En estos momentos ha bajado a comprar chocolate.

Un fuerte abrazo a todos de tu amiga Puck.

Ésta suspiró hondo y se reclinó en el respaldo de su silla. Había prometido a Navio escribirle desde Copenhague, y por fin había conseguido cumplir su promesa.

— Creo — murmuró — que le escribiré todos los días. Le explicaré todas mis impresiones y aventuras.

Pero Puck no iba a tener tiempo para escribir cartas durante los días siguientes.

Aunque Puck había explicado muchas cosas en su carta, no lo había contado todo. La verdad era que ni ella misma lo sabía «todo». Sin embargo, no tardaría en enterarse. Para ella, como para Karen, asistir a un desfile de modelos de tal importancia era toda una aventura. Sólo pensar que las butacas costaban 250 coronas y que iban a ver todos aquellos elegantes vestidos era algo sensacional; el sueño de muchísimas chicas.

La periodista que hacía la sección de modas en la revista «Centrum» se llamaba Lizzie Joergensen. Ella iba a ocuparse de las dos amigas durante la estancia de «monsieur» Loire y sus modelos en Copenhague. «Centrum» había logrado un convenio especial con el modisto y su representante danés Holger Bruhn, para artículos en exclusiva. Sin embargo, no habían podido hacer fotos de los modelos, y eso fastidiaba a Lizzie Joergensen.

El día en que llegaban Loire y sus veinte modelos a Copenhague, la periodista se llevó a Puck y a Karen en su coche al aeropuerto.

— Sois una especie de colaboradores de la revista —Les dijo cuando fue a recogerlas al hotel—. Así que podréis fisgonearlo todo.

Lizzie Joergensen era una muchacha inteligente y simpática. Tenía unos veinticinco años y gozaba de una posición privilegiada en la revista. Ella se ocupaba de todo lo referente a la moda. Redactaba su propia columna semanal de consultas sobre la moda, viajaba por todo el mundo para presenciar los grandes desfiles de modelos, y luego explicaba a sus lectoras las nuevas tendencias de los grandes modistos.

Era una chica alta, de cabello oscuro y ojos color verde que brillaban con humor y alegría. Vestía con mucha sencillez y conducía su pequeño «MG» deportivo con gran maestría. Puck iba sentada a su lado y Karen en el asiento de atrás.

—Conozco muy bien a «monsieur» Loire —dijo Lizzie Joergensen—. Es muy amanerado, pero simpático. Tiene muchos nervios, lo cual es comprensible. El mundo de la moda parece muy atractivo y hermoso hasta que una se mete entre bastidores. Entonces resulta tan horrible como el mundo del teatro o del cine.

Todos luchan contra todos. Se puede decir lo que se quiera sobre los franceses, pero hay que admitir que esos bárbaros tienen gusto para vestir.

— ¿Por qué bárbaros? —preguntó Karen—. Los franceses deben de ser tan civilizados como nosotros, supongo.

— No me tomes en serio — rió Lizzie —; sin embargo, voy con mucha frecuencia a París y hablo bastante bien el francés, y te aseguro que los franceses son muy distintos de los ingleses, los alemanes o los escandinavos. Parecen muy desordenados, pero siempre logran terminarlo todo a tiempo. Como os dije antes, tienen mucho gusto para la moda. Lo peor de ellos es que no se preocupan mucho de nosotros. No son muy cosmopolitas.

— ¿No es un error generalizar tanto? —preguntó Puck.

Había pensado muchas veces sobre las distintas nacionalidades y razas, y en la falsedad de los tópicos y lugares comunes con los que se trata de definirlas.

— Quizá sí — dijo Lizzie —. Sin embargo, cada país tiene su nota característica; los franceses también la tienen. Y quiero aclarar que me gustan mucho y la palabra «bárbaros» es una especie de epíteto cariñoso. Bueno, estamos llegando.

Entraron en los aparcamientos del aeropuerto. Tuvieron que dar un par de vueltas antes de encontrar un sitio donde dejar el «MG». Luego entraron en el vestíbulo de llegadas, el cual estaba lleno de periodistas y fotógrafos. Lizzie Joergensen saludó a Holger Bruhn, el representante danés de Loire, que estaba con un par de colegas. Todos ellos llevaban gran cantidad de ramos de flores.

— Son para las modelos, como saludo de bienvenida — dijo Bruhn, y miró a Puck y a Karen —. Así que vosotras sois las famosas colegialas — añadió —. Me he enterado de vuestras hazañas por los periódicos. ¿Y ahora vais a presenciar un desfile de modas? Debo admitir que sabéis utilizar vuestro tiempo — terminó sin esperar respuesta.



—¿Tiene usted ya la lista definitiva de los visitantes extranjeros que asistirán a la presentación? —preguntó Lizzie Joergensen—. Yo tengo una, pero está incompleta.

—Sí; luego se la daré —prometió Holger Bruhn—. Vienen muchas personas famosas, entre ellas un par de artistas de cine, una duquesa y una larga serie de esposas de magnates del petróleo.

—Y eso que la entrada cuesta doscientas cincuenta coronas —observó Karen—. Es muy caro.

—¿Caro? —rió Holger Bruhn—. Esas señoras están dispuestas a pagar lo que sea por estar entre las primeras que verán los nuevos modelos. Debiéramos haber pedido quinientas coronas por butaca, y aun así hubiéramos vendido todos los boletos. Supongo que sabéis ya que el dinero va a fines benéficos y no a nuestros bolsillos. Este desfile ha sido organizado para ayudar a construir un hospital en África. Si no, Loire nunca hubiera aceptado venir; pero es un hombre bueno y caritativo. Recordad que el desfile oficial será dentro de dos semanas en París. Éste es una especie de ensayo general, y puede que sea la primera vez en la historia de la moda que ocurre algo semejante.

—Esto es sensacional —comentó Lizzie y consultó su reloj de pulsera—. ¿Sabe usted si el avión viene con retraso? —preguntó a Bruhn.

—Un poco —dijo éste—. Acabo de enterarme en información. Ahora que lo pienso mejor, no sé cómo Loire ha aceptado venir. Sería horrible que alguno de sus secretos fuera divulgado antes de tiempo.

—No me explico cómo piensa evitarlo —dijo Puck—. Quiero

decir cuando tanta gente ve el desfile de modelos.

—No creas que los boletos han sido vendidos públicamente —rió Bruhn—. Se los hemos negado a muchos que estarían dispuestos a pagar miles de coronas por asistir. Varios de mis colegas, o mejor dicho rivales, pagarían gustosos diez mil coronas por una butaca. Pero no dejaremos entrar a ninguno del ramo de la confección. Podrían robarnos las ideas. Hemos tenido que garantizar a Loire que ni siquiera la prensa estaría presente, y que el nombre de cada uno de los visitantes será anotado, para saber quiénes han visto sus creaciones. Incluso se ha reservado el derecho de rechazar a los asistentes que no le gusten. Todos los boletos han sido vendidos con esta condición. Puede ocurrir que a un visitante de los Estados Unidos de América, pongamos por caso, le sea negada la entrada en el último momento, después de haber venido de tan lejos.

—Sería un escándalo —murmuró Karen.

—Quizá, pero todo el mundo sabe a qué se expone.

En aquel momento la llegada del avión de París fue anunciada por los altavoces. Los fotógrafos de prensa se aglomeraron en las puertas para salir a la pista a hacer fotos cuando bajara Loire y sus modelos del avión.



—Será mejor esperar aquí —opinó Lizzie—. No podemos hacer nada allí. Además no os dejarían salir a la pista. A nosotros sí, porque tenemos nuestro carnet de periodista. Yo me quedaré con vosotras.

Habían llegado más periodistas y acordaron celebrar una rueda de prensa en uno de los despachos del aeropuerto cuando Loire pasase la aduana.

—¿Qué pasará con los vestidos? —preguntó Puck.

—Llegan en baúles sellados. Nadie puede tocarlos sin que Loire o sus ayudantes estén presentes. Supongo que Loire ha traído consigo a Jacques Erneste y a su hermana Michelle. Son sus mejores

colaboradores. Jacques es el procurador de la casa, y Michelle la jefa del taller de corte y confección. Ella es quien dirige a las modelos durante los desfiles. Es como un sargento mandando a sus soldados. ¡Es fantástica!... En aquel instante llegó Dina Dam y se acercó a ellas dando cortos pasitos sobre sus zapatos de altos tacones. Era una chica alta y esbelta, de cabello rubio y ojos muy azules. Había trabajado para Loire antes y era la modelo más cotizada de Dinamarca. Sin embargo, no parecía afectada en absoluto. Puck la encontraba simpática.

—Me metí en un embotellamiento del tráfico —jadeó Dina—. Estaba muy nerviosa por temor de llegar tarde.

—No se preocupe — dijo Holger Bruhn —. Aún hay tiempo. Están en la aduana. El avión llegó con retraso.

—Ha sido una suerte —rió Dina—. «Monsieur» Loire aprecia la puntualidad... Y yo también, naturalmente.

—Ahí están — anunció Lizzie.

Puck y Karen quedaron pasmadas cuando aparecieron las veinte modelos francesas y fueron recibidas por Holger Bruhn y sus asistentes, que les entregaron a cada una un ramo de flores.

¿Era posible que tuvieran aquel aspecto las modelos más famosas del mundo? Estaban pálidas y delgadas y no eran muy guapas, pensó Puck. Dina Dam parecía mucho más sana y natural que ellas.

Junto con las modelos llegaba una señora vestida de negro, con el traje algo arrugado y un poco ajado. Gritaba órdenes a las chicas, cuyas caras inexpresivas parecían aguantarlo todo.

—Ésa es Michelle Erneste —musitó Lizzie—, ¿Verdad que es fantástica?

Puck no vio nada «fantástico» en la tal «mademoiselle» Erneste, sino sólo su mal genio. Pero pensó que quizá se debiera a que no la conocía lo suficiente como para apreciar su encanto.

— Es ella quien los gobierna a todos — informó Lizzie —. No se hace nada en la casa de modas de Loire que ella no apruebe. Dicen que él puede tener las ideas más originales; pero, si a ella no le gustan, no pasan de ser ideas. Y Michelle no se equivoca nunca. Es un genio. Fijaos en el hombre que viene detrás de ella. Era un tipo alto y delgado. Tenía el cabello negro y llevaba gafas. Su cara parecía la de una águila sorprendida.

— Es Jacques Erneste, el hermano de Michelle — siguió informando Lizzie —. Loire no sabe nada de dinero. Jacques se ocupa de todo.

— ¿Es otro genio? —preguntó Karen escéptica.

— Ya lo creo —dijo Lizzie—. Bueno, voy a saludarles.

Las muchachas la vieron caminar hacia Jacques y Michelle. Entonces salió un hombrecillo gordo por la puerta de la aduana. Un delgado bigote se dibujaba bajo su gran nariz, que más parecía una patata. En el meñique de su mano izquierda lucía un enorme brillante. Era «monsieur» Loire, el famoso creador de la moda femenina. Saludó a Holger Bruhn con gran cordialidad y también a Lizzie Joergensen. Luego se volvió hacia Puck y Karen.

— ¡Hola, hola! — dijo con fuerte acento francés.

— «Bonjour» — dijo Puck.

Karen no dijo nada. «Monsieur» Loire les acarició el cabello y las olvidó de inmediato. Hablaba con Jacques y Michelle, gritaba a las modelos, sonreía a los fotógrafos y abrazaba a Holger Bruhn en espera de que la foto saliese bien. Luego se dirigió con los periodistas a un saloncito para ser entrevistado. Puck y Karen les seguían llenas de asombro.



El «Triumph» deportivo color azul celeste iba a gran velocidad por Strandvejen. Al llegar a Skodsborg giró hacia su izquierda, bajó el puente y continuó por la carretera asfaltada del bosque.

— ¿Adonde vamos?

El joven conductor murmuró algo que su compañera no logró entender. Ella se mordisqueaba los labios, intrigada por lo serio que estaba su amigo. ¡Solía ser siempre tan alegre, hablador y dispuesto a contar chistes!... Tenía una habilidad especial para hacerla reír, lo cual había sido una de las razones para que ella le apreciase tanto.

Ya dentro del bosque, el joven giró hacia su derecha y paró el automóvil.

— Mira — dijo la rubia muchacha —, allí hay un ciervo.

Él asintió y sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo. Encendió dos y le tendió uno a ella.

— Estás muy serio.

— Es posible — dijo él, encogiéndose de hombros —. Tengo que hablar contigo sobre algo muy importante.

— No sueles ser tan solemne — sonrió su amiga.

Pero él no le devolvió la sonrisa. Ella tuvo la sensación de que algo grave ocurría, pero no dijo nada. Era como si creyese que con su silencio podría alejar aquel presagio de mal agüero. La chica intentó sonreír, pero él no se dio cuenta. Estaba muy pensativo, como si se encontrase a muchos miles de kilómetros de ella, y no a su lado.

El joven bajó el cristal de la ventanilla y tiró el cigarrillo. Parecía evitar mirarla a la cara.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué no sonreía? —se dijo ella—. ¿Iba a decirle que sus relaciones habían terminado, que había decidido romper para siempre? Cuando por fin se volvió hacia ella sintió ganas de gritar, suplicarle que se callase, evitar que pronunciase las palabras que le llenarían de tristeza. Vivía aquellos segundos angustiosos como en un sueño, en el que algo nos amenaza y uno está indefenso.

— Se trata de Esther... — empezó él.

La muchacha sintió un tremendo alivio y su sonrisa apareció de nuevo.

— Bueno, es Esther — dijo alegre—. Lo sé todo. Ella misma me lo contó.

Su cara expresó asombro.

— ¿Que Esther te lo ha contado todo?

Ella asintió.

— Pues, sí. Hablamos anteayer. Ha roto sus relaciones. ¡Gracias a Dios! He estado muy preocupada por ella desde el momento en que conoció a Sven. Nunca me gustó ese chico. Lo encuentro antipático. Es un tipejo, y lo sentí mucho cuando Esther se enamoró de él. No se merecía una chica como ella.

— No, claro, pero...

— Esther estaba tan enamorada de él que era inútil intervenir. Hubiera sido peor. La gente enamorada no quiere entrar en razón. Lo mismo me ocurre a mí contigo, Troels. Si alguien me hablase mal de ti, primero me reiría y luego me enfadaría con quien fuese. Pero no te preocupes más por Esther. Ha entrado en razón.

»Me llamó para decirme que había roto definitivamente con Sven. Se ha cansado de sus eternas promesas, de sus mentiras y de todos sus planes en negocios inexistentes. Ha estado muy ciega. ¿Te acuerdas cuando él quiso abrir una agencia de viajes y pedía cincuenta mil coronas? Encontró a otro loco, no sé a quién.

«Menos mal que no consiguió sacarle sus ahorros a Esther. Aquel negocio salió mal, porque Sven no sirve para trabajar duramente y con orden. Además es malo, es débil y carece de sentimientos hacia el prójimo. No tiene escrúpulos, Sería capaz de cualquier cosa. Y ¿qué sabemos de él? No me extrañaría lo más mínimo que hubiera estado en la cárcel.

— Estuvo en prisión, es verdad.

Ella calló y le miró con los ojos muy abiertos.

— ¡No me digas! ¿Cómo lo sabes?

— Lo he averiguado. Es un timador sin escrúpulos que sólo piensa en sí mismo. Es un chico mimado, un psicópata; pero yo te iba a decir otra cosa...

— ¡Así que estuvo en la cárcel! —le interrumpió la chica—. Lo supuse desde que le conocí. Era francamente repugnante; pero Esther no parecía pensar lo mismo...

— Hablaba sin descanso y él la dejó hacerlo un buen rato. Lo que él tenía que decirle era tan desagradable que prefería esperar. Escuchaba una vez más la historia de Esther y Sven, que ya conocía de memoria. Pero de repente la chica se interrumpió y preguntó:

— Ibas a decirme algo, ¿verdad?

Él la miró sorprendido.

— Ni siquiera estás escuchando — continuó la rubia muchacha

—. Sólo esperas a que me calle para poder contarme algo. Sé muy bien si me prestas atención o no.

Él miró sus manos.

— Hay algo más sobre Esther que tú no sabes — murmuró—. El asunto no es tan sencillo como crees. Tiene grandes dificultades.

— ¿Ha regresado Sven? ¿Ha vuelto Esther a...?

Él meneó la cabeza e hizo una ligera mueca como para ahuyentar su desagrado.

— Sven no ha regresado — dijo —. Al menos, que yo sepa; y no creo que piense hacerlo. Tampoco creo que fuera Esther quien rompió el noviazgo. Él se marchó porque tuvo miedo, y me figuro que no tendrá ganas de volver.

— Pero ¿por qué? ¿Por qué tiene miedo?

Él cerró los ojos, como para concentrarse en su respuesta; luego dijo lentamente:

— Esther ha cometido un fraude en su empresa. Durante los últimos cuatro meses Esther ha estafado por valor de quince mil coronas. Como contable, ha podido arreglar los libros de forma que no se han dado cuenta hasta ahora.

— ¡Es imposible! —exclamó la muchacha rubia—. Esther nunca haría una cosa así. Es la persona más honrada de la tierra. Ella...

— No obstante, es un hecho comprobado —dijo el joven con dureza—. La inspección de cuentas aún no está enterada —añadió—, pero la dirección sí. El director Ernst Hansen lo sabe, y también el director Raoul.

— ¿Raoul? ¡Pero si él...!

— Precisamente; es nuestro director general francés. Él y su familia son los dueños de «Couture Français-Danois». Está en Copenhague estos días. Es un hombre que tiene dotes extraordinarias no sólo para los negocios sino también para la contabilidad. No sé cómo se enteró, pero lo cierto es que un día vino con la prueba: Esther había retenido una imposición. Creo que Raoul se había quejado a un cliente porque no había enviado el importe de una compra y éste le aseguró que había hecho el pago a su debido tiempo. Acudieron a mí para que yo hiciera indagaciones sobre el caso y lo hemos averiguado todo. Por eso he tenido tanto trabajo estos días.

— ¿Y Esther?...

La voz de la chica sonó como un gemido.

— Esther no sabe que estamos enterados. Nadie le ha dicho nada. El director Hansen está muy disgustado. Ya sabes cuánto la aprecia. Ella lleva trabajando más de seis años para nuestra empresa. Al principio, se resistió a creer al director Raoul; pero luego, al igual que yo, tuvo que rendirse ante la evidencia. El fraude ha sido cometido, y estoy seguro de que ha sido Sven el culpable de todo. Quizá necesitó dinero para pagar sus deudas..., pero eso ya no tiene nada que ver con el caso.

— Tenemos que ayudarle —dijo la chica con la voz rota por la pena—. Tenemos que reunir las quince mil coronas. Pediré un adelanto, también tengo unos ahorros en el banco. Intentaré vender...

— Ojalá fuera tan fácil — dijo él.

Ella le miró fijamente.

— ¿Qué quieres decir? Si les devolvemos el dinero...

Él meneó la cabeza.

— No conoces a Raoul —dijo—. El dinero no es lo que más le interesa. Para él las quince mil coronas carecen de importancia. Tiene un corazón de piedra, y piensa sacar mucho más dinero de esta situación.

— Pero ¿por qué? ¿Cómo?

— Nos conoce a todos —dijo el joven—. Sabe quienes somos. Sabe que tú eres hermana de Esther y novia mía. Sabe que queremos casarnos. Aunque lo hemos mantenido en secreto, Raoul está enterado, porque yo he informado a la empresa sobre mis planes para el futuro. Él quería que yo fuese a trabajar un año en nuestra casa de París. ¿No te acuerdas? Vendemos nuestras colecciones en toda Europa, en los Estados Unidos y en América del Sur.

— Sí, ya lo sé. Pero ¿cómo piensa aprovecharse de esta situación?

El joven se pasó la mano por los ojos.

— Es tan mezquino y maquiavélico que parece increíble; sin embargo, es la pura verdad. Raoul se interesa por ti y por mí. Esther no le importa, ni tampoco las quince mil coronas. Tu hermana es sólo su rehén.

— ¿Rehén? ¿Qué quieres decir?

— Esta mañana me llamó a su despacho y repasamos los libros. Pasé un rato muy malo, pero no tenía otra alternativa; trabajo para ellos. Raoul se mostraba glacial y duro: «Siento muchísimo todo este asunto —dijo—. Sobre todo por usted y por la joven con quien piensa usted casarse. Pero debemos velar por los intereses de la empresa. Podría denunciar a su futura cuñada a la policía, y caso concluido; sin embargo, perderíamos a una empleada competente. Ella, según me explicó usted, es una chica honrada y ha sido víctima de un estafador, lo cual me hace pensar que lo ocurrido no va a repetirse; así que tengo una solución mejor. Les prometo no denunciarla a la policía si usted y su novia me proporcionan informes y detalles sobre la nueva colección de Loire.» Eso fue lo que dijo y su voz sonaba tan fría e insensible como una máquina de coser.

— ¿No pensará que tú..., que yo...?

Él asintió.

— «Couture Français-Danois» necesita información. Así, la empresa podrá confeccionar nuevos modelos antes que nadie. Ganarían una fortuna si tuviesen las novedades de Loire dos semanas antes que los demás. Esto es lo que Raoul pide por sus quince mil coronas.

— Es imposible — balbuceó ella —. No puede pedir eso. Sería un delito. Es espionaje.

— Espionaje comercial, sí.

— Pero ¡no podemos hacerlo! —dijo ella a punto de llorar—. Nadie puede obligarnos.

— Raoul sí. Si nos negamos, yo perderé mi empleo, y Esther...

— ¡Basta, basta, no digas más! ¿Crees de veras que él lo haría?

— No hay ninguna duda.



—Si nosotros le denunciáramos... Si la gente se enterase...

Había una pequeña esperanza en su voz.

— Raoul no tiene miedo. Tiene la prueba que condena a Esther. Además... ¿quién iba a creernos? Raoul es un hombre influyente.

— Pero, Troels —suplicó ella—, ¿qué vamos a hacer?

Él vaciló.

— Es horrible reconocerlo, Dina... Pero creo que Raoul nos tiene atrapados.

* * *

— Hay una cosa que no logro comprender — dijo Karen —. ¿Cómo piensan mantener el secreto? Los asistentes al desfile hablarán de lo que han visto, y muchos podrán describir los diseños con todo detalle.

— Yo tampoco lo comprendo — dijo Puck.

— Hablé con «monsieur» Loire de esto —aclaró Lizzie Joergensen—. Me lo explicó, y estoy convencida de que su sistema es infalible. No ha sido invitado ninguno de sus colegas, ningún fabricante textil, ningún fotógrafo ni periodista, excepto yo, naturalmente. Y yo he tenido que firmar una solemne promesa de tener la boca cerrada y mi máquina de escribir quieta.

— Pero ¿y los demás? — insistió Puck.

— Han sido escogidos concienzudamente — aseguró Lizzie —. Si supierais la cantidad de peticiones de entradas que hemos tenido y las negativas que hemos dado, os parecería increíble. Por ejemplo, a una señora se le negó el boleto por la simple razón de que una prima suya estaba casada con uno de los directores de unos grandes almacenes. A otra, porque su hermano es jefe de sección en una fábrica textil. Ha sido una selección muy rigurosa.

— ¿Y los visitantes extranjeros?

— Vienen bastantes, pero se trata casi en su totalidad de clientes fijos de Loire. Y ellos tendrán el máximo interés en mantener secreto.

—No logrará que se callen todos — opinó Karen escéptica.

—Quizá no, pero nadie sabrá dar detalles exactos. Está prohibido hacer fotos o dibujos. No se puede llevar ni siquiera un lápiz.

—Es una locura—murmuró Karen.

—Claro —rió Lizzie—, pero así son las presentaciones de modelos de esta categoría. El misterio es la mitad de su atractivo.

Por eso están todos tan empeñados en asistir. Será una sensación que dará que hablar durante medio año. La gente está así de chalada.

— ¿Tanto importa que algunos profesionales vean los vestidos de Loire?

— Ya lo creo. Es como si se tratara de un descubrimiento. Los custodian y vigilan como un valioso tesoro. En el mundo de la moda rigen los mismos reglamentos como para patentes o modelos registrados.

— ¿Y no sería posible copiar un vestido de éstos?

— Para un especialista, sí. Sin embargo, nosotras no seríamos capaces de hacerlo. Claro que si se tratara de algo tan sensacional como cuando Dior lanzó el «New-Look», Loire no se hubiera arriesgado a venir a Copenhague.

— En pocas palabras, lo que pretende es un poco de publicidad — hizo constar Puck.

— Es posible; pero, sea lo que fuere, las novedades no faltarán. Naturalmente, corren rumores de que esto o aquello estará de moda, pero eso no sirve apenas de nada a los confeccionistas. Lo que ellos necesitan son diseños exactos de los vestidos o buenas fotografías para poder hacer una copia aceptable. No es tan fácil crear un buen vestido. Es un arte, no lo olvides.

Las muchachas estaban en la cafetería del Hotel Princess, tomando unos bocadillos y té. La rueda de prensa con el famoso modisto francés les había decepcionado bastante. Loire se había mostrado tan reservado que nadie se enteró de nada importante. Además había hablado en un inglés tan mediocre que a veces incluso era difícil entenderle. Al mismo tiempo se había mostrado muy ansioso por salir en los periódicos. Se esforzaba en decir cosas extravagantes para que los reporteros escribiesen sobre él. Había aprendido algunas palabras en danés que usaba continuamente, y esto hacía un efecto muy raro.

En general, resultaba un hombrecillo simpático, con un humor exuberante y un encanto especial. Puck se había divertido al darse cuenta de que él estaba en realidad dominado por sus dos íntimos colaboradores, Jacques Erneste y su hermana Michelle.

Era evidente que aquella brusca señora, que según Lizzie debía dar el visto bueno a todo lo que ocurriese en la casa de modas, y su

hermano, que se ocupaba totalmente del negocio y del dinero, llevaban la voz cantante. Cada vez que alguien hacía una pregunta a Loire sobre números y precios, éste se lo preguntaba a la pareja, que luego contestaba con vaguedades, para decepción de los periodistas.

— Debe de tener gran confianza en esos dos —opinó Puck.

— Más que confianza. Sin ellos, estaría perdido; como ellos lo estarían sin él. En el mundo de la moda, como en todo lo demás, el éxito está en la colaboración. Michelle realiza las ideas de Loire, y Jacques se ocupa del lado económico; no obstante, el genio del negocio sigue siendo Loire. Desde Dior no ha habido un modisto como él.

— ¿Y las modelos? ¿Sabrán mantener la boca cerrada?

— No se atreverían a hablar. La mayor parte de ellas tienen trabajo fijo en la casa Loire; además saben que divulgar el secreto sería el fin de su carrera. No habría ninguna casa de modas que se arriesgara a contratarlas después. Incluso no creo que sean demasiado inteligentes, aunque saben llevar un vestido con elegancia, y eso es lo importante.

— Estás generalizando otra vez —le recriminó Puck—.



—Las modelos no tienen que ser unas tontas necesariamente. Por ejemplo, Dina Dam...

— Dina es distinta. Es una chica muy lista, aunque no creo que logre ocupar una cátedra en la Universidad. Es muy honrada. No sería posible comprarle un secreto ni por un millón de coronas.

— ¿Ni por dos? — preguntó Karen.

— Ni por cinco —rió Lizzie levantándose de la mesa—. Bien —dijo—; tengo que regresar a redacción. Habrá un ensayo esta tarde en el Hotel d'Anglaterra. ¿Por qué no vais?

— ¿Pasan los vestidos ya? —preguntó Karen esperanzada.

— Ni uno — dijo Lizzie —. Tendrás que armarte de paciencia hasta mañana. Por el momento están bien guardados, en un par de habitaciones del primer piso, cerradas con siete llaves. Michelle los vigila como el dragón a la princesa. Nos veremos a las cuatro en el Hotel d'Anglaterra. ¡Hasta luego!

Puck y Karen tenían motivos para sentirse como los miembros de una sociedad secreta. Lo encontraban divertido, aunque les parecía ridículo exagerar tanto por un desfile de modelos. Menos mal que sólo iban a ser espectadores sin ninguna responsabilidad.

* * *

No habían estado nunca en el elegante Hotel d'Anglaterra; sin embargo, cuando poco antes de las cuatro entraban en el vestíbulo, adornado de columnas, para encontrarse con Lizzie Joergensen, no sintieron la menor turbación. Su corta estancia en el Hotel Princess les había dado ya un aire cosmopolita. Sobre todo se habían dado cuenta de que, en general, nadie se fijaba en ellas.

Lizzie aún no había llegado; así que Puck y Karen se sentaron en un par de sillones, desde donde podían observar todo lo que ocurría en el gran vestíbulo y en la ancha escalera.

La puerta giratoria no estaba quieta un solo instante. La gente iba y venía. Karen estaba muy distraída contemplando a una señora hindú vestida con «sari» y sandalias doradas. Hablaba con un señor cuya vestimenta descuidada y sus múltiples máquinas fotográficas hacían fácil deducir su nacionalidad norteamericana.

Puck observaba pensativa las diferencias entre unos y otros huéspedes. ¿Cuántos países estarían representados allí? El vestíbulo de un hotel importante era una especie de ONU. Copenhague se había convertido en un lugar de encuentros internacionales.

De pronto, Puck vio a Dina Dam bajando lentamente la escalera en compañía de un joven que vestía un traje gris y llevaba un ligero

impermeable al brazo. Los dos parecían muy serios y hablaban confidencialmente, muy juntos, enlazados de la mano. Al llegar casi al pie de la escalera, él soltó la mano de ella y se adelantó. Dina pareció vacilar, hasta que su acompañante hubo cruzado el vestíbulo y salió a la calle sin volver la cabeza. Luego la rubia modelo bajó los últimos escalones y se quedó mirando en derredor. Al ver a Puck la saludó, y la muchacha se levantó para ir a su encuentro.

— ¿Vais a asistir al ensayo general? —preguntó Dina, sonriente —. Celebro veros de nuevo.

Supongo que os hará ilusión ver el gran desfile de mañana.

— ¡Ya lo creo! — dijo Puck —. Será muy interesante.

Los ojos de Dina miraban con fijeza la puerta giratoria, aunque el joven había desaparecido ya.

— Estamos esperando a Lizzie Joergensen — explicó Puck.

— Ya. Comprendo.

Dina Dam estaba notablemente distraída.

— Bueno — dijo —. Tengo que presentarme ante Loire. Si no llego pronto, me regañará. Exige puntualidad.

Saludó con un gesto de cabeza y sonrió. Puck notó que lo hacía sin alegría. Después la bella modelo se fue hacia el restaurante. En aquel momento, un hombre de cabello negro, vestido con un traje gris a rayas, salió de una de las cabinas telefónicas. Parecía tener tanta prisa que tropezó con Dina Dam.

— ¡Oh! ¡«Pardon, mademoiselle»! — dijo el desconocido. Luego se paró durante un segundo, contemplando a Dina con torcida sonrisa.

Puck, que había presenciado el pequeño incidente, encontró antipático a aquel tipo. Guiñaba los ojos, y el gesto de su boca era todo menos agradable. Dina se sobresaltó. Pareció que iba a decir algo, pero no tuvo tiempo. El hombre se inclinó ligeramente ante ella y continuó hacia los escalones que llevaban a la recepción y a la puerta giratoria que daba a la plaza de Kongens Nytorv.

Dina continuaba en el mismo sitio, con los ojos cerrados, como para recobrar fuerzas; luego se fue hacia el restaurante con paso rápido. El incidente había durado un par de segundos; pero algo en el encuentro hizo pensar a Puck que Dina y el hombre del cabello negro se conocían, y que, por alguna extraña razón, no querían

hablarse.

— ¿Quién será ese hombre? —preguntó Karen—. Parece un tipo dispuesto a todo. No me extrañaría lo más mínimo que él..., que él fuese...

— ¿Un millonario? — sonrió Puck.

— Sí; quizá — rió Karen.

Miraron en derredor para ver si Lizzie había llegado, pero no la vieron. Entonces decidieron entretenerse contemplando la exposición de figuras de porcelana y joyas de plata que la Industria Danesa del Arte exponía en un rincón del gran vestíbulo. Mientras estaban allí vieron regresar al joven que, poco antes, había acompañado a Dina Dam bajando la escalera. Pasó junto a ellas y entró en el bar, donde se quedó mirando como si buscara a alguien. Puck no le quitaba la vista de encima. Parecía muy simpático. Quizás era el novio de Dina Dam. Por lo menos, habían bajado la escalera enlazados de la mano...

Recordó que se habían despedido de una forma muy extraña.

El joven descolgó el teléfono que estaba junto a la puerta del bar y Puck le oyó pedir un número:

— Minerva... 2700... ¡Oiga! Soy Troels Holm. ¿Está el director?... ¿No? ¡Vaya!... Llamaré más tarde.

Colgó y se quedó un momento indeciso, luego se fue hacia la escalera. En aquel instante, el hombre del pelo negro entraba en el vestíbulo. Miró a Troels Holm con una casi imperceptible sonrisa y se dirigió al ascensor.

— Ya sale Dina otra vez — avisó Karen a su amiga.

Puck volvió la cabeza. Dina Dam salía del restaurante en dirección a la conserjería. En el mismo instante, Lizzie Joergensen entraba por la puerta giratoria.

— Ahí viene nuestra acompañante — dijo Karen.

A Puck le interesaba más observar a Dina, y vio que se cruzaba con su amigo, sin dignarse mirarle siquiera.

— ¡Hola, Dina! — saludó Lizzie al ver a la modelo.

— ¡Hola! — contestó Dina con una amplia sonrisa.

El joven Troels Holm se fue hacia la puerta, mirando ante sí como si fuera absorto en sus pensamientos. Al pasar junto a Lizzie y Dina su expresión no cambió, parecía no conocer a su amiga.

— ¡Qué raro! —murmuró Puck.

— ¿Qué? — preguntó Karen.

— Nada... Nada... — contestó evasiva.

Y se fue hacia Lizzie Joergensen seguida de una Karen intrigada.



VIII

El ensayo general no fue nada del otro mundo. Las modelos caminaban con gracia, pero con caras inexpresivas. Karen y Puck las encontraron algo cursis. Loire estaba sentado en una mesa en medio del restaurante, gritando y chillando.

Michelle Ernest se hallaba ocupada junto a la puerta por donde iban entrando las modelos.

Había colocado un estrado en medio de la sala, forrado de moqueta roja. De pronto «monsieur» Loire pensó que aquella moqueta no debía ser roja.

—¡Estropeará todo el efecto! —dijo gesticulando violentamente—. ¿No he dicho más de una vez que la quería azul?

—No —contestó Holger Bruhn—. Dijiste que la querías roja.

—¡Imposible!

—Estoy seguro. Pero, si prefieres el azul, la cambiaremos, no te preocupes.

—Quizá sería mejor el color verde oscuro — opinó «monsieur» Loire.

—Tendrás tu verde oscuro.

—Bien... Estupendo... No lo olvides.

—Descuida.

—¿Y la iluminación? Necesitamos otro foco allí, a la izquierda. Y... ¿dónde está el biombo? ¿Por qué no lo han colocado aún?

—Lo pondrán esta noche.

—Es muy importante — dijo el modisto—. No quiero que nadie pueda ver nada desde fuera.

—Nadie tendrá ocasión de ver nada. Cerraremos la sala a cal y canto. Podrás sentirte seguro.

—Las listas, ¿dónde están las listas? ¡Quiero saber quién viene!

—Te di una lista ayer.

—¡No!... Sí, es verdad, aquí está. Muy bien... Espera. Quizá deberíamos excluir a la señora Morgan. Ha empezado a comprar en Cassini, de Nueva York. Imagínate si ella le sopla mis ideas...

—No podemos permitir que la señora venga de tan lejos para luego ser excluida en el último instante. Sería un escándalo.

Los ojos de «monsieur» Loire brillaban.

—Y una sensación — dijo —, aunque será mejor dejarla entrar, después de todo. Suele comprar por valor de unos diez mil dólares, y eso también cuenta.

La confusión era general, y el causante era el modisto. Puck veía el ir y venir de las modelos sin prestar atención. Sus pensamientos giraban en torno a lo ocurrido en el vestíbulo del hotel. Había algo muy extraño en todo aquello. ¿Por qué Dina y el tal Troels bajaban la escalera enlazados de la mano, y un momento después aparentaban no conocerse? Y ¿quién sería aquel hombre del cabello negro que pareció reconocer a Dina, pero que no habló con ella? Quizá todo era pura casualidad. Debía tener cuidado para no ver misterios por todas partes. Todo aquello, sin embargo, no era normal. Dina había estado rara, seria y afectada... ¿O estaba equivocada?

Siguiendo una repentina inspiración, Puck se levantó y salió al vestíbulo. Karen, sorprendida, la siguió con la mirada, pero no le dijo nada. Puck se metió en una de las cabinas telefónicas y marcó el 0031. Cuando contestó «Información», preguntó a quién pertenecía el teléfono Minerva 2700.

— Un momento — contestó la voz.

Puck esperó mientras miraba distraída por el cristal de su puerta hacia la otra cabina que estaba frente a la suya. Ella no había cerrado la puerta del todo y el que ocupaba la de enfrente tampoco.

Mientras esperaba la información, pudo oír algunas palabras. Reconoció la voz de Troels Holm.

— ... y ya tengo el aparato. Todo está perfectamente, pero Raoul dice que...

En aquel instante la telefonista contestaba y no oyó nada más, porque, al mismo tiempo, la puerta de la cabina de enfrente fue cerrada del todo.

— Minerva 2700 pertenece a «Couture Français-Danois», C. F. D. Amaliagado 106.

— Gracias — dijo Puck y colgó el auricular.

«Couture Français-Danois»... ¿Qué podía significar? Puck lamentaba una vez más haber estudiado tan poco francés. ¿«Couture»? Le parecía haber oído aquella palabra recientemente. Claro, Lizzie Joergensen había hablado de «haut couture» refiriéndose a la alta costura francesa. Así pues, «Couture François-Danois» debía de ser una casa de modas... una de aquellas para las cuales los diseños de Loire significarían una fortuna.

Puck se quedó un momento en la cabina, pensando, pero fue interrumpida por una señora que abrió la puerta. Puck pidió disculpas y salió rápidamente. Regresó al salón.

Troels Holm... ¿Tendría él algo que ver con...? Tonterías, se dijo; seguía exagerando las cosas.

Se reunió con Karen y Lizzie en la mesa.

— Hay una confusión horrible —sonrió Lizzie—. Pero esto ocurre en cada ensayo general para la presentación de modelos. Mañana todo estará en orden.

— ¿Dónde se cambian las maniqués?

— En el primer piso. Hay un par de habitaciones reservadas.

— Pero, cuando bajen la escalera, todo el mundo verá los vestidos — dijo Karen.

— Fallaste otra vez. Las chicas llevarán unas capas grises sobre sus vestidos. Son feísimas, pero así se resuelve el problema. Se vestirán en el primer piso y bajarán por la escalera trasera hasta una habitación contigua al salón. Allí se quitarán las capas y, tan pronto hayan terminado su exhibición en el estrado, se las pondrán de nuevo y subirán corriendo a cambiarse. Todo es muy secreto.

— Aún no comprendo bien — intervino Puck — cómo pueden trabajar entonces los espías de modas.

— Hay muchas formas de hacerlo —explicó Lizzie Joergensen—. Escribí una vez un artículo sobre el tema. Pueden intentar hacer fotos. Es el método mejor. Si alguno logra entrar con una cámara en el salón, quizá logre hacer alguna foto.

— Pero la gente se daría cuenta — opinó Karen.

— Eso depende de lo bien que sepan disimular la cámara fotográfica, una vez descubrieron a una señora que llevaba la cámara oculta entre la piel y el forro de su bolso, con un pequeño agujero para la lente del objetivo. Disparaba apretando la cerradura del bolso. Otros llevan la máquina escondida en la solapa o en un cuello de pieles. También hay personas que saben dibujar muy aprisa.

Los espías de la moda demuestran tanto ingenio como los contrabandistas, que esconden brillantes en el tacón de sus zapatos o en libros cuyas hojas han sido cortadas formando una disimulada caja. Sin embargo, creo que una cámara fotográfica en miniatura es lo mejor para una espía de modas. Hay cámaras escondidas en encendedores, muy fáciles de usar y ocultar. Se pueden esconder en la mano y nadie se dará cuenta de que se están haciendo fotos.

— ¿Eso quiere decir que...? —empezó Puck—. Se me ocurrió una cosa, pero no tiene importancia; no sirve.

— Menos mal — rió Lizzie —. No me gustaría verte hacer de espía.

— Descuida. No era ésa mi intención — sonrió Puck.

Después del ensayo, acompañadas del señor Bruhn, entraron en la sala de donde debían salir las modelos. Era una habitación grande y bien decorada, con unas arañas de cristal que colgaban del techo.

Encontraron a Michelle y a su hermano hablando muy excitados. A Puck le fue imposible entender ni una sola palabra. Gesticulaban violentamente. Al ver a Lizzie y al señor Bruhn, Michelle se fue hacia ellos pronunciando un montón de palabras ininteligibles. El hermano se encogió de hombros, como si se desinteresase de todo, y empezó a dar órdenes a las modelos, que estaban sentadas, indiferentes a todo.

Lizzie Joergensen y Holger Bruhn trataban de calmar a la excitada señora lo mejor que podían. Cuando terminó la conversación, sin que Michelle quedara tranquila, Lizzie Joergensen

se volvió hacia las dos chiquillas.

—Está completamente chiflada — dijo—. Está fuera de sí, y nos trata como a criminales.

— Pero ¿por qué? — preguntó Puck.

— Qué sé yo. Se porta como si formásemos parte de una conspiración contra ellos. Hemos registrado todo el hotel, pero no podemos cerrar las fronteras danesas, ¿no os parece?

Lizzie Joergensen estaba irritada.

— Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Karen.

— Nada en realidad — contestó Lizzie —; pero, hace un momento, Michelle salió al vestíbulo y vio a una persona que desea tener alojada del hotel. Pero nosotros no podemos echar a los huéspedes así como así. Eso sería ir demasiado lejos, aún cuando la dirección del hotel se ha mostrado sumamente comprensiva respecto a nuestras medidas de seguridad. El director Rasmussen se ha portado como un santo, prestándonos toda clase de ayuda. Pero no puedo pedirle que eche a un huésped o lo denuncie a la Interpol, sólo porque a Michelle le desagrada verle aquí.

— ¿A quién quería echar? — preguntó Puck.

— A un francés que se hospeda en este hotel.

— ¿Quién es para que ella se altere tanto?

— Se llama Paul Raoul — informó Lizzie y regresó junto a Michelle y Holger Bruhn.

Las muchachas la vieron discutir con la francesa mostrando un genio que se asemejaba bastante al de Michelle. Lizzie hablaba el francés a la perfección y, al hablar, gesticulaba y pronunciaba las frases con tanta vehemencia como si hubiera nacido en el mismo corazón de París. Era curioso ver como un idioma podía cambiar a una persona.

Por fin pareció que Lizzie y Bruhn lograban tranquilizar a Michelle Erneste. Entonces apareció «monsieur» Loire y se reunió con el grupo. Cuando Michelle le hubo explicado lo que sucedía, la expresión del modisto se tornó tan horrorizada como si le hubiesen anunciado el fin del mundo.

Lizzie volvió junto a las muchachas.

— Ahora quiere suspender el desfile — contó.

— Pero ¡eso es, imposible! ¿Ya piensa en los visitantes extranjeros? — intervino Karen.

— Eso mismo le dije yo.

— Dime —inquirió Puck—. ¿Quién es ese Paul Raoul, para que se pongan así?

— Es el director de una de las fábricas de confección más importantes de Europa — dijo Lizzie.

— ¿«Couture Frangais-Danois»?

— Sí, exactamente. Yo intentaba hacerle comprender que, por el solo hecho de que Raoul esté en Copenhague, no necesita salir huyendo.

Dina Dam había entrado en el salón y, junto con las demás modelos, se quedó en un rincón observando a los excitados franceses. Siguiendo una repentina inspiración, Puck se acercó a ella.

— Es una gran escena — sonrió la chiquilla.

Dina no le devolvió la sonrisa. No quitaba ojo de «monsieur» Loire y de Michelle.

— ¿Qué ocurre? —preguntó, sin mirar siquiera a Puck.

Puck, en cambio, miró con fijeza la cara de Dina al contestar:

— Van a suspender el desfile, porque un hombre llamado Raoul ha llegado a Copenhague.

Dina se sobresaltó.

— ¿Piensan suspenderlo todo?

— No se preocupe —dijo Puck—. Ya cambiarán de opinión. Además, aunque persistan en suspenderlo, usted seguramente cobrará igual.

— ¿Cómo? ¡Ah sí, claro!...

Dina miró confusa a Puck, luego dio media vuelta y salió corriendo. Puck la siguió lentamente.

Vio como Dina, a pesar de sus altos tacones y estrecha falda, se movía aprisa al cruzar el vestíbulo y salía por la puerta giratoria.

Una vez afuera, se quedó mirando en todas direcciones con cara que delataba su confusión y angustia. Puck se quedó dentro, observándola por el gran ventanal. Vio como un portero se acercaba a la modelo para preguntarle si necesitaba un taxi y que ella meneaba su rubia cabeza en gesto de negación.

Luego empezó a cruzar la calle hacia los árboles de Kongens Nylorv. Un joven se levantó de un banco y la siguió. Puck lo reconoció: era Troels Holm.

Se fueron hacia el otro lado del monumento de la plaza, Puck empezó a seguirlos. Tenía que saber lo que ocurría. Era un nuevo misterio, estaba completamente segura.

No se atrevía a acercarse demasiado a ellos por miedo a ser descubierta. Desde el lugar donde se había colocado, tras las espaldas de un hombre que daba de comer a las palomas y de otro que esperaba un tranvía leyendo un periódico, podía escuchar algunas palabras sueltas de la conversación de Dina y Troels.

Oyó la palabra «suspender», luego el nombre de «Raoul» y un poco más tarde otro nombre, el de «Esther». Eso fue todo. Entonces vio que Troels Holm sacaba algo de su bolsillo y lo tendía a Dina, que se apresuraba en esconderlo en su bolso, Pero Puck no pudo ver qué era. Poco después. Dina regresó al hotel y Puck, dando un pequeño rodeo, procuró no perderla de vista. Dina Dam entró por la puerta principal.

Poco después, Puck también se atrevió a entrar. De momento no vio a la modelo, pero luego descubrió su cabellera rubia que sobresalía del respaldo de un sillón junto a la entrada. Puck se acercó lentamente.

Se encontraba al lado de las cabinas telefónicas y le sería fácil entrar en una de ellas si Dina se levantaba. Miró por encima del respaldo del sillón y vio que Dina sacaba algo brillante de su bolso para, luego de examinarlo, volver a meterlo en el fondo del mismo. Poco después se levantó y Puck entró con la rapidez de un rayo en una cabina y marcó el 0055; información de la hora.

Su cabeza bullía de sorpresa y de pensamientos extraños.

* * *

— ¿Dónde has estado? — preguntó Karen.

— Por ahí — contestó Puck.

— ¡Ya vuelves con tus secretos! — se quejó Karen.

— Algo hay de eso — sonrió Puck —, pero te prometo que tú también participarás en el misterio. Sólo te pido un poco de paciencia.

— ¿Hasta cuándo?

— Hasta que regresemos a nuestro hotel. ¿Qué pasa con el desfile? ¿Será suspendido?

— No lo creo — dijo Karen —. Aún están discutiendo, pero Loire ya no grita tanto. Seguramente tomarán nuevas medidas de

seguridad.

Puck vio que Dina había entrado de nuevo en el salón. Estaba junto a las demás modelos, con la misma cara de indiferencia que éstas. En apariencia todo iba bien. Dina no parecía alterada en lo más mínimo, y Puck empezó a dudar de sus extraños presentimientos. Lo mejor sería no ver fantasmas a la luz del día.

Sentía ganas de charlar un rato con Dina; no para sonsacarla sino porque la encontraba muy simpática. Tenía remordimientos por haber sospechado de ella. Aunque habían ocurrido cosas inexplicables, tales como aparentar que no conocía a Troels, aquello no significaba necesariamente que planeara un crimen. Seguro que el reciente caso con Ronnie Rand, pensó, le hacía ver misterios por todas partes. Al menos, Dina Dam no tenía aspecto de criminal, se dijo Puck.

Se fue a la mesa de Dina, y ésta la acogió con una sonrisa.

— ¿Aún estás aquí?

— Sí; estoy intrigada por saber si esto se suspende o no. Usted también debe de estarlo supongo.

—¿Yo?

La pregunta pareció sorprender más de lo normal a Dina. Contestó mi poco reservada:

—¿Por que crees eso?

Las modelos francesas se levantaron y fueron a reunirse con «monsieur» Loire, Dina y Puck se quedaron solas en su rincón.

—Claro que debe de interesarle — dijo Puck convencida.

—Pues ... ¿qué quieres que te diga? En realidad, me da igual.

La sonrisa de Dina era fingida.

—Pueden hacer lo que quieran — dijo —. No me importa lo más mínimo. Casi lo celebraría...

Se calló y miró a Puck, como si temiera haber hablado demasiado.

—Quiero decir que como yo tengo muchos compromisos...

Puck no contestó en seguida. Se puso a pensar si no sería posible con una sola palabra derribar la barrera de reserva que Dina había levantado en torno suyo. Debía haber alguna, un «ábrete sésamo», alguna palabra encantada que consiguiese hacer el milagro. No le gustaba el ambiente hostil que reinaba entre ellas. Una y otra vez Puck se preguntó si no sería imaginación suya, si existía en realidad

un misterio.

— Raoul... —dijo para comprobar la reacción de la modelo.
Dina se sobresaltó.

— ¿Qué pasa con él? ¿Qué sabes tú de él?

— Nada — dijo Puck —. ¿Quién es?

— Es el director de una fábrica de confecciones llamada «C.F.D.»... «Couture Français-Danois». ¿Por qué?

—¿Por qué teme tanto a ese hombre? —preguntó Puck pensando en «monsieur» Loire, que seguía discutiendo y gesticulando.

Pero Dina la entendió mal.

— ¿Yo? —dijo con voz aguda—. ¡Yo no temo a Raoul! ¿Por qué iba yo a tenerle miedo? Es un tipo duro, brutal y sin sentimientos; siempre va derecho a sus negocios, pero yo..., yo...

De nuevo se calló. Miraba a Puck con hostilidad y sus ojos vagaban inseguros de un lado a otro.

— ¿Cuánto sabes? —preguntó al fin con voz ronca.

Puck no contestó, No sabía qué decir, pero tenía la sensación de que había dado en el clavo y que, con un poco de habilidad lograría hacerla hablar. Aquella era su oportunidad.

Dina miró en derredor, como si tuviese miedo de ser observada y escuchada. Luego se levantó e hizo un gesto con la cabeza diciendo:

— Ven. Quiero hablar contigo.

Puck se puso en pie y echó una mirada a Karen como para decirle que las dejase solas. Y Karen comprendió su advertencia. Dina y Puck salieron al vestíbulo y se sentaron en un sofá. De nuevo Dina miraba preocupada en derredor.

— Incluso las paredes nos pueden oír — dijo.

Luego miró directamente a Puck.

— ¿Qué pretendes? - le preguntó con dureza.

Puck no contestó, sólo hizo un gesto vago con la cabeza.

— Algo pretendes —continuó Dina—. Quieres saber algo... No sé cómo te has enterado. Yo...

Las manos de la modelo se movían nerviosas. Abrió su bolso y sacó un paquete de cigarrillos. Luego se puso a rebuscar el encendedor. Puck iba a tender la mano para tomar las cerillas que había sobre la mesa, pero cambió de idea.

— No sé lo que sabes — dijo Dina —, pero no tengo miedo...

Tampoco me da miedo Raoul, sí es eso lo que crees... No puede hacerme nada... No puede obligarme a nada...

— ¿Obligarle? —repitió Puck sorprendida.

La muchacha aún no había comprendido, pero era lo suficientemente inteligente como para saber que una sola palabra suya podía estropearlo todo. Si ella admitía que no sabía nada en absoluto, que no había tenido ninguna intención oculta al pronunciar la palabra «teme», que había pensado en «monsieur» Loire y no en Raoul, lo echaría todo a perder. Dina se daría cuenta de que había hablado demasiado, de que debía procurar no decir nada más que pudiese comprometerla.

—Sí, obligar —dijo Dina—. Crees que el mundo de la moda es maravilloso, pero yo podría contarte algo bien distinti... Quiero que entiendas bien esto: Raoul no me puede obligar a nada en absoluto, aunque...

Puck sentía deseos casi incontrolables de pronunciar una sola palabra, un nombre, para conocer la reacción de Dina. La modelo seguía rebuscando en su bolso y por fin sacó su encendedor. Intentó hacerlo funcionar, pero el pequeño y brillante artefacto hizo un leve chasquido..., y eso fue todo. Dina Dam se ruborizó. Iba a esconder el encendedor en su bolso, pero Puck actuó de prisa.

—¡Qué elegante! —dijo—. ¿Es una máquina fotográfica?

La guapa modelo quedó como paralizada.

—¿Una cámara de ésas que usan los espías? —continuó Puck.

La palabra «espía» hizo reaccionar a Dina.

—¡Yo no soy una espía! —dijo—. ¿Cómo te atreves a insinuar que...?

— Yo no insinúo nada —dijo Puck, y de nuevo pensó si sería prudente pronunciar aquel nombre.

De repente, Dina se reclinó en el sofá y se tapó los ojos con las manos. Puck se sentía desolada y confusa. Sin querer, aquello había resultado casi un interrogatorio policial. Dina debía haberse callado, pero sus nervios le habían traicionado. Había hablado demasiado. Se había delatado a sí misma, y lo sabía.

—Quisiera ayudarle, Dina —dijo Puck con cordialidad.

La chiquilla vio de nuevo aquella mirada cautelosa que se volvía escéptica e incluso compasiva al oír su ofrecimiento.

—¿Tú? — dijo —. ¿Cómo ibas a ayudarme?

— No lo sé — dijo Puck —. Pero lo desearía.

Dina se pasó la mano por los ojos llenos de lágrimas, con una expresión de dolor y angustia. De repente dijo:

—Fuiste tú quien resolvió el caso del cantante Ronnie Rand, ¿verdad?

—



—Tomé parte en el caso, sí — dijo Puck con modestia.

Dina se había quedado pensativa.

—Quizá pudieras ayudarme — dijo lentamente.

—Quizá sí — dijo Puck para animarla.

Pero Dina no estaba muy convencida y añadió, dudando:

—Eres demasiado joven y..., y...

Luego continuó:

— ¿Cuánto sabes, en realidad?

«Ahora o nunca», pensó Puck, y contestó con diplomacia:

—Algo.

—¿Has hablado con alguien de esto?

—No; ni pienso hacerlo.

Dina se levantó.

—Ven conmigo — dijo, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a una sala contigua donde no había nadie —. Pasemos a ese salón. Allí nadie nos verá.



El asombro de Puck iba a aumentar en los siguientes minutos. Después, tras oír a la modelo, la indignación se apoderó totalmente de ella y le hizo prometerse a sí misma que, pasase lo que pasase, no abandonaría a su nueva amiga.

Dina se lo contó todo: el fraude de su hermana, la amenaza de Raoul, sus planes matrimoniales con Troels y el lío en que se encontraba. Era una confesión de amiga a amiga. La simpatía que había sentido por Dina creció hasta convertirse en algo más grande, se trataba de salvar a una persona del deshonor profesional y personal.

— Comprenderás que todo esto me parece tan repugnante que no encuentro palabras para calificarlo — dijo Dina Dam—. Nunca he cometido un delito. Soy una chica recta y honrada. No pretendo ser más de lo que soy. La gente, a veces, se inclina a creer lo peor de las modelos. Supongo que hay cierta envidia en ello. Creen que vivimos una vida de lujo y boato, pero yo me puse a trabajar de modelo para poder pagarme los estudios. Quiero licenciarme en inglés y francés. ¿Te extraña?

— ¿Por qué había de extrañarme?

— La gente piensa que una modelo ha de tener la cabeza hueca. He terminado el bachillerato, y hubiese ido a la universidad de haber tenido suficiente dinero. Pero en mi casa no nos sobraba; así que decidí convertirme en modelo y ganar el dinero para seguir

estudios. Al principio creí que podía hacer ambas cosas a la vez, pero es imposible. Este trabajo requiere todo el día, es más duro de lo que parece. Así que decidí ahorrar, y dentro de un par de años tendré lo suficiente para empezar en la universidad. Sin embargo, ahora...

— ¿Eso quiere decir que tiene suficiente dinero ahorrado como para poder pagar por su hermana?

— Sí; gran parte, por lo menos. Pero Raoul no quiere el dinero sino los diseños de «monsieur» Loire. No tenemos alternativa. Ninguna.

—¿Y si usted hablase con su hermana?

Dina meneó la cabeza. Luego añadió con una leve sonrisa:

—Quiero que me tutees. Somos amigas ya, y confidentes.

—¿Por qué no quieres hablar con Esther? —insistió Puck.

—Para no ponerla más triste aún.

—Pero ella debe tener alguna explicación. Quizá no sea tan grave como Raoul dice...

—Había pensado en ello —asintió Dina—, pero luego renuncié. No tengo alternativa.

—Pero tú no cometerás ese espionaje, ¿verdad?

—¡Qué remedio me queda!

—Tenemos que buscar una solución. Si aceptas hacer las fotos, no te librarás nunca de las garras de Raoul. Por cierto, ¿Cuándo has pensado fotografiar los modelos?

—Puedo hacerlo justo antes de que las chicas entren en el salón del restaurante. Siempre esperamos algunos minutos hasta que nos toca nuestro turno.

—Te descubrirán —dijo Puck.

—No es fácil que se den cuenta. Simularé que enciendo mis cigarrillos. Nadie sospechará de mí.

—Pues yo creo que sí.

—No sé qué hacer. Es tan repugnante... Pero no veo otra solución.

Dina se movía inquieta en el sofá, y dio rienda suelta a sus lágrimas, Puck hacía funcionar su cerebro a toda presión.

—¿Dónde vive Esther?

—En Tagensbo. Allí tiene un pequeño apartamento. ¿Por qué?

— ¿Me dejas hablar con ella?

—¡No, de ninguna manera! —dijo Dina asustada—. Prométeme que no lo harás.

Puck no prometió nada; en vez de ello, preguntó:

— ¿Qué quieres que haga entonces? Ojalá supiésemos algún secreto de Raoul. Sería una buena salida.

— Es un disparate. Raoul es demasiado poderoso. No podemos hacer nada contra él. Le conozco. Es una persona mezquina, pero es muy inteligente. No comete descuidos.

— Si pudiéramos quitarle los papeles que usa como prueba — murmuró Puck —. ¿Sabes dónde los esconde?

— En su portafolio, supongo... ¡Pero tú no puedes robárselos!

— Y tú no puedes hacer de espía — contestó Puck con sequedad.

— No, pero...

— Déjame ver la cámara — dijo Puck.

Dina le tendió vacilante la pequeña máquina que tanto se parecía a un encendedor corriente. En aquel instante entró un botones.

— Señorita Dam, la llaman del restaurante.

Dina se levantó.

— Espérame aquí — dijo —. Volveré en seguida. Seguramente han decidido suspender el desfile y sólo Dios sabe cómo va a terminar este asunto. Si Raoul...

Sin acabar la frase marchó hacia el restaurante. Puck se quedó pensativa mientras daba vueltas entre sus manos a la pequeña cámara fotográfica.

* * *

Estaba confusa y triste, sin saber cómo ayudar a Dina Dam a salir de aquel embrollo, en el cual estaba metida hasta el cuello.

«Ojalá tuviese alguna inspiración», pensó.

Puck nunca se había sentido tan indefensa. Por todos lados veía dificultades y más dificultades, sin la más pequeña luz de esperanza. Se reclinó en el sofá y cerró los ojos. Poco después oyó voces que se estaban acercando. Iba a levantarse, pero algo le hizo quedarse quieta en su rincón.



Estaba sentada en el gran sofá de forma que nadie podía verla en el salón. Tenía sus buenas razones para no moverse. Uno de los hombres que en aquel momento entraba hablaba con fuerte acento francés. Podía tratarse de un turista cualquiera que estuviera hablando con un amigo danés, pero también podría ser..., podría ser...

Casi en seguida se confirmaron sus sospechas.

— Creo que todo está en orden, «monsieur» Raoul — decía una voz de hombre en buen danés—. No veo que el plan pueda fallar, pero me interesaría saber...

Luego siguieron algunas palabras que Puck no logró entender. Los hombres paseaban por la habitación, pero por fortuna no se acercaban al sofá de Puck lo suficiente para darse cuenta de la presencia de ésta.

Poco después escuchó algunas palabras más:

— Estamos de acuerdo, *n'est-ce pas?* Usted esperar y luego... ¿Comprende usted, «monsieur» Sven?

— Pero ¿cuánto tiempo debo esperar?

— Yo querer estar seguro antes. ¿Usted comprender? ¿No? Yo querer todo el material primero. Eso ser lo acordado... ¿Sí?

— Pero ¿cómo puedo estar yo seguro?

— Una palabra ser una palabra y usted debe...

De nuevo la conversación terminó en un murmullo que Puck no lograba entender; sin embargo, comprendió que Raoul y el otro hombre no estaban totalmente de acuerdo.

Al fin, los dos hombres se sentaron en un sofá a poca distancia de Puck, pero hablaban en voz baja y a la muchacha le fue imposible seguir la conversación. En cierto momento, el hombre que hablaba buen danés levantó la voz:

— ...y yo he corrido un gran riesgo. Como usted comprenderá, Raoul, he acudido directamente a usted. Mi socio le dio a usted la información que necesitaba, ¿verdad? Así pues, según lo acordado, tenemos derecho a nuestra parte...

— Sí, claro... *Naturellement...*

— No me gusta que me engañen — dijo el danés en tono amenazador—. Tengo suficientes pruebas para hacerle a usted la vida imposible.

El francés rió con dureza.

— No ser yo quien robar dinero.

— Pero la idea fue suya.

— No. La idea ser de su socio, *monsieur*.

— El cual trabaja para usted. No puede usted acusarme de nada. Yo robé el dinero y luego se lo di a...

— Bajar voz. Todo el mundo enterarse...

— Está bien, sin embargo...

Durante un rato la conversación no fue sino un murmullo para Puck, aunque ésta se esforzaba para captar todo cuanto podía. No obstante, era difícil encontrar sentido a lo que decían. Luego escuchó las palabras:

—Usted ganará una fortuna, pero ¿qué saco yo de todo esto? Hicimos un acuerdo. Yo debía compartir con... Quiero decir, que usted nos iba a pagar; pero no dijo cuánto... Me gustaría saber lo que piensa hacer. Todo ha salido a la perfección. Tomé el dinero del cajón de Esther, quiero decir, de la señorita Dam, y vi el ingreso que había hecho Joergen F. Joergensen, de Haderslev. También esto se lo expliqué a usted para facilitarle la acusación contra la cajera. Yo he hecho mi parte del trabajo y ahora quiero ver el dinero. Hubo una pequeña pausa, que fue rota por Raoul.

—Subamos a mi habitación; ser más seguro.

Puck se quedó muy quieta mientras las voces se alejaban, luego salió de su escondite. Se miró en el espejo de la pared y vio sus ojos muy abiertos por el asombro, y su boca que sonreía...

—¡Ya tengo la solución del problema! —dijo para sí—. Esto lo arreglará todo.

—Arreglará ¿qué? —preguntó una voz.

Puck dio media vuelta y se encontró cara a cara con Karen.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su amiga—. Te he

buscado por todas partes. El ensayo está a punto de terminar.

—He estado pensando —dijo Puck—. ¿Así que han decidido seguir adelante con el desfile?

— Sí. Lizzie Joergensen preguntó por ti. Se marcha ahora.

— Ya voy —dijo levantándose—. ¿Dónde está Dina?

— Está con los demás. Pero no creo que valga la pena esperarla. Lizzie ha prometido llevarnos en su coche.

En aquel momento Lizzie subía los escalones hacia el salón.

— Te estaba buscando, Puck — dijo —. Creí que te habías marchado o que habías aceptado un empleo de botones en este hotel. Venid; os llevaré al Hotel Princess.

—He prometido esperar a Dina — dijo Puck —. Vosotras podéis marchar, si queréis; luego tomaré el autobús.

— Te esperaremos un poco — dijo Lizzie —. Dina saldrá en seguida. ¿De qué tenéis que hablar?

Puck evitó contestar su pregunta, y preguntó a su vez:

— ¿Conoce usted una empresa llamada Joergen F. Joergensen, de Haderslev?

Lizzie la miró sorprendida. Luego se puso a reír,

— ¡Y tanto que la conozco! Mi padre es el director. ¿Por qué me lo preguntas?

— Por nada. Alguien me habló de esa empresa hace un par de días. Es una fábrica textil, ¿verdad?

— ¿Qué secreto es ése? —rió Lizzie—. ¿Has encontrado un nuevo misterio?

— No... —fue toda la contestación de Puck, y para su gran alivio apareció Dina Dam.

— ¿Habéis terminado con el ensayo? —le preguntó Lizzie.

— Sí; pero quisiera hablar con Puck antes de que se marche. O quizá será mejor que la lleve yo a su hotel después.

— ¿Qué estáis tramando? —preguntó Lizzie, curiosa.

— He prometido enseñarle a Puck... Quiero decir...

— Está bien. No preguntaré más — rió Lizzie —. Vamos, Karen.

Cuando Puck y Dina se quedaron solas, Puck le contó a su nueva amiga la conversación que había escuchado en el salón.

— Esto acaba con tus problemas, ¿verdad?

Dina parecía aliviada. Iba a contestar, pero de pronto se puso seria y preocupada.

— No podemos probar nada — dijo —. Nada en absoluto. Todo suena demasiado fantástico para ser verdad. ¿Estás completamente segura de haber oído bien?

— Segurísima —afirmó Puck—, pero es verdad que nos faltan las pruebas. Tenemos que actuar. ¿No podríamos ir juntas a ver a Esther? Tendremos que hablar con ella. Quizá nos dé la solución.

Dina vaciló.

—Debería hablar primero con Troels... — dijo.

—No hace falta — insistió Puck, que no quería más dilaciones.

— Iremos a mi casa primero — propuso Dina —. Desde allí podremos llamarla por teléfono.

Pero, cuando llegaron al apartamento de Dina, sus planes cambiaron. Había algunas cartas para la joven, entre ellas una de Esther. Dina la abrió y leyó, mientras Puck la contemplaba fijamente. Vio como la joven modelo palidecía y que sus ojos se llenaban de terror. Al fin tendió la carta a Puck y se sentó en un sillón.

La muchacha leyó:

«Queridísima Dina: No tengo valor para decirte esto cara a cara, por eso te escribo. Durante los últimos días todo ha sido confusión. No sé qué hacer. Tenía que confiarme a alguien, y tú eres la única a quien puedo hacerlo, por ser mi hermana y mi mejor amiga.

»Después de romper mis relaciones con Sven, vino un día a la oficina para intentar una reconciliación. Sin embargo, me mostré firme. Nunca imaginé que yo pudiera tener tanto carácter. Pero cuando Sven se marchó, sin lograr su proposito, descubrí que había robado el dinero que tenía en mi cajón destinado a pagar unos salarios.

»Sé que debí haberle denunciado en seguida a la policía, y haber hablado con mi director sobre lo ocurrido, pero Sven sigue dándome lástima. Ha tenido una educación muy descuidada y, aunque su carácter es débil, no es malo.

»Como yo no tenía dinero suficiente en mi cuenta, cambié algo en los libros de contabilidad, lo cual me ha puesto en una situación terrible. No veo ninguna salida. Anteriormente le había dado tanto dinero a Sven que estoy a cero y no sé de dónde conseguir la suma. No quiero pedir prestado, y menos a ti, que llevas años ahorrando para poder estudiar y para eso necesitas cada céntimo.

»Sin embargo sentía la necesidad de confiarme a ti. Si no, ¿en quién podía hacerlo?

»He pensado entregarme a la policía, pero no me atrevo; no por mí, sino por Sven. El director de la empresa aún no sabe nada, y no ha habido revisión de los libros últimamente. Pero yo, que suelo ser tan cuidadosa con las cuentas y puedo presumir de buena contable, estoy muy confusa. Hay algunos cambios en los libros que no comprendo en absoluto. Es como si no reconociese mis propios números. Algo anda muy mal.

»Ya lo sabes todo. Espero que no me juzgues con demasiada severidad. Cuando hayas reflexionado, me gustaría mucho poder hablar contigo, y no para pedirte dinero. Además, sería ya demasiado tarde, debido al desorden de los libros de contabilidad.

»Tu inconsolable Esther.»

Puck levantó la vista de la carta y encontró los ojos de Dina llenos de lágrimas.

— Lo sabía —dijo Dina—. Sabía que todo esto era culpa de Sven. Si antes tenía alguna esperanza de poder ayudar a mi hermana, ahora se ha desvanecido. ¿Cómo crees que va a terminar todo?

Puck examinó la carta de nuevo antes de contestar. Luego dijo:

— No sé nada sobre contabilidad; pero creo que la conducta de Esther ha sido honrada, aunque ella piense lo contrario. Fue Sven quien tomó las 15.000 coronas, y Raoul quien cambió los libros. Es una mezcla de robo y fraude, y un intento mezquino para meteros en un apuro a ti y a Troels.

— ¿Qué podemos hacer? ¿No crees que debiéramos hablar con Troels y explicárselo todo?

Pero nadie contestó al teléfono en casa de Troels Holm. Tampoco estaba en su oficina. Dina llamó varias veces, pero en vano. Entretanto, Puck volvió a leer la carta de Esther, y su cerebro empezó a trabajar al máximo para encontrar una solución a aquel problema aparentemente insoluble.

— Pase lo que pase —dijo entre dientes—, estoy dispuesta a jurar que escuché la conversación entre Sven y Raoul. No van a salirse con la suya.

— Nadie te creerá —opinó Dina.

Puck suspiró hondo. Dina tenía razón, sin duda. Nadie la creería.

Los adultos a veces se muestran muy cerrados de mollera.

De pronto, Dina dijo:

— ¿Me devolviste la máquina fotográfica?

— Sí; pero yo, en tu lugar, me olvidaría de ella.

— Tendré que hacerlo.

— ¿Y si te descubren?

— Sería el fin. Raoul iría a la policía para denunciar a Esther.

Puck asintió. Tal como estaban las cosas en aquel momento, no había muchas esperanzas. Por lo menos, ella no veía ninguna solución.

Dina se levantó y empezó a caminar por la pequeña habitación. El apartamento de Dina era moderno y amueblado con gusto. Había bellas pinturas en las paredes; y las cortinas, así como las alfombras, tenían colores cálidos. La modelo no se había gastado mucho dinero en la decoración, pero había sabido crear un hogar confortable y práctico. En un rincón había un televisor y un pequeño magnetofón de bolsillo.

— Me lo regaló Troels el día de mi cumpleaños —explicó Dina—. Lo uso para estudiar idiomas. No tengo mucho tiempo para ello, pero Troels es un hombre práctico; me recomendó unas clases de francés por teléfono. Llamo a mi profesor y conversamos juntos. Al mismo tiempo, como el magnetofón está conectado al teléfono, grabo la conversación en cinta. Luego la repaso para buscar mis faltas. Es un buen sistema...

Dina sacó un paquete de cigarrillos de su bolso.

—No fumas, ¿verdad?

— Gracias — dijo Puck —, no fumo; pero procura no usar la máquina fotográfica para encender el tuyo.

La sonrisa de Dina era triste. Fumaba con gestos nerviosos. Al fin dijo:

— Voy a casa de Esther. Será mejor que tú no vengas. Te daré dinero para ir en taxi a tu hotel.

— Prefiero quedarme aquí — dijo Puck.

— ¿Aquí? Pero... No sé cuándo regresaré.

— Es igual. ¿Te molesta que te espere aquí? Si tardas mucho, me iré al hotel.

— Como quieras — dijo Dina —. Quizás haya algo en la nevera.

— ¿Puedo llamarte más tarde? ¿Esta noche? Tenemos que

encontrar una solución. Te prometo pensar sólo en esto.

— Te lo agradezco. Sin embargo, será inútil. Creo que seguiré los consejos de Troels. Pero no pienso decirle nada a Esther sobre lo del espionaje. Terminaría con ella.



IX

¿Por qué se decidió Puck a quedarse en el piso de Dina? Ni ella misma lo sabía con certeza. No tenía ganas de regresar al hotel. Quería quedarse a solas para poner en orden sus pensamientos.

Sin embargo, ésta no era la única razón, aunque en aquel momento nadie, ni siquiera ella misma, la hubiera considerado seria.

Estaba sentada en un sillón, junto a una estantería, contemplando los lomos de los libros. Examinó el tocadiscos y el magnetofón, y echó una ojeada a los discos. Luego se quedó pensativa. Todo era tan complicado que estuvo a punto de renunciar a la búsqueda de una solución. El caso era una extraña mezcla de ingenuidad, amor, buena fe, falta de honradez, abuso de confianza y muchas otras cosas.

No obstante, algo fallaba, pero ¿qué? Puck estrujaba su cerebro para encontrar la respuesta, aunque en vano. ¿Cómo resolver aquel asunto? Parecía tan claro en principio. Una situación desgraciada que una persona normal no podía cambiar. Sin embargo, en algún lugar debía de estar la clave de todo, pero ¿dónde?

Puck intentó repasar los hechos desde el principio: Esther había estado comprometida con Sven. Éste era un psicópata y un

delincuente. Había robado el dinero..., y luego, ¿qué?

Esther debía haber usado el ingreso de la empresa de Haderslev para pagar los salarios, pero había arreglado algo en los libros como si Joergensen no hubiera hecho el ingreso. Allí estaba su error, el único. ¿Era posible que eso fuera un delito? ¿Sobre todo si ella admitía su falta y lograba devolver el dinero?

Luego Raoul entra en escena, habla con Joergensen o con alguno de sus colaboradores y se entera de que ellos han pagado el dinero. Entonces piensa en aprovecharse de esto. Es él quien altera los libros para dar la impresión de que Esther ha cometido fraude. Sven informa a Raoul sobre el robo que él mismo ha cometido...

Puck se mordió los labios. Éste era el punto débil. No sonaba muy convincente que Sven fuera a contarle a Raoul que le había robado dinero. ¿Se conocían de antemano? ¿Cómo se atrevería a confesar un robo y luego proponerle el fraude? Nadie tenía tanta sangre fría. Era más verosímil pensar que otra persona descubrió la falta del dinero y se lo había comunicado a Raoul. Pero, fuese como fuera, Raoul se había enterado y no había dudado en aprovecharse de la situación. Había visto su oportunidad y había puesto su plan en práctica con una astucia diabólica y sin ninguna consideración hacia Dina y Troels.

Sonó el timbre de la puerta. Puck interrumpió sus pensamientos y fue a abrir. Fuera estaba el joven que había dado la pequeña cámara fotográfica a Dina, el mismo que había bajado la escalera del Hotel d'Angleterre junto con la modelo: Troels Holm. El joven miró con sorpresa a Puck.

— ¿Está Dina Dam en casa?

— En este momento, no —dijo Puck—, pero regresará pronto.

— Y tú ¿quién eres?

— Me llamo Bente Winther. Dina me ha permitido esperarla aquí. Somos amigas. Veníamos del ensayo del desfile de modelos.

— Creo que me quedará a esperarla —dijo Troels—. ¿Sabes adonde ha ido?

Puck iba a contestar, pero vaciló. Quizás a Dina no le gustaría que alguien, aunque ese alguien fuese Troels, tuviese conocimiento de su visita a casa de Esther. Puck decidió callar lo que sabía.

— Vendrá pronto — fue su única contestación.

Troels Holm se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo. Miró

a Puck de reojo y dijo:

— ¿Irás mañana a la presentación de las modas?

— Sí; y me hace mucha ilusión. Será emocionante —dijo Puck.

Sonó el teléfono. Puck iba a contestar, pero Holm se adelantó.

— Diga... Sí, soy yo. Acabo de llegar... No, no está en casa, pero esperaba tu llamada... Sí...

Puck se levantó y fue hacia la estantería de los libros. No sabía si quedarse o salir mientras Troels Holm hablaba por teléfono. Al fin decidió quedarse, procurando que su cara expresase indiferencia. El que hablaba desde el otro extremo del hilo parecía tener mucho que decir. Troels Holm escuchaba y tardó algo en contestar, pero cuando lo hizo Puck se sobresaltó.

— Sí, Sven, pero yo...

Puck se quedó muy quieta, aunque su cerebro trabajaba febrilmente. ¿Por qué llamaba el misterioso Sven a Dina por teléfono? ¿Qué podía decirle? Troels Holm no iba a darle la solución.

— Puedes confiar plenamente en él... No... En realidad no es extraño que prefiera esperar hasta ver los resultados... ¿Por qué? Quizá mañana o pasado lo haga. Primero debemos...

Exactamente, y entonces todo quedará arreglado. . No. Se las devolví... No te preocupes, no te engañará... Él, naturalmente... No, no lo estoy... Sí, será lo mejor. ¡Adiós!

Colgó el auricular y se volvió hacia Puck.

— No necesitas quedarte — dijo, y por el tono de su voz Puck comprendió que la despedía.

— Quizá será mejor que me vaya — dijo volviéndose hacia él. Sus manos temblaban.

Troels Holm se levantó. Puck cogió su bolso y se fue hacia la salida. Él salió delante para abrir la puerta.

— Perdona un momento — dijo Puck —. Olvidé un libro.

— ¿Qué libro?

— Uno que Dina me ha dejado. «La historia de la moda». Sé dónde está.

Entró rápidamente en la habitación. Troels se quedó en la entrada, parecía impaciente. Puck regresó en seguida.

— Gracias — dijo —. ¡Adiós!

Él saludó con un gesto de cabeza y cerró. Puck bajó corriendo

las escaleras y, cuando alcanzaba ya la puerta de la calle, oyó abrirse la puerta del piso y gritar:

— ¡Oye, espera un momento!...

La chiquilla oyó pasos por la escalera, pero no se detuvo. Salió a la calle y se puso a correr a toda velocidad. No se atrevía a mirar atrás. Con el bolso entre sus manos corrió calle abajo hasta llegar a un portal en el cual entró.

Confiaba en que él no hubiera visto aquella maniobra; pero sabía que aún no estaba a salvo. Por ello atravesó el patio y bajó por la escalera del sótano.

Por suerte la puerta no estaba cerrada y Puck siguió corriendo por los complicados pasillos, donde el olor a colada olía penetrante. Alcanzó una puerta que daba a otra escalera y continuó su desenfadada huida subiendo los escalones de dos en dos. Salió al vestíbulo de la casa vecina y se quedó un momento escuchando.

¿Había despistado a su perseguidor? No se oían pasos en el sótano. Quizá Troels no se había dado cuenta de que ella entraba en el portal. ¿Estaba a salvo? No se atrevía a creerlo. Con pasos furtivos cruzó el elegante vestíbulo, típico de las casas del barrio de Oesterbro. Había vivido con sus padres en el mismo barrio y tenía amigos en casas iguales a aquélla.

Una ancha escalera de mármol llevaba hasta el entresuelo, donde estaba el ascensor. Puck apretó el botón y oyó el ruido del anticuado armatoste mientras bajaba. Cuando llegó abajo, entró y pulsó el botón del cuarto piso.

Al subir tenía la sensación de estar a salvo. Podía esperar en lo alto de la escalera, hasta que creyera oportuno salir. Por el momento no se atrevía a hacerlo. Su perseguidor debía de estar dando vueltas alrededor de las casas, buscándola. Puck estaba extrañada de su propia conducta, igual que de los pensamientos e ideas que le habían hecho comportarse de aquella forma. Sabía que estaba corriendo un gran riesgo, y que todo se apoyaba en una simple y vaga sospecha, una sospecha descabellada. Pero ya no había alternativa. Tenía que seguir adelante hasta el fin.

Deseaba comunicar con Dina; pero no sabía dónde se encontraba. Seguramente se habría marchado ya del piso de Esther.. O quizá no. Ella misma había dicho que quizá tardaría en volver.



Puck esperó un rato más. Tenía el bolso entre las manos. Su cabeza bullía con mil pensamientos. Por un momento se sintió confusa e insegura, con ganas de olvidar todo el asunto. Pero luego se convenció a sí misma de que había hecho lo único que podía salvarles en aquella horrible situación. Y tenía que proteger a Dina. Tenía que hacerlo...

En el piso donde Puck se encontraba había un pequeño banco de los que aún se ven en muchas casas antiguas. Puck se sentó y consultó su reloj. ¿Qué estaría haciendo Karen? Seguramente estaría intranquila, pero tendría que esperar. Lo que estaba haciendo era mucho más importante, aunque no sabía cómo empezar.

Por fin se atrevió a bajar la escalera, pero no utilizó el ascensor. Encontró más seguro bajar piso por piso y quedarse a escuchar en cada rellano.

De repente la puerta de un piso fue abierta y oyó que unas personas se despedían, entre ellas una niña:

—¡Adiós, abuelita! ¿Vendrás pronto a vemos?

Puck continuó bajando, mientras oía decir:

—Bajemos con el ascensor, mamá. ¡Por favor, mamá!... Quiero apretar el botón, mamá.

Llegó al piso donde la niña y su madre esperaban el ascensor, y siguió bajando. Puck se quedó un momento quieta, un rato después bajó los últimos escalones y salió a la calle.

No vio a Troels por ningún lado, así que empezó a caminar hacia Oesterbrogade.

* * *

—Hay una cosa que no logro comprender — dijo Karen, cuando Puck terminó su algo confusa explicación en la habitación del hotel —. ¿Por qué corriste? ¿Y por qué te persiguió ese joven ?

—Te lo explicaré en seguida — dijo Puck —. Primero tengo que llamar a Dina Dam. Espera...

Puck descolgó y marcó el número de Dina Dam. Pero nadie contestó.

— No ha regresado aún —murmuró Puck—. Intentaré llamar a casa de Esther.

Buscó en el listín y encontró el número de Esther Dam, contable, con domicilio en Tagensbo. Marcó el número y le contestó una voz de mujer.

— Perdone que le moleste. Estoy buscando a Dina. ¿Está por casualidad en su casa?

— No — contestó la voz —. No está. Hace más de una hora que se marchó de aquí. ¿Con quién hablo?

— Me llamo Bente Winther. Tenía que preguntarle algo a Dina.

— Soy su hermana, señorita Winther. ¿Puedo ayudarle en algo?

— No, gracias. Era algo personal. No corre prisa. ¿Sabe usted si ella pensaba ir directamente a su casa?

— Eso dijo. Creo que alguien la estaba esperando.

Puck dio las gracias y colgó. Luego miró fijamente a Karen.

— Esto se está poniendo cada vez más misterioso — dijo —. Dina no está en casa; sin embargo, tenía la intención de ir directamente allí, pues sabía que yo le estaría esperando. ¿Crees que él le habrá impedido ir a su apartamento?

— Es posible — contestó Karen con sequedad —, pero ¿qué motivos puede tener? No me has dicho nada en concreto, Puck. Troels Holm es el novio de Dina y supongo que no planea nada contra ella. ¿Por qué iba a impedirle regresar a su casa?

— Lo sabremos en seguida — dijo Puck solemne.

Abrió su bolso y sacó el pequeño magnetofón de Dina.

— ¡Qué maravilla! — exclamó Karen—. ¿Dónde lo robaste?

—¿Quien te ha dicho que lo he robado?—sonrió Puck—. Lo he tomado prestado; pienso devolvérselo a su dueña. Vamos a ver si

logramos hacerlo funcionar.

—¿Qué contiene la grabación?

—Si he apretado el botón correcto, cuando Troels Holm hablaba por teléfono, contendrá una prueba muy importante —dijo Puck—. El magnetofón estaba conectado al teléfono, porque Dina toma clases de francés por este sistema. Ella me lo dijo. Así que, cuando creí que la conversación podía ser interesante, como yo le daba la espalda, aproveché la ocasión para ponerlo en marcha mientras él hablaba. Ahora vamos a escuchar la conversación. Espera...

Hizo correr la cinta hacia atrás y luego apretó otro botón para escuchar la grabación desde el principio. Primero oyeron la voz de un caballero francés y la de Dina Dam. Debía de tratarse de las conversaciones con el profesor de idiomas. Puck y Karen no entendían mucho. Luego terminó la conversación.



—Adieu, monsieur Lagarde».

—Adieu, mademoiselle Dam».

Oyeron el ruido al ser colgado el teléfono. Inmediatamente se oyeron las voces de dos hombres:

— ... confiar plenamente en él.

Era la voz de Troels Holm. Su interlocutor tenía la voz más clara. Puck la reconoció como perteneciente al hombre que había hablado con Raoul en el Hotel d'Anglaterre. Decía:

— Eso está muy bien, Troels, pero él sigue en deuda con nosotros. Nos prometió el dinero si lográbamos arreglar el asunto para él, y hemos cumplido con nuestra parte del trato. Dijo que nos daría cinco mil coronas a cada uno. No he visto ni un céntimo. Tú tampoco, supongo.

— No. En realidad, no es extraño que prefiera esperar hasta ver los resultados.

— Eso me dijo hoy en el hotel, pero yo sigo manteniendo que nos debe pagar ahora. Creo que piensa engañarnos. Él está convencido de tenernos en su poder, ya que la idea de que yo

robase el dinero del cajón de Esther era tuya, para involucrar de esta manera a Dina. Sin embargo, dudo de que él cumpla su promesa.

— ¿Por qué? Quizá mañana o pasado lo haga. Primero debemos...

— Sí, ya lo sé —interrumpió Sven—. Primero debemos cerciorarnos de que Dina toma las fotos y luego hay que revelar la película.

— Exactamente, y entonces todo quedará arreglado.

— ¡Ya! Eso dices tú. Espero que él piense lo mismo. ¿Qué pasó con las 15.000 coronas que te di después de haberlas tomado del cajón de Esther? ¿Aún las tienes?

— No. Se las devolví.

— Has cometido una estupidez. De haberlas tenido, podíamos habérmolas repartido entre los dos. Hubiera sido algo más de las 5.000 coronas que nos ofreció Raoul. ¿Y qué pasa si Esther va a la policía? Tendrás que procurar que Dina se lo impida. No es que yo crea que lo haga. Seguirá protegiéndome a mí. Tampoco creo que Dina nos falle. El que más miedo me da es Raoul.

—No te preocupes; no te engañará.

— ¿Quién?

— Él, naturalmente.

— ¿No estás solo?

— No, no lo estoy.

— Entonces lo mejor será hablar del asunto esta noche. Yo, en tu lugar, mantendría a Dina alejada de los teléfonos hasta terminada la presentación de modelos de mañana.

— Sí, será lo mejor. ¡Adiós!

— ¡Hasta la vista, Troels!

Se oyó el chasquido del auricular al ser colgado. Puck y Karen habían escuchado la cinta con creciente asombro. Puck cerró el magnetofón y miró fijamente a su amiga.

— ¿Has oído en tu vida algo tan cínico y repugnante?

— Nunca. Ese Troels debe de ser un enfermo mental.

— ¿Quién lo diría al verle? —observó Puck—. Es tan agradable y simpático... Parece imposible que tras su amabilidad se esconda tanta maldad. Se ha hecho novio de Dina, y actúa como si fuese el hombre más honrado de la tierra para, luego, aprovecharse del

cariño y buena fe de ella. Pero ¡no se saldrá con la suya!

— Pero ya sabe que te has apoderado del magnetofón. ¿Qué crees que piensa hacer? — preguntó Karen.

— No tengo ni idea, pero debemos encontrar a Dina.

Marcó el número de la modelo, pero sin resultado.

— Seguiré llamándola cada cuarto de hora, aunque no me conteste hasta mañana — dijo Puck obstinada —. Nos turnaremos para dormir. Tenemos que dar con ella. Es muy importante.

— ¿No hay nada que podamos hacer durante la espera? ¿No podíamos hablar con Lizzie? Al fin y al cabo, fue su padre quien envió el cheque desaparecido.

— No veo qué pueda hacer él. El cheque fue firmado y enviado. El padre de Lizzie Joergensen no puede hacer nada en este asunto. Tenemos que actuar solas..., aunque no veo claro por dónde empezar.

— Al menos, me tranquiliza saber que Lizzie Joergensen estará con nosotras mañana — opinó Karen.

Apenas lo hubo dicho, sonó el teléfono. Era Lizzie.

— ¡Hola, Puck! —saludó—. Tengo malas noticias para vosotras. Esa chiflada de Michelle Erneste ha decidido excluirnos de la lista. No podréis ver el desfile de modelos mañana.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó Puck.

— Que os cree espías o hijas de fabricantes o qué sé yo. Intenté explicarle que no erais nada de eso, pero antes de que terminara me había tachado también a mí de la lista con el pretexto de que mi padre es fabricante de tejidos en Haderslev. Ahora tengo que mandar a otro periodista en mi lugar. Tendremos que quedarnos fuera, sin poder ver ni el borde de un vestido.

— ¿No nos dejan entrar en absoluto? —preguntó Puck.

— No —dijo Lizzie—, pero estoy dispuesta a invitaros a tomar el té en el salón exterior del Hotel d'Angleterre.



—Empieza a importarme un rábano ese dichoso desfile de modelos — dijo Karen furiosa—. Estoy hasta la coronilla de tanta cursilada. Lo único que importa es sacar a Dina del apuro. Ojalá supiéramos cómo hacerlo.

— No te desanimes. Aquí tenemos las pruebas de la inocencia de su hermana, lo cual también salva a Dina.

— Cierto, pero si no logramos encontrarla, las pruebas no nos servirán de mucho. Tenemos que dar con ella antes de que sea demasiado tarde.

Puck tendió la mano por vigésima vez para marcar el número de Dina Dam. Suspiró al colgar.

— No está —dijo desesperanzada.

— Claro que no. Ese Troels sabe lo que hace. No la perderá de vista hasta dejarla en el Hotel d'Anglaterra mañana. Procurará que nadie pueda comunicarse con ella; sobre todo, nosotras.

— Sí, seguramente tienes razón —suspiró Puck—. ¡Pobre Dina, me da mucha lástima! Es tristísimo pensar que ha caído en las garras de unos delincuentes. Tendrá que hacer de espía, y si la descubren será el fin de su carrera.

— Lo mejor será acercárnosle mañana en el Hotel d'Anglaterra y contárselo todo — opinó Karen —. Hasta entonces debemos armarnos de paciencia.

— No estoy impaciente — dijo Puck preocupada —, pero tengo

mis dudas de que nuestra explicación suene convincente. No olvides que ella está muy enamorada de su Troels y le considera el hombre más honrado de la tierra. No nos creería nunca si le decimos que su novio es un vil estafador y que ella es víctima de un chantaje.

Karen se rascó el cogote, pensativa.

— Es posible — dijo —, pero siempre podemos intentarlo. Llama otra vez a su casa. Las muchachas se pasaron la mayor parte de la noche intentando comunicar con Dina Dam, pero nadie contestaba. Al final se quedaron dormidas. El sol entraba ya por la ventana cuando el timbre del teléfono les despertó.

— ¡Debe de ser ella! — exclamó Puck levantándose de un salto —. ¿Qué hora es?

— Las ocho y media — contestó Karen bostezando. Estaba sentada en un gran sillón y había dormido muy incómoda.

Puck contestó, pero no era Dina sino el conserje.

— Un señor pregunta por la señorita Winther — dijo.

— ¡No estamos! — estalló Puck. Tapó con la mano el receptor y dijo en voz baja a Karen—: Un hombre pregunta por nosotras. Seguramente se trata de Troels Holm.

— ¿Qué le digo a este señor? — preguntó el conserje algo sorprendido—. Afirma que se trata de un asunto urgente.

— Dígale que hemos salido — contestó Puck—. Tiene usted que ayudarnos, por favor. Sólo dígale que no estamos. Dígale lo que quiera, pero no le deje usted subir.

— Está bien — contestó el conserje, fastidiado.

Puck colgó.

— Viene a por el magnetofón — dijo nerviosa—. No nos dejará en paz hasta conseguirlo. No lograremos salir del hotel. ¿Qué vamos a hacer?

Se fue hasta la puerta y dio vuelta a la llave.

— Por el momento, nos quedaremos aquí — declaró —. Ahora se trata de encontrar a Lizzie Joergensen para que venga a buscarnos a la salida trasera del hotel.

— Pero ¿estás segura de que era Holm quien preguntó por ti?

— Estoy convencida de ello — dijo Puck—. ¿Quién podía ser si no él?

— Puede haber sido alguien de «Centrum».

— Preguntaremos al conserje dentro de un rato.

— Yo puedo bajar al vestíbulo a cerciorarme. No creo que se haya fijado en mí.

Karen salió al pasillo y Puck volvió a cerrar la puerta con llave. Cinco minutos después regresó su amiga y llamó a la puerta con la señal convenida. Puck abrió.

— Es él. Está sentado en el vestíbulo esperándonos —dijo sin aliento—. Esto es formidablemente palpitante, como diría Navio. Es igual que una película policíaca.

— Pero, por desgracia, no se trata de ninguna película —dijo Puck preocupada—, sino de la realidad. Voy a llamar a Lizzie Joergensen para que venga a recogernos. Pero no quiero contarle nada. Esta historia no debe ser divulgada.

Lizzie Joergensen prometió pasar a buscarlas media hora antes del desfile. Estaba dispuesta a mantener su promesa de invitarlas a tomar el té en el restaurante exterior del Hotel d'Angleterre. Las dos amigas se quedaron en su habitación toda la mañana y se hicieron subir el almuerzo.

Volvieron a escuchar en la cinta la conversación telefónica delatora, y cada vez estaban más indignadas de la maldad de aquellos tipos.

— Aunque salvemos a Dina del espionaje — dijo Puck triste—, le causaremos un gran daño cuando se entere de la verdad sobre Troels Holm.

Habían quedado con Lizzie Joergensen a las dos y media. Un poco antes de la hora fijada, Puck y Karen bajaban sigilosamente por la escalera de servicio, lo cual en sí ya era una hazaña, puesto que vivían en el decimoquinto piso. Se quedaron esperando en el patio trasero del hotel, pero por suerte Lizzie fue puntual y las muchachas se apresuraron a montar en su coche.

— ¿Por qué nos hemos encontrado aquí? —preguntó la joven periodista—. ¿No estaréis tramando algo?

— Pues, para ser sinceras, sí que lo tramamos —confesó Puck—. Se lo contaremos después de tomar el té. ¿De acuerdo?

— Está bien, aunque me muero de curiosidad —rió Lizzie, y puso el coche en marcha.

Cuando llegaron a Kongens Nytorv, metieron el coche en un aparcamiento, y se fueron hacia el Hotel d'Angleterre.

Puck miraba en todas direcciones, pero no vio a Troels Holm por

ningún lado. Seguramente había ido a buscar a Dina Dam. Se sentaron en una mesa cerca de la entrada principal del hotel. Lizzie pidió té y pastas. Hablaba sin descanso del escándalo que había armado Michelle Erneste, pero ni Karen ni Puck le prestaron mucha atención. Ambas estaban ocupadas vigilando a la gente que entraba en el hotel. Al fin, Lizzie dijo:

— Vuestro comportamiento me parece algo extraño. ¿A quién estabais esperando?

— A Dina Dam — dijo Puck —. Tengo que hablar con ella antes del desfile.

— Pero ¡ya debe de haber llegado hace mucho rato! — dijo Lizzie—. Tiene que estar lista para entrar en el estrado a las tres y media. Seguro que ya está ahí dentro.

Puck se levantó de un salto.

— Tengo que hablar con ella —dijo.

— ¡Imposible! No te dejarán entrar.

— Pero ¡es muy importante! —insistió Puck y salió corriendo hacia la entrada.

Lizzie meneó la cabeza.

— Está chiflada —dijo—. ¡El lío que va a armar! ¿Qué le pasa? Lo mejor será que le ayude antes de que le ocurra algo serio.

Se levantó y corrió tras de Puck. Karen estaba confusa. ¿Qué sería mejor: quedarse allí en la mesa o seguir a las otras dos? Pero, de pronto, vio a Troels Holm que corría y entraba en el hotel detrás de Puck.

Los invitados a la presentación de la nueva colección de «monsieur» Loire habían empezado a llegar. Los fotógrafos de prensa se agolpaban al otro lado de la puerta giratoria para captar a los visitantes famosos.

Karen corrió hacia la puerta giratoria, pero un par de señoras gordas con abrigo de visón llegaron antes que ella, seguidas de sus acompañantes, y Karen tuvo que esperar. Una vez dentro no vio a Puck por ningún lado. También Lizzie parecía haberse esfumado. Karen sabía que las modelos tenían que cambiarse en unas habitaciones del primer piso, y calculó que Puck debía de haber subido las escaleras, así que corrió hacia éstas.

Cuando llegó al pie de la gran escalera se encontró con una de las modelos francesas que, cubierta con una capa gris que ocultaba

por completo su vestido, estaba bajando. Detrás de ella vio a Puck, cuya cara expresaba una mezcla de rabia y miedo. Troels Holm iba a su lado. La tenía agarrada por el brazo y estaba furioso.

— ¡Por fin te capturé, ladrona! — iba diciendo el tipo aquel.

Karen miró en derredor en busca de ayuda, pero no vio a Lizzie por ningún lado. La periodista era la única que podía ayudar a Puck en aquel momento.



De pronto oyó que Lizzie gritaba su nombre desde el pie de la escalera y, al mirar hacia abajo, vio que un hombre la tenía agarrada también por un brazo y le impedía subir.

— ¡No puedo hacer nada! —gritó Lizzie—. ¡No podemos pasar!

Estaba junto a varios fotógrafos de prensa a quienes, al igual que a ella, les prohibían el paso. El desfile estaba muy bien protegido, desde luego.

— Venga el magnetofón, ladrona —oyó Karen que decía Troels Holm—. Lo robaste ayer, y yo me encargaré de denunciarte a la policía.

Karen se abrió paso entre las modelos francesas e intentó acudir en ayuda de Puck.

En aquel instante, Jacques Erneste salió de una de las habitaciones, dio un salto en dirección a Karen y le impidió avanzar.

Antes de darse cuenta, la muchacha se encontró abajo, al lado de Lizzie y los fotógrafos, donde un policía muy decidido se encargaba de cerrarles el paso.

— ¡Tenemos que ayudar a Puck! — gritó Karen—. ¿Me oye? Tenemos que subir hasta donde está ella.

— Pero ¿qué ocurre? —preguntó Lizzie, confusa.

Como Karen no podía explicar toda la historia en pocas palabras se limitó a decir:

— Ha sido asaltada... Está en apuros...

— ¿Por qué subió, si sabía que estaba prohibido? —dijo Lizzie, irritada—. ¿Qué quieres que haga yo? Tú misma puedes ver que no nos dejan pasar.

En aquellos momentos, Jacques Ernest bajaba las escaleras empujando a Troels y a Puck. Holm no había soltado el brazo de la muchacha, y su cara expresaba una rabia incontrolable.

— ¡Ladrona!... —le decía.

Uno de los fotógrafos aprovechó la escena para hacer un par de fotografías con «flash».

— Una buena historia — murmuró para sí.

Puck y Troels Holm se encontraban ya en el vestíbulo.

— ¿Está usted loco? —preguntó Lizzie—. ¡Suelte de inmediato a la muchacha!

Pero Troels estaba fuera de sí.

— La denunciaré a la policía. Es una ladrona.

—No diga tonterías —dijo Lizzie, autoritaria—. Suéltela en seguida.

Varios modelos bajaban las escaleras, entre ellas iba Dina Dam. Todas llevaban las capas grises y un par de ayudantes de Loire las escoltaban para abrir camino entre los curiosos.

Al pasar por delante de Puck, ésta gritó:

— ¡Dina! ¡Todo está en orden! ¡No hagas nada! ¿Me oyes, Dina?

Pero Troels Holm le tapó la boca con su mano. Dina se dio media vuelta y la miró llena de asombro. Lizzie Joergensen se abrió paso entre la gente y agarró el brazo de Troels Holm.

— ¿Se ha vuelto usted loco? —repitió—. Suelte a la muchacha o llamaré a la policía.

El vestíbulo estaba lleno de gente, por eso nadie se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo, ni nadie intentaba intervenir. Puck luchaba por librarse de la mano brutal de Troels Holm, mientras Lizzie le golpeaba en la espalda con los puños cerrados; pero todo fue en vano. Troels no soltó a Puck.

Con su mano libre logró abrir el bolso de la muchacha y sacar el pequeño magnetofón. Una vez logrado su propósito, dio media vuelta y, abriéndose paso violentamente, se fue corriendo hacia la puerta giratoria.

— Deténganle — gritó Puck.

Pero nadie le hacía caso. El vestíbulo resonaba de voces exaltadas, y las maniqués seguían bajando las escaleras para desaparecer por la puerta que llevaba al saloncito de detrás del restaurante. Holm había alcanzado la puerta giratoria y un segundo después había desaparecido. Puck estaba llorando.

— No comprendo nada de nada — dijo Lizzie, perpleja —. Ojalá me explicaras de qué se trata todo esto. No entiendo ni una palabra.



Puck no sabía ni qué decir ni qué hacer, y Karen estaba tan confusa como ella. Al fin habló Puck:

— Venid. Salgamos de aquí. Te lo explicaré todo. Empezaron a abrirse paso entre la multitud, pero los empujones les impedían incluso permanecer juntas. La cara de Lizzie expresaba confusión. Puck lloraba, y Karen luchaba con energía que ya carecía de importancia.

Oyeron voces, seguidas de tumulto, cerca de la puerta donde las modelos se reunían. Poco después, un par de hombres sacaron a Dina al vestíbulo. Tras ellos iba Michelle Erneste que estaba fuera de sí de rabia.

La mujerona gritaba y gesticulaba, y Dina tenía una expresión como si la llevaran al patíbulo. Estaba lívida, y sus ojos tenían una mirada tristísima. Puck no entendió ni una sola palabra de lo que Michelle iba gritando; sin embargo Lizzie sí, porque se había puesto pálida y su expresión era de terror. Muchas personas se aglomeraban en torno a ellas.

En aquel instante acudieron Holger Bruhn y Jacques Erneste. Preguntaron a la mujerona y ésta contestó gesticulando violentamente. Sólo Dina permanecía muda. Miraba ante sí y sus manos temblaban. En su excitación, Michelle se había olvidado de toda precaución: Dina, sin capa, llevaba puesto un vestido de «cocktail», de la nueva colección de Loire.

— No puede ser verdad lo que dice — murmuró Holger Bruhn —. Dina no puede haber espiado...

— Vámonos de aquí. Hay demasiada gente — dijo Lizzie —. Dígale a esa chiflada mujer que venga con nosotros a uno de los salones.

Se abrieron paso entre la multitud. Algunos fotógrafos aprovecharon para disparar sus cámaras. Por fin lograron cerrar la puerta del salón. Puck y Karen habían entrado también.

Dina se derrumbó sobre una silla. Estaba llorando. Michelle estaba ante ella gritándole, hasta que Holger Bruhn decidió intervenir.

— Vamos, cálmate —dijo—. Quiero una explicación. Ésta es una acusación muy seria.

Su francés era correcto, pero hablaba con tanta lentitud que hasta Puck logró captar el significado de sus palabras.



Michelle empezó a gritar de nuevo mientras tendía su mano derecha hacia Holger Bruhn y Lizzie Joergensen. En ella mostraba

una pequeña cámara fotográfica en forma de encendedor.

— Dice — murmuró Lizzie a Puck y a Karen — que, al examinar los bolsos de las modelos, encontró esto en el de Dina. La cosa está muy fea para ella.

Holger Bruhn se volvió hacia la modelo.

— ¿Es suya esta cámara?

Dina asintió. El buen hombre preguntó nervioso:

— ¿La necesitaba para...? Quiero decir, ¿tenía usted intención de...?

Dina parecía esforzarse; pero, antes de que lograra confesar, Puck interrumpió:

— Señor Bruhn, yo quisiera...

— Cállate — le cortó Holger Bruhn —. Esto es muy serio, ¿no lo comprendes?

Dina abrió la boca, pero Puck le interrumpió de nuevo:

— Si ella hubiera querido sacar fotos de los vestidos, hubiera metido película en la máquina, ¿verdad?

Su mirada se encontró con la de Dina. Los ojos de la joven estaban muy abiertos y angustiados, parecían suplicar. Puck le guiñó un ojo como para decirle: «Tú calla. Esto corre de mi cuenta.»

— ¿Película? —repitió Bruhn.

— Sí — insistió Puck —. Conozco esta máquina. Dina me la enseñó ayer. No lleva película. Miren...

Quitó rápidamente la máquina fotográfica de la mano de Michelle y la abrió. Estaba vacía.

Dina se sobresaltó, pero Holger Bruhn dijo sonriendo:

— ¡Naturalmente! ¡Ya sabía yo que la señorita Dan era inocente!

En aquel momento la puerta del salón fue abierta con estrépito y Puck vio la cara de Troels. Sus ojos se encontraron durante un fragmento de segundo, luego la puerta fue cerrada de nuevo.

— ¿Quién era ése? — preguntó Holger Bruhn.

También Dina había visto a Troels. Miraba fijamente la puerta cerrada, luego sus ojos vagaron en derredor hasta encontrarse con los de Puck.

— Hay una explicación para todo esto — dijo Puck dirigiéndose a la modelo—. Lo sé todo ahora. No tengas miedo. Esther no ha hecho nada malo. Tengo pruebas. Aquí están.

Y sacó un pequeño rollo del bolsillo de su falda. Era la cinta del

magnetofón. Dina estaba muy seria.

— ¿Esther?... ¿Pruebas?... ¿Explicación? —exclamó Holger Bruhn—. ¿Qué pasa aquí? Yo sí quiero una explicación.

— La tendrá —dijo Puck sonriente—. Pero creo que lo más importante en este momento es convencer a la señora francesa de que Dina no es una espía. Tiene derecho a ser rehabilitada. Supongo que la cámara vacía es prueba suficiente. Se parece tanto a un encendedor que no es extraño que se haya equivocado esta mañana al meterlo en su bolso. Eso no es ningún crimen, ¿verdad, señor Bruhn?

— No, claro que no, pero la señorita Dam también debe...

Se volvió hacia la silla donde estaba sentada la modelo.

— ¡Vaya por Dios! — exclamó —. Se ha desmayado.

* * *

Querida Navio: Aquí va otra carta desde la gran ciudad. Será la última antes de que Karen y yo regresemos. Tengo mucho que contarte sobre el desfile de modelos, que te anuncié en mi última carta, y eso que ni siquiera pude verlo.

»Te lo voy a contar desde el principio...»

Puck mordisqueaba su bolígrafo mientras Karen, echada en su cama, contemplaba el techo.

— ¿Sabes? — dijo de pronto—. Fue una suerte que todo saliera tan bien.

— Sí, pero fue muy triste para Dina. Ha sido un duro golpe para ella — dijo Puck —. Una cosa es que la sacáramos del apuro, pero el precio fue muy elevado.

Puck miró la carta recién empezada. No sabía cómo continuar.

— Pero ¿cómo sabías tú que la máquina fotográfica estaba vacía? — preguntó Karen intrigada —. No me lo has explicado.

— Es muy simple — rió Puck —. Dina me dejó el aparato un momento en el Hotel d'Anglaterre, cuando fue llamada al ensayo. Al regresar, le devolví la máquina...

— ¿Y aprovechaste entretanto para quitar la película? — preguntó Karen boquiabierta—. Eres muy atrevida.

— Hay que ver — sonrió Puck —. Y yo que creí obrar con gran prudencia.

